This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

SAL 576.4,1100

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

SAL 1205.1.31

AMELIA FRANCASSI.

Francisca Martinoff.

DRAMA INTIMO.

SANTO DOMINGO
IMPRENTA DE GARCIA HERMANOS
1901

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Amelia Francesca

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Amelia Francasci

FRANCISCA MARTINOFF

(DRAMA ÍNTIMO)

SANTO DOMINGO
IMPRENTA DE GARCIA HERMANOS
1901

Digitized by Google

SAL. 1100

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN - AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
ESCOTO COLLECTION
FEBRUARY 6 1919

Digitized by Google

A MONSIEUR PIERRE LOTI,

Sympathique hommage de

L'AUTEUR.

Santo Domingo, Mai 1901.

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Las nueve de la noche!

A esa hora, la ciudad de B* de ordinario triste, estaba algo animada. Por sus antiguas y bastante estrechas calles veíanse circular, mezcladas entre la gente del pueblo, grupos de caballeros, de señoras, de niños; coches que se cruzaban en las esquinas, hiriendo los oidos las voces de los cocheros que dirijiéndose á los imprudentes que le impedían el paso, lanzaban un ¡ohe! adelante, adelante! chasqueando el látigo é insultando

Digitized by Google

al que no les atendía; los gritos de los vendedores de helados y los sonidos ya armoniosos, ya discordantes de algún piano; á lo lejos la música de la retreta que tenía lugar en el Parque Central, punto de reunión de los elegantes de la pequeña capital. Sentíase, en fin, la vida.....

Angel D* atravesando con ligero paso algunas calles de las menos concurridas llegó á su casa en el momento en que el reloj de la catedral dejaba oir la última campanada.

De aspecto jóven, alto, rubio, esbelto, con ese color pálido amarillento que distingue á los descendientes de europeos en los paises tropicales ó inmediatos á los trópicos, con sus ojos pequeños, muy negros y muy vivos, su fina nariz y risueña boca, personificaba Angel uno de los tipos más notables entre la juventud de B* donde no dejaban de encontrarse algunos elegantes.

Sin hacer sonar el timbre de la puerta de entrada que servía, á falta de portero, para denunciar á los que entraban y salían, penetraba con su viveza acostumbrada en su modesta casa, pequeña y de planta baja como to-

Digitized by Google

das las que componían aquella calle, una de las mas estrechas de la ciudad por mas que fuera bastante céntrica; rápidamente atravesó el salón, modesto también, aunque adornado con gusto y llegó á la puerta del gabinete de su esposa, contiguo á él.

La puerta estaba entornada. Angel dió dos golpesitos. Nadie contestó. Entonces, empujando la puerta, penetró en el gabinete, preguntando con voz afectuosa:

—Kisia, duermes?

El ruido de un reloj que estaba en el gabinete y que daba las nueve, le respondió.

Angel volvió á preguntar viendo á su esposa inmóvil:

—Te has dormido?

—No, Angel, contestó ella entonces como haciendo un esfuerzo.

En verdad, Francisca no dormía, pero estaba sumida en tan profunda meditación cuando llegó su esposo, que los pasos y la voz de éste apenas la hicieron variar de postura y abrir los ojos.

A la vista de Angel apareció débilmente iluminada por la luz de una pequeña lámpara.

Digitized by Google

de alabastro colgada del techo, extendida en un sillón, con la cabeza reclinada sobre un cojín, y los piés—unos piés de niña de diez años—calzados con esmero, apoyados sobre un taburete muy bajo colocado ante ella. Blanca, perdida entre los pliegues de una flotante bata de transparente muselina, toda cubierta de encages níveos como la bata, interesante y bella como la imagen de la poesía.

Su esposo, sin alarmarse por su inmovilidad, se le acercó y, tomando una de las manos que colgaba de un lado del asiento, mientras que la otra descansaba sobre sus rodillas, volvió á preguntarle con mayor interés:

—No duermes, Kisia?

Kisia era el apodo cariñoso que Angel le daba.

—No ha venido nadie? Has estado muy sola?

—Sola, Angel, murmuró ella, abriendo sus hermosos ojos y como violentándose para sacudir su apatía que la dominaba, y contestar á su marido.

—Qué pena me dá, Kisia! Y yo que te he dejado así.... Pero dime que no te sientes

Digitized by Google

mas mal. Has tenido alguna novedad?

—No, Angel, repitió Francisca, estoy como otras veces.

—Sí, exclamó él, apoyándose en un sillón cerca de ella; te he dejado sola y lo siento porque te veo triste, pero voy á decirte la verdad: temía ponerte peor de lo que estás quedándome contigo; por eso he salido. He dado algunas vueltas por el Parque Central y aquí me tienes. Me aburro, estoy cansado! La vida que llevo es tan enojosa!... Si vuelvo á salir no lo sientas ni te enojes, es por no atormentarte á tí también.

Francisca no contestó. Sabía lo que tenía Angel y por qué estaba aburrido.

El continuó, arrojando lejos de sí el sombrero que había conservado puesto y cruzando los brazos, muy exaltado:

—Sí, es penosa esta vida! Si al menos pudiera divertirme! Pero dónde y de qué manera? En estas miserables ciudades de provincia, así tengan el título de capitales, ¿qué distracciones se le ofrecen á uno que, como yo, se ha educado en París y que conoce la vida que allí se lleva? La retreta por

Digitized by Google

la noche, una que otra visita, un baile cada mes, el teatro algunas veces. Eso es todo y si fuera bueno! Pero ¿quién no sabe lo que valen las compañías dramáticas que vienen á B*; lo que son los bailes que aquí se dan y las visitas que se hacen? En cuanto á la retreta, la música es detestable casi siempre. No!, lo repito, no me resigno á vejetar eternamente en este oscuro rincón del mundo ni envejecer en un centro tan mezquino, donde ni siquiera le queda al que es jóven como lo soy yo todavía, el recurso de las amistades de familia; porque no bien empieza uno á visitar con frecuencia una casa, se establecen los comentarios, primero entre los vecinos y luego en general; sea uno soltero ó viudo todo el mundo lo conoce y se ponen á indagar la causa de esas visitas, atribuyéndoles siempre un interés amoroso. Tú lo sabes... añadió, viendo á Francisca hacer un movimiento; sabes que tengo razón; que aquí no hay espíritu de sociedad, nada que levante el ánimo; ¿No sufres tú misma por ello? Recuérdalo! En esta triste capitalilla de provincia, en esta pobre ciudad de segundo órden de una re-

Digitized by Google

pública de la América del Sur, qué se ha de encontrar? Si viviéramos siquiera en los Estados Unidos, en alguna de las ciudades norte-americanas, ya que no en Francia, como fuera mi deseo!....

Francisca suspiró, interrumpiendo este suspiro á Angel, quien calló. Luego con más moderación y como arrepentido, dijo:

—Suspiras Kisia? Lo ves? Te he aburrido, te he.....

—Angel, no me agrada oirte hablar así...

—Lo sé, y como no me puedo contener vuelvo á dejarte. Cuando esté más calmado volveré: tal vez dentro de una hora. Me lo perdonas, Kisia? dí? No estás enojada?

Levantóse, se aproximó á Francisca y le tomó otra vez una mano. Ella no dijo una palabra. El la besó en la frente, aguardó un instante la contestación....

Francisca continuó silenciosa. Entonces él recogió su sombrero, se lo puso y salió.

Francisca le oyó alejarse, abrir la puerta, lanzarse á la calle.

Con profunda tristeza volvió á suspirar. Angel la dejaba más abatida de lo que la ha-

Digitized by Google

bía encontrado. La sobreexitación que mostrara, afligía á su esposa que conocía perfectamente la verdadera causa de ella. Angel sufría y no se atrevía á decirlo; hablaba sólo de su aburrimiento, del fastidio que le abrumaba.... Y sufria por ella!

Francisca sacudió la cabeza como para alejar el nuevo pensamiento que la atormentaba; se extendió como antes en su sillón y permaneció inmóvil como si durmiera.

El silencio la rodeaba por todas partes; un silencio casi absoluto, turbado solamente por el monótono tic-tac del reloj del gabinete. Pero á ese ruido estaba tan acostumbrada que jamás la molestaba; por el contrario, hacíala falta: el reloj la acompañaba siempre en sus soledades; era testigo de sus lágrimas, marcaba todas sus horas de insomnio! Alguna vez, oyéndolo, se imaginó ella no estar sola; sentir que alguien la veía, la compadecía y que con ella sufría.... Francisca lo amaba!

De repente esa tranquilidad fué interrumpida por los desagradables sonidos de un piano completamente desafinado. Luego una voz de mujer desapacible y chillona se unió al

Digitized by Google

piano; algunas otras, como de niñas, le hacían coro. El concierto era insoportable.

Francisca se extremeció ligeramente: sintió sus nervios crisparse. Estaba acostumbrada á oir aquello, lo conocía demasiado; sabía quien cantaba y tocaba así. Era su vecinita la que vivía al frente, chica vivaracha y coquetuela que pasaba su vida en la ventana conversando con el novio ó sentada al piano improvisando canciones sobre aires conocidos y acompañándose disparatadamente: no tenía otra ocupación. La estrechez de la calle hacía que se la oyera en casa de Francisca como si estuviese allí mismo.

En aquel momento entonaba su voz de falsete, esta canción que era su favorita y una de sus mejores inspiraciones:

"Lucerito de mi alma,
Cuanto te quiero!
Eres más bello que el lucero
Que brilla con el alba.
Eres mi amor,
Lucero encantador,
Eres mi amor, mi amor, mi amor!"

Ya se vé! No podía ser más poética la estrofa! Francisca la conocía tanto!... A ca-

Digitized by Google

da momento le era forzoso oirla, condenada como se hallaba, por su estado de debilidad, á permanecer en aquella pieza que le servía de dormitorio al mismo tiempo que de gabinete.

De ordinario sabía hacerse sorda á aquel ruido así como á otros que la molestaban. Por sentirse esa noche particularmente nerviosa, fué que perdió la paciencia; pero luego se reprimió. El canto continuó y ella no se movió ni hizo un gesto que permitiera suponer que la oía, pues volvió á sumirse en su honda meditación y á parecer dormida....

Digitized by Google

II

Y estaba así idealmente hermosa en la semi-oscuridad que la envolvía, con su fino perfil que se destacaba puro, con sus negros cabellos mal atados que aureolaban deliciosamente su blanco rostro; con aquel vaporoso traje apropiado para realzar su espiritual belleza y que tan bien ocultaba sus esbeltas y delicadas formas, inmaterializándola, haciéndola parecer aérea! Ella desconociendo su belleza, y agena en aquel momento más que nunca á su propia exterioridad, pensaba con profundo sentimiento:

«Mañana cumplo treinta y seis años. Entro en la edad en que una mujer principia ya á ser vieja. Vieja! Es decir, ridícula, á menos que no sea madre. Una vieja, es acaso interesante! Para ella el porvenir se cie-

Digitized by Google

rra: toda ilusión le está vedada. Si infringe la ley, la arrojan piedras! La juventud y la belleza son las que atraen en todos los seres; á su influencia nada resiste, mientras que la vejez aleja...

«Yo llego á ella; pronto, los mismos que hoy me lisonjean, porque me encuentran jóven totavía, porque á sus ojos no aparezco con más de veinte y cinco años y conservo algunos encantos materiales, se alejarán de mí, me descuidarán. Hasta el mismo Angel me desdeñará, él que hoy, porque aun no son visibles en mi persona las huellas de los años, se muestra siempre enamorado de mí. ¿Acáso puedo alucinarme respecto de esto? El amor que le inspiro está compuesto en parte de vanidad. Su amor propio se complace cuando me encuentra bella, espiritual!

«Esa belleza mía, sobre la cual tampoco me ilusiono, que no existe para mí, es la que le conserva amante. Pronto se desvanecerá; él me verá tal cual seré y entonces....

«Ayer me he descubierto unas tantas canas, anuncio infalible de la vejez que viene; las he arrancado, nadie las ha visto, mas ¿de

Digitized by Google

qué me sirve? ¿Acáso otras y otras no seguirán naciendo? La fábula aquella de Xaintine, no encierra la verdad más profunda? Aquel cabello blanco que al ser tirado se extiende y se extiende hasta formar una red que ahoga.... Así es la vejez cuando se presenta: se quiere disimular, se oculta á los ojos y ella insidiosamente hace su camino, sigue su invariable curso, hasta que obliga á rendir las armas.

«Ah! quien me oyera, sin penetrar el fondo de mi pensamiento, ¿comprendería la amargura de mi corazón en este momento? Cuán coqueta me creería! No sabiendo que para mí, hoy más que nunca, la juventud es la sola esperanza de vida; que la noche más sombría, más lúgubre, más espantosa se extenderá sobre mi alma desde que yo deje de ser jóven ó de parecerlo sin afeites ni artificios repugnantes y ridículos!

«Si se supiera lo que me ahoga, lo que me mata, lo que yo no puedo decir!....»

Los brazos de Francisca cayeron de cada lado de su asiento, sin fuerzas, como desmayados; su rostro se contrajo, una arruga lon-

Digitized by Google

gitudinal atravesó su frente y de su pecho salió penosamente un suspiro de agonía.....

"Morena, muy linda soy,
Mis ojos matan:
A todo el que los mira,
El alma arrebatan.
Y yo me río y yo canto
Cuando me piden mi amor.
Mi amor es de un lucero,
Mi lucero encantador,
Encantador,
Encantador!

Un *gallo* prodigioso terminó esta última y poética estrofa, *gallo* que resonó en el vecindario, sacando á Francisca de su embotamiento, y dejó sin voz á la inspirada cantora, cuyo piano perdió dos cuerdas, merced al frenético trémolo que acompañó el apasionado canto.

«Feliz edad! Feliz carácter, sobretodo, murmuró Francisca, mas bien con envidia dolorosa que con enfado por tan extravagante como inconsiderado ruido. Quisiera yo haber sido así, serlo todavía, sin que me importara lo que dijese el mundo! Mi vida habría

Digitized by Google

sido distinta! La he perdido, la he perdido!... Qué ha sido ella? qué es de mí....?»

En su imaginación revivió los días de su infancia, su juventud, sus años de casada: siempre sombras, duelo y desesperación vió en ellos.

«Mi carácter! esta extremada sensibilidad han hecho mi desgracia! Por qué seré así? La chiquilla de enfrente es y será feliz, porque ríe y canta....»

La puerta de entrada volvió á abrirse. Resonaron unos pasos en el salón y la voz de Angel se oyó muy cerca.—Kisia, he tardado. Qué hora tienes en tu reloj?—Las once menos diez.—No te enojes, Kisita. Me detuvieron en la calle unos amigos. ¿Cómo has pasado este rato? Cómo te sientes ahora?

Francisca, á quien Angel se había acercado, y á la que había tomado una mano para besársela con amorosa galantería, se levantó respondiendo apenas.

—¿Vas á dormir ya, Kisia? Tienes sueño? preguntó Angel, enlazándola con cariño. Dormirás esta noche sin narcótico?

—Talvez, respondió ella con un esfuerzo.

Digitized by Google

No te apures. Estoy cansada y por eso voy á acostarme.

Enlazada por Angel, dió algunos pasos adelante. El la estrechó más, la besó en la frente y murmuró á su oido:—¿No me quieres, Kisia? y viendo que ella no respondía dejó de enlazarla. Duerme bien, Kisia, y sueña conmigo, añadió sonriéndole.

—Necesitas algo? preguntóle Francisca, sacudiendo su entorpecimiento. Vuelta al sentimiento de sus deberes para con su marido, pensó si nada faltaría á éste.

Detras de él penetró en la pieza inmediata que era el dormitorio de Angel, lo inspeccionó todo: la cama ya preparada por ella, los enseres del tocador, cuanto juzgó indispensable; y, satisfecha sobre este punto, le dijo:

—Voy á acostarme. Si quieres algún cordial, avisa.

—Nada, Kisia, yo también tengo sueño. Hasta mañana pues; que duermas mucho.

Francisca volvió á su dormitorio y sin prepararse para dormir se arrojó sobre su cama, toda tendida de blanco, con las cortinas

Digitized by Google

ligerísimas recogidas por medio de agarraderas de seda de color azul celeste, el predilecto de la dueña.

«Dormir, sí, murmuró ella ahogando un suspiro para no ser oida. Dormir! quién durmiera! Dichosos los que duermen! Esos descansan! Si yo pudiera! Estoy tan cansada, tan cansada!»

Digitized by Google

III

Cansancio, sí, cansancio era lo que la agobiaba, moral, abrumador, terrible, que el sueño no podía disipar.

En noche como esa Francisca estaba segura de no dormir hasta el día. Y éste era para ella una representación contínua que agotaba también sus fuerzas físicas. Durante él tenía que llevar su máscara de serenidad ó indiferencia, que dominar sus impresiones, que encubrir sus sentimientos, que parecer fría cuando bullía en su corazón un tumulto de encontradas pasiones. Mentir? Jamás! Francisca no mentía. Callaba ú ocultaba la verdad por acto de sublime caridad mas que por su propio interés.

En aquella noche de tormentos, víspera de un día en que se preparaba á sufrir cruel-

Digitized by Google

mente, repasaba en la memoria su existencia toda, y apenas veía en sus treinta y seis años cumplidos, algunos rayos de luz. Sombras y sombras desde sus primeros años, duelos y amarguras. Su nacimiento costó la vida á su madre; su padre, teniendo ella menos de un lustro, pereció en una catástrofe. Huérfana desde tan tierna edad, quedó al cuidado de sus abuelos paternos, cargados de numerosa familia y pobres.

Don Francisco era hijo de extranjeros europeos que, complicados en los disturbios que agitaban su país, habían sido proscritos; y de emigración en emigración, en una odisea interesantísima y novelesca, habían llegado hasta B * en cuyo punto se fijaron al fin, faltos de recursos para continuar su peregrinación. Allí le nacieron dos hijos que fueron el abuelo de Francisca y el de Angel, quienes eran primos, por consiguiente, en segundo grado. Entregados á la agricultura y á un pequeño comercio, habían podido adquirir una fortuna regular que legaron á sus descendientes y que éstos, padres de familia á su vez, habían perdido casi por completo á consecuencia

Digitized by Google

de las viscicitudes políticas porque atravesaba la repúbica de que era la ciudad de B* segunda capital. El abuelo de Angel se había ido á establecer en otra provincia, mientras que don Francisco, cuya esposa era natural de la ciudad, tenía en ella todas sus relaciones, siendo muy considerado, así como su esposa; había permanecido allí vejetando bastante penosamente, ya entrado en años y enfermo.

Componíase la familia de cuatro hijas casi todas casaderas, puesto que la menor tenía catorce años, y de dos hijos, el uno establecido fuera de la casa, el otro, más jóven que era el tormento de ella y el ídolo de la madre. Francisca se veía en medio de aquellos seres de caracteres muy opuestos entre sí, en lucha siempre y poco resignados al cambio de fortuna que experimentaron, sobretodo la madre, las dos hijas mayores y el menor de los hijos, hacían más penosa la vida de familia por la falta de paciencia y de tolerancia de que estaban dotados. Las simpatías de la niña, al crecer, se fueron al abuelo y á la mas jóven de sus tías, por encontrar en ellos mas cariño hácia ella, aunque también mayor debi-

Digitized by Google

lídad de caracter que en los otros. Don Francisco cada vez mas achacoso, se dejaba dominar completamente por doña Agueda, su esposa, la cuál cada día se volvía mas caprichosa é intolerante.

La jóven por medio del recuerdo, contemplóse creciendo entre aquellos seres, á los que era superior en inteligencia, en generosidad, en belleza y elevación de ideas, excitando la envidia de los suyos, aislada en medio de aquel bullicio, sola y triste, apesar de lo bien templado de su alma y aprendiendo desde temprano á conocer la falsedad de ciertos sentimientos que parecen nobles. Precoz y amargamente escéptica, ella, la de los impulsos más generosos, la de la imaginación más entusiasta que pudiera darse. Prematuramente desarrollada, conoció el peso de la vida antes de haber vivido, y más de una vez, atormentada por la injusticia, aspiró á la muerte en la soledad de su espíritu. ¡Cuánto había sufrido desde que su inteligencia despertó, ansiosa de conocimientos, por no poder obtener sino una instrucción rudimentaria, la que se le daba entonces á las niñas de B*, demasia-

Digitized by Google

do felices si, como Francisca, aprendían un poco de piano y algún idioma extranjero.

La niña no podía pretender más y se resignaba. Dócilmente completó su educación á ejemplo de las señoritas de B*, adiestrándose en la cocina, la costura y todo lo concerniente al servicio y cuidado de una casa. Francisca no recordaba haber protestado jamás contra esa enseñanza; pero sí tenía presente la suma de amargura que había ido acumulándose en su corazón al comprender la imposibilidad material para ella de satisfacer su sed inmensa de conocimientos que le permitiesen un día realizar sus sueños de niña. Porque, hay que decirlo, Francisca se sentía irresistiblemente inclinada á la música y á la literatura. La historia de Mozart, célebre desde muy niño; la tan moderna entonces de G. Gomez de Avellaneda y de María del Pilar Sinués, escritoras á los diez años de edad, la entusiasmaban.

Ella escribía y componía desde muy tierna; se ocultaba para pensar y nada le parecía tan grato como encerrarse con un libro de poesías ó de música.. La gravedad del esta-

Digitized by Google

do de su abuelo puso término á todas esas distracciones. Se consagró al cuidado del anciano, no vivió mas que para él: fué enfermera incomparable y eso á los trece años! Flor lozana, entonces, flor bellísima, creciendo sin cultivo y no enteramente abierta!

Francisca recordó los años que pasó junto al lecho de su abuelo, extenuándose, marchitándose antes de su completo desarrollo; exaltándose su imaginación con el espectáculo de aquel sufrimiento que sólo su amorosa solicitud lograba aliviar; emponzoñando su sangre con el hálito de aquel cadaver viviente, agonizando con el enfermo, siempre incansable! Por la vida y la salud de don Francisco hizo ella los votos más absurdos; ofreció su vida á Dios; sacrificar sus sueños de gloria, su juventud, sus ilusiones de amor, todo, en cambio de la vida del abuelo, hasta que llegó un día en que, perdida toda esperanza de salvarle, lo vió sufrir tan desesperadamente y sin consuelo, que le pidió á Dios su muerte y se resignó á perderle.

Don Francisco murió dejando á la familia con muy escasos recursos. Fué preciso tra-

Digitized by Google

bajar para ayudarse á vivir; y la vida en la casa fué más dura.

La tía más jóven de Francisca cayó enferma. Era la más querida, la única de toda la familia que sabía amarla como ella merecía. La jóven, llena de dolor, se dedicó á cuidarla, desplegando para asistirla el mismo celo, la misma ardiente abnegación que mostró á la cabecera de su abuelo. La enfermedad de Leocadia, nombre de la tía, era mortal, aunque duró mucho; un mal de consunción, de que estaba amenazada la misma Francisca, era lentísimo en su desarrollo, insidioso en su marcha, y tanto más penoso cuanto menos posible era preverle un término. Al mismo tiempo que á su tía perdió sucesivamente la jóven huérfana dos de las pocas personas que mejor sabían comprenderla y que más la querían: un anciano amigo de su abuela que la conoció y aprendió á amarla junto al lecho de don Francisco, admirado de su cariño filial y una amiga de infancia muy afectuosa para con ella. Estas muertes le dejaron en el corazón un vacío tal que la pobre enfermó también. Declarósele una enferme-

Digitized by Google

dad nerviosa contra la cual no encontraban los médicos remedio material. El mal residía especialmente en el espíritu y requería un tratamiento moral. Recomendaron distracciones, viajes y si Francisca amaba á alguien, un pronto matrimonio. Pero, amar? En medio de su atormentada vida, la jóven había creído sentirse inclinada á un pariente suyo que la pretendía, mas convencióse de que éste no correspondía al ideal que ella se había formado del que debiera ser su esposo. Y así no pensó más en él. Luego ¿no se había consagrado á su abuelo? ¿Cómo podía casarse? Además vivía tan aislada, dejándose ver tan poco, mostrándose con todos tan fría, tan reservada, que pocos pretendientes se le presentaban. Algunos, atraidos por su melancólica belleza, se alejaban de ella lastimados por su imponente severidad, ó por lo que muchos llamaban su orgullosa indiferencia. Francisca, verdaderamente, no había encontrado á quien amar. Su alma gemía en la soledad, ansiosa de expansión, pero en su exterior nada se transparentaba. La máscara de triste serenidad con que ella se cubría,

Digitized by Google

habíase adaptado tan bien á su rostro, que sólo muy pocos iniciados en los dolores de su corazón, sabían discernir que ella era solamente una coraza que revestía esa alma tan lastimada en la batalla de la vida contra los golpes que contínuamente le dirijiera la desgracia.

Angel, su primo Angel se presentó. Tenía un año menos que ella, mostrábase tan afectuoso! Acababa de perder á sus padres, era pobre y venía á ofrecer sus servicios al tío mayor de Francisca, al que después de la muerte del abuelo hacía las veces de jefe de la familia; se hizo querer de la abuela, de las tías. Por Francisca parecía locamente apasionado. Ella lo encontraba muy niño y se lo dijo más de una vez; no podía amarle sintiéndose demasiado vieja para él, vieja moralmente: si con él se casaba iba á destruir sus tan ricas ilusiones. Además estaba enferma y él carecía de fortuna.....

Francisca en aquel momento se vió durante un año luchando contra la idea de aquel matrimonio que ya parecía conveniente á su familia y al que condescendió aparentemente

Digitized by Google

por complacer á todos, defiriendo su realización de mes en mes durante un año, con la secreta esperanza de morir ántes de llevarlo á cabo; luego se contempló casándose, rendida al fin de luchar y engañada por las solemnes promesas de Angel..... y después continuó viéndose ya casada. Esa vida de casada.... Esa vida! Martirio raro y atroz!

Y no pudo seguir en su contemplación interior. Vencida al fin por la fatiga cayó en un estado de semi-inconsciencia que duró hasta el día y le permitió descansar.

Digitized by Google

IV

Una mañana de Abril. Un sol radiante, abrasador, sol de los trópicos que desde el alba vaporosa, extiende sus rayos y penetra por doquier inundando de luz, de esplendorosa luz los palacios y las chozas, reanimando á los ricos y á los pobres, prestando su calor á todo; sol, sinembargo, que según vivifica poderosamente á los fuertes, así enerva, así abate las naturalezas débiles.

Ese sol de primavera introdújose particularmente en el gabinete-tocador de Francisca por los balconcillos que daban á la calle, penetrando con su luz, las cortinas de azulada gaza que interiormente la cubría, y alegrando el alma.

La estancia se veía llena de flores; sobre las mesas, en los rincones, todo eran flores

Digitized by Google

vistosas. Respirábase allí un aire de fiesta discreta que hacía soñar con las felicidades íntimas, que inspiraba el amor de la vida.....

Sentada en su sitio habitual y cerca de una mesita-velador, artísticamente labrada é incrustada, contemplaba Francisca un hermoso ramillete, formado de azucenas y de violetas, que acababan de traerle. En medio de aquella luz tamizada y diáfana, de aquellas flores matizadas y fragantes, rodeada de aquel ambiente perfumado, aparecía ella esa mañana, más jóven, más ideal que nunca, siempre de blanco, con un traje de finísimo y transparente linó bordado, todo orlado de encages, ceñido al esbelto y flexible talle por medio de un corselete de raso azul pálido, así como el lazo que adornaba sus oscuros y rizados cabellos, anudados á la espalda y que en graciosísimas sortijas cubrían lijeramente su frente inteligente y sus delicadas sienes. En las finas orejas, que semejaban dos conchuelas de pura nácar, llevaba unos pequeñísimos aros de oro y perlas, y al rededor del redondo y blanco cuello algunas hileras de sartas de menudas perlas que con su discreto

Digitized by Google

brillo prestaban á su tez un tinte nacarado. Con este adorno que completaba su elegante traje, presentaba un aspecto más vaporoso, más aéreo aún que la víspera, con la flotante bata que ocultaba su esbeltez.

De la agitación de su noche anterior, apenas sus ojeras más marcadas eran indicio visible y lejos de afearla, añadían ellas mayor encanto á su mirada soñadora y siempre triste, daban á su dulce rostro más interés.

Distraida y como ausente, contemplaba las flores.

Era el día de su cumpleaños, ese día temido por ella y que anticipadamente la había hecho llorar.

Sus parientes y amigos la obsequiaban á porfía. Regalo de ellos eran los ramilletes que llenaban la habitación, poco costosos en B* donde cada casa puede tener su jardín casi sin trabajo, gracias á la exuberante naturaleza tropical.

Francisca adoraba las flores que eran para ella verdadera necesidad. Parecíanle como el complemento de su propia naturaleza y las miraba como la sonrisa de Dios sobre la

Digitized by Google

tierra, como una prueba indiscutible del divino amor del Creador á la humanidad.

¿Un poeta no habría creído ver en Francisca una celeste flor?

El reloj del gabinete dió las diez y el piano de la vecinita principió á sonar. Las cuerdas que le faltaban no habían sido reemplazadas y sonaba más lamentablemente. El canto... ya había despertado á Francisca al amanecer, cuando rendida, después de una noche penosísima, dormía su primer sueño:

"Hermoso es mi lucero
Como el de la mañana"

. . . . . .

La voz de falsete entonaba su favorita cantilena luego de haberse dejado oir hablando por la puerta de la calle, donde Carmela daba cita desde temprano á su *lucero;* un mozuelo de quince años como la morenilla que le dedicaba coplas; raquítico é imberbe aún, con pretenciones de hombre, y de hombre grande; ya escéptico en amor, mezclado en política, escritor y periodista, filósoso y.... todo!

Francisca tomó un libro que se puso á

Digitized by Google

hojear. Aguardaba á su médico que la visitaba casi diariamente y meditaba aunque al parecer leyera.

El timbre de la puerta de entrada sonó. En el salón se oyeron los pasos de un hombre.

—Buen día, buen día, exclamó la voz simpática del doctor Ferreti. ¿Está visible doña Francisca? preguntaba el visitante á la criada.

El corazón de Francisca palpitó fuertemente, á él se llevó la mano; su estado nervioso la hacía tan impresionable; un sonrosado muy lijero cubrió sus mejillas, sus párpados se bajaron, la sedosa franja de sus pestañas la sombreó de un modo hechicero. Estaba encantadora así.

Dos golpecitos en la puerta que comunicaba el gabinete con el salón.

—Pase usted, doctor.

La voz de Francisca no se había alterado, conservaba el mismo timbre armonioso aunque algo débil.

Ferreti entró y la vió así con los ojos bajos. Con una mirada ardiente, la abrazó toda.

Digitized by Google

—Cómo está usted? Cómo ha pasado la noche y la mañana?

Francisca levantó sus rasgados y admirables ojos garzos y miró al doctor; parecía completamente serena y repuesta de su impresión primera. ¿Qué vió en los espléndidos ojos negros de Ferreti que la hizo sonrosear de nuevo? ¿Tan sólo el interés, la simpatía de médico á enfermo ó una admiración demasiado apasionada que aunque contenida se manifestaba? Francisca volvió á otro lado la mirada, trató de serenarse y con cierta timidez en la voz contestó al doctor:

—Estoy algo mejor, gracias. Mi noche ha sido algo agitada, siempre mi insomnio....

—Y hoy, cómo está usted? Me parece usted más animada; veo flores por todos lados! Ellas siempre la acompañan, pero en menos profusión. Tiene usted fiesta?

El doctor diciendo esto, miraba á su alrededor, mientras se acercaba á Francisca y le daba la mano.

Ella le invitó á sentarse.

Digitized by Google

V

Alto, vigoroso, blanco de cutis, pelo negro muy corto, así como la barba, de facciones agradables, era Pablo Ferreti, lo que en B* llamaban un *buen mozo*. Sin pretensiones de ningún género, mostrábase hasta algo desaliñado en su traje, aunque muy distinguido en sus maneras. A primera vista atraía, sobre todo por su afabilidad, más marcada aún para con sus enfermos. Vivía entregado al ejercicio de su profesión, en la cual era muy docto y concienzudo, considerábala como un ministerio, no como fuente de especulación mezquina, siendo por ello muy solicitada su asistencia. Poseía viva inteligencia para todo, aunque sólo en medicina se creyera capaz y así era modesto

Ferreti era casado, ó se le suponía tal.

Digitized by Google

Había sus versiones respecto de su unión con una mejicana que trajera de Europa al terminar sus estudios profesionales y al establecerse en B* De ello hacía ocho años. El tendría treinta y seis en la época en que visitaba á Francisca.

Decíase que la mejicana, de escultural belleza y muy rubia, le dominaba completamente, que le hacía sufrir rudamente, soportándolo él todo, sin quejarse, apesar de no estar ligado á ella mas que por ciertas convenciones y no por lazos legales.

Estas cosas se susurraban aunque no hubiera fundamento alguno, ya fuera para negarlo ó para afirmarlo. Con todo, cada cual recibía á doña María Ferreti, tan imponente por su belleza, como por la altivez de su caracter, sin protestar. Francisca que apenas la conocía, sostenía con ella corteses relaciones, sin verla casi nunca, prefiriendo conservarse alejada por instintivo temor, de una mujer cuyo temperamento adivinaba diametralmente opuesto al suyo.

La una, según decían, era toda egoismo, toda sensualidad, despotismo y doblez; la otra,

Digitized by Google

toda abnegación, idealismo, lealtad, ternura.

Doña María y Francisca constituían una verdadera antítesis. No habrían podido escogérselas mejor para rivales.... Las cosas de la vida!....

Digitized by Google

VI

En aquel momento la vecinita cantó:

"Es moreno mi rostro,
De fuego son mis ojos,
De carmin mis mejillas,
Mis labios rojos.
A todo el que me mira"
.....
.....

—Doña Francisca, ¿cómo soporta usted ésto? Esa chica canta siempre, y qué ruido hace el piano! ¿No le exita eso los nervios que tiene usted tan delicados?

—Qué quiere usted! La enfermedad me ha enseñado á ser paciente. A fuerza de sufrir he aprendido á hacerme sorda cuando no puedo evitar los ruidos que me molestan.

—Rara facultad que la enaltece á usted. Pero me despido. Pase usted buen día y no

Digitized by Google

se fatigue mucho. Sabe usted que eso le hace daño.

—Gracias, doctor, trataré de atender á su recomendación, contestó Francisca como distraida y esquivando la mirada de Ferreti que había continuado casi fija en ella como por irresistible atracción durante aquel cuarto de hora de visita. Hubo un silencio. Lentamente él se le acercó para darle la mano como de costumbre al irse.

Ella vaciló un instante antes de entregarle la suya; luego, como determinándose, alzó los ojos, le miró fijamente y se la estendió diciendo más rápidamente de lo que solía hablar:

—Doctor, ¿volverá usted mañana? Tengo algo particular que decirle. ¿Podré aguardarle?

—Doña Francisca estoy á sus órdenes. Cuando usted quiera; está bien; vendré mañana: ¿qué se le ofrece á usted?

—¿Con seguridad, doctor?

—Sí, señora; seré exacto.

—Kisia! Kisia!, exclamó la voz de Angel desde fuera, mira lo que te tengo. Ha-

Digitized by Google

bía olvidado que era el día de tu santo, pero acabo de verlo en el calendario y aquí tienes las flores que te agradan, unas rosas blancas y este porta-plumas, para que lo uses cuando escribas tus poesías.

Angel había entrado con su viveza acostumbrada, atropellándolo todo á su encuentro. Por un tanto tropieza con Ferreti.

—Hola, doctor, está usted ahí? Me pareció reconocer su sombrero en el salón. Siéntese usted. Ya se vá? No sabe usted? hoy es el santo de mi mujer. Debía usted quedarse con nosotros. Y tú Kisia, estas flores no las encuentras lindas?

Angel muy galante, mostraba á Francisca un ramo de rosas blancas realmente precioso y le presentaba al mismo tiempo un estuche de terciopelo que contenía un lindo porta-plumas de oro y nácar.

Francisca lo recibió todo con su habitual calma. Púsolo en su mesita, y mirando á Angel con dulzura le dijo:

—Está muy hermoso tu regalo. Gracias! Acércame aquel jarrón para colocar el ramo. Me complaces mucho.

Digitized by Google

Angel muy ufano se dirijió á una consola para cojer el jarrón indicado.

—Me alegro, doña Francisea, que esté usted hoy de plácemes. Y.... siento dejarla. Angel, buen día.

—Bien pudiera usted quedarse, doctor, repitió Angel: complacería á Francisca.

El timbre de la puerta de entrada sonó dos veces consecutivamente.

—Visitas!, exclamó Angel interrumpiéndose, quiénes serán?

—Me voy! dijo Ferreti precipitadamente, como si le sacudieran: gracias, Angel, será otro día. Tienen ustedes muchas atenciones y yo también. Hasta mañana.

Ferreti salió del gabinete, y al atravesar el salón acompañado de Angel, vió las personas que entraban: dos tías de Francisca y una vecina, madre de la morenilla de enfrente. El doctor Ferreti las saludó y se fué. Angel las hizo sentar y entró á anunciarlas á su mujer.

—Son tus tías y doña Asunción. Las he hecho detener porque antes tenía que darte un abrazo. Ven! No te lo pedí desde que llegué delante del doctor por no darle celos. De

Digitized by Google

mi mujercita cualquiera se enamora y no dudo que él... Hum! Tú me entiendes, Kisia?

—Qué loco eres, Angel! siempre chanceas aun cuando tratas de lo más serio, exclamó ella con algún colorido en las mejillas.

—Nada de regaños! Un abrazo, un beso y.... me marcho.

—No trabajas hoy?

—Cómo que no! Tengo bastante que hacer; pero al ver que era el 10 de abril en el calendario, me acordé de tí y corrí á felicitarte. Mi amorcito, mi vida, adios! Me marcho corriendo.

El timbre se dejó oir de nuevo.

—Más visitas? Me voy! me voy! Haré entrar á esa gente. No te fatigues obsequiándolas. Hasta luego.

Angel salió presuroso como habia entrado. Se le oyó hablar fuera.

«¡Qué dia se me prepara, murmuró Francisca angustiada, y después de una noche de tormentos! y mi cabeza que se pierde! Por qué me miró así el doctor Ferreti? Es preciso que yo lo sepa. ¿Acáso me quiere, ó me creerá una coqueta?»

Digitized by Google

—Se puede pasar, Kisia? gritó Angel desde fuera.

—Adelante! exclamó ella. Ya su semblante habia tomado su expresión de calma resignada, de afable serenidad.

Las visitas entraron.

La vecinita cantó:

"Lucerito de mi alma,
Cuán bello eres!"

—Francisca, felicidad! Cómo te hallas hoy? Un beso, niña.

—Saludo á usted, doña Asunción. Estoy mejor, tia; gracias.

El reloj daba las once.

"Más que á mis ojos te quiero!
Te quiero, te quiero, sí!"

—¡Cómo canta su niña, doña Asunción! dijo una de las tias de Francisca á la vecina.

—Tiene mucha disposición, contestó la señora con notable modestia.

—Se le conoce, replicó la tia.

Ironia ó estupidez? Una y otra cosa probablemente.

Francisca no dijo nada. Impasible, disimulaba.

Digitized by Google

VII

Las flores de la víspera habian amanecido un tanto mustias y algunas deshojadas apesar del cuidado que pusiera Francisca en conservarlas; el sol, que algunas nubes cubrian, penetraba con menos viveza en el gabinete-tocador; el calor se dejaba sentir con alguna fuerza. Francisca visiblemente fatigada, reclinaba contra el respaldo de su asiento, en postura abandonada, su cuerpo tan delicado y enhiesto como el tallo de las azucenas, que solas, entre las flores del dia anterior, frescas, lozanas, abrian sus blancos pétalos y exhalaban suavísimo aroma, colocadas ante ella, sobre la mesita-velador.

Estaba algo mas pálida que la víspera, notándose mayor melancolia en sus garzos y rasgados ojos, mas seriedad en la espresión

Digitized by Google

de su graciosa boca cuyos labios tan purpurinos contrastaban singularmente con el color mate del rostro, y así estaba seductora, con su larga bata blanca ceñida mas bajo que el talle con unos cordones de seda azul marino cuyas borlas servian para ocupar sus blancas, finas y nerviosas manos que con ellas jugaban distraidamente.

La arruga de su frente marcaba una penosa preocupación.

Ella pensaba en Pablo Ferreti.

¿Vendrá como lo ha dicho? O comprenderá de lo que quiero hablarle y se excusará? No sé qué creer.... Pero es preciso que esto cese. Me parece que callar es hacerme cómplice de lo que sospecho; aceptar tácitamente lo que temo adivinar; comprometerme con él. Mi conciencia me lo reprocha y mi corazón sufre con esta situación falsa en que hace algunas semanas me veo con respecto de Ferreti. Si han de seguir las cosas así, tendré que abandonarle como médico; nuestra amistad que me era tan grata, dejará de existir.... Dios mío! ¿Por qué he de estar condenada á no tener amigos, á vivir en esta

Digitized by Google

soledad del alma que me mata lentamente? Después de la decepción tan cruel que me causara el doctor Morales y la esquivez que me muestra el doctor Linares, ¿éste también?.... ¿qué ven en mí todos? ¿qué me encuentran de tan raro que les haga olvidar sus deberes profesionales y aún la honradez?

«No soy jóven: belleza real, ¿puede hallarse en una enferma? Mis cualidades, deben en todo caso hacerme estimar más y no exponerme á mayores sinsabores, á más duro aislamiento. ¿Me encontrarán conqueta? Oh! pensarlo me irrita, me indigna! La confianza que manifiesto á mis amigos, á mis médicos, sobre todo, nace no solamente de mi natural ingénuo y franco, de la sencillez de mi caracter, sino que también es hija del cálculo. Aleccionada por la experiencia, quiero con ella desvanecer, en los que me tratan íntimamente, toda idea de otro sentimiento que no sea el de la amistad más cordial, más leal y más franca; el de la fraternidad de espíritu que es todo lo que yo puedo dar, lo que en mi cabe, lo que mi corazón necesita para ser aliviado, reconfortado! Ferreti me habia

Digitized by Google

asegurado que él era capaz de realizar esta aspiración de mi alma; deseó mi amistad, la exijió como médico, pretendiendo no solamente curar lo físico, sino mi moral también, y.... faltaria como otros? ¿Qué leo en sus ojos? ¿Es algo que siento á pesar suyo? ¿Es, por el contrario, algo que no siente y que quiere manifestarme? Esta duda me lastima al extremo de hacerse insoportable! Es necesario que le hable para saber á qué atenerme. Y sin embargo... tiemblo! Por momentos me siento con fuerzas para alejarle sin vacilar, para condenarle sin apelación si le hallo culpable, y pienso que el sentimiento del deber cumplido me ayudará á sobrellevar este nuevo sacrificio sin gran dolor. Otras veces me encuentro débil.... creo que sufriré demasiado! ¿Acáso me arrepentiré del paso que quiero dar por el desgarramiento que puede ser su consecuencia? Dios mío! En vano quiero tranquilizarme, hacerme sorda á esta voz que murmura en mi alma.... Hay algo en mí, algo no sentido aún y que me inclina á Ferreti de un modo irresistible! Pero esa misma razón me obliga á definir la

Digitized by Google

situación. Es preciso cortar el mal de raiz; debo, debo.....»

El timbre de la puerta de entrada sonó. Francisca se estremeció tan violentamente, como si de súbito despertara de un sueño penoso, y murmuró: «Será él?»

"Lucerito de mi alma"

cantó la chica de enfrente.

El reloj del gabinete dió las diez y media.

—Francisca, dónde estás? Vengo á pasar el dia contigo, dijo una alegre voz desde fuera. ¿Siempre encerrada; metida en tu rincón?

Era Eudosia, la tia menos vieja de Francisca, la que llegaba.

—Entre usted, tia, contestó ella, violentándose para mostrarse serena. Aquí me tiene. Después del dia de ayer, algo fatigoso para mí, pasé mal la noche, y hoy me duele la cabeza.

—Cómo siempre! cómo siempre! Cuándo estarás bien? Parece mania en tí eso de vivir enferma.

—Usted sabe que no lo es, tia.

Digitized by Google

Francisca se levantó, abrazó á Eudosia y volvió á dejarse caer en su sillón.

El timbre de la puerta volvió á sonar.

—Quién es? preguntó Eudosia. Te vienen visitas?

—No sé.... tal vez.... el doctor Ferreti...

—Buen dia! dijo fuera la simpática voz de éste.

Sus fuertes pisadas resonaron en el salón. Francisca palideció.

—Es tu médico? Hum! Me voy al jardin. Escúsame con él: no me gustan los médicos. Líbreme Dios de ellos!

—Podré pasar? preguntó Ferreti.

—Sí, doctor; entre usted.

—Saludo á usted, doña Francisca, dijo él presentándose. ¿Cómo se siente?

Su alta estatura se dibujó en la puerta del gabinete.

Las pálidas mejillas de Francisca, por un momento se sonrosaron, su corazón palpitó... Un lijero temblor nervioso ajitó sus manos. Ella todo lo dominó. Con mucha calma respondió á Ferreti que la devoraba con la mirada de sus elocuentes ojos.

Digitized by Google

—No muy bien, doctor. Siéntese usted. Y á Eudosia dijo: Está bien, tia, vaya usted al jardin mientras yo conferencio con el doctor. El la excusará. Si quiere usted tomar algún refrigerio en el comedor encontrará lo que desée.

—Voy y vuelvo, Francisca. Te dejo con tu médico. Francamente lo digo, no me agrada oir hablar de achaques: como lo sabes, en casa siempre están todos enfermos excepto yo. Hasta luego.

Eudosia salió del gabinete. Pablo Ferreti y Francisca quedaron solos y sentados á corta distancia el uno de la otra.

—Cómo pasó usted la noche? Cómo se siente hoy? Muy fatigada? Me parece notarlo.

"Morenilla soy muy linda"

chilló la vecinita.

—Siempre ese tormento, doña Francisca!

Desde que los dejó Eudosia tenia ella los ojos fijos en el suelo y, preocupada, respondia vagamente.

—¿Se siente usted mal, doña Francisca? Parece pensativa ó triste.

Digitized by Google

—Tengo que hablarle, doctor, dijo de pronto Francisca, que habia tardado en contestar. Y alzando los ojos, le miró. La mirada de él la obligó de nuevo á esquivar la suya.

—En efecto, ayer me dijo usted algo de eso y hoy he venido para saber....

—Es preciso, sí, dijo ella, como hablando consigo misma.

—La escucho pues. ¿Se trata de su salud?

—Tal vez, contestó Francisca evasivamente, y quedó pensativa.

Digitized by Google

VIII

—Doctor, exclamó al fin con resolución, después de un silencio entre los dos que parecia penoso para ambos, lo que quiero decirle es delicado.

—Hable usted.

—Tal vez haga mal con ello.

—Diga y veremos.

—Usted conoce ya mi caracter: no le extrañará. Sabe usted que soy leal en todo, y como hace meses creo sentir cierta falsedad en nuestras relaciones, deseo que nos expliquemos; quiero que me diga usted, si es el médico el que, cansado de su enferma, está menos dispuesto á prestarle su asistencia, ó si es el amigo que ha cambiado por suponer....

Digitized by Google

La voz de Francisca, armoniosa y firme al principio, se alteró. Ferreti, que habia ido palideciendo á medida que ella hablaba, quiso interrumpirla.

—Doña Francisca, ¿por qué supone usted...? Qué le impulsa á creer...? No comprende que....

—No me interrumpa usted, doctor. Muchos dias há pensé en hablarle y vacilaba..... Recordaba nuestra buena amistad durante este año pasado; la asídua y esmerada asistencia de usted y mi egoismo de enferma, así como el temor de mostrarme injusta con usted, me inducian á callar; ayer fué que resolví definir la situación entre usted y yo. ¿Por qué me descuidaba usted como médico? Casi me tenia abandonada y así, súbitamente, después de haberle visto tan solícito á mi lado?... ¿Por qué responde usted tan poco á lo que yo le digo respecto de mi enfermedad? Usted ha cambiado tanto que me ha obligado á ser diferente. La confianza que ponia en usted ha desaparecido....

—Bien lo he visto, y tal vez sea ese..... quiso decir Pablo Ferreti, que bajaba la vista

Digitized by Google

y visiblemente perdió su acostumbrado dominio sobre sí.

—No, amigo mío, le interrumpió Francisca penosamente excitada, y deseando llevar á cabo la explicación decidida. Si yo he cambiado es forzada á ello por la manera de ser de usted. Mi orgullo se ha sublevado contra ese cambio que en usted he hallado. ¿No desea usted continuar asistiéndome? ¿Le parezco menos.... digna de interés como enferma, ó como amiga menos estimable? Su mirada me dice....

La voz de Francisca se alteró mucho más; sus ojos se nublaron....

—Doña Francisca, exclamó Ferreti inquieto, no diga usted... Mi mirada?... qué le ha visto usted? Mis maneras?.... Usted se equivoca....

—No, doctor, volvió á interrumpir Francisca, sacudiendo su graciosa cabeza y sin ocultar las lágrimas que asomaban á sus bellos ojos. Equivocarme? Mucho lo he deseado. Esta confesión es una prueba de lo que he estimado á usted, de la amistad que le profeso.

—Doña Francisca, no piense usted... bal-

Digitized by Google

buceó Ferreti pasándose la mano por la frente como para despejar su cabeza.

—Amigo, yo estoy dispuesta á perdonarle si me dice que como médico no desea seguir asistiéndome; si confiesa como amigo que por alguna causa me juzgó mal, con tal de que lo haga lealmente, sin buscar pretextos que me apenen y lastimen. Apelo á su conciencia y á su corazón. Quizás ignora usted que la desconfianza, la inquietud en que vivo respecto de usted y que ha podido usted notar, agravan mi estado nervioso y me predisponen á mayores males. Tenga usted consideración de una enferma y cumpla con su deber de médico calmando los sufrimientos que ella tiene.

—Doña Francisca, dijo Ferreti, después de oirla y de meditar un rato con la cabeza baja y sin atreverse á mirarla, la he escuchado á usted y no sé qué responderle.... Usted me acusa, parece tener razón, y sin embargo... No sé! ¿Qué crée usted que puede haber en mí? Qué dicen mis ojos?

—Voy á declarárselo. Hace algún tiempo que cuando usted se fija en mí, esa mirada

Digitized by Google

me dice que usted me crée una coqueta. Francisca dijo estas palabras con amargura, como á pesar suyo, con repugnancia y disgusto.—Sus ojos dicen que yo he dejado de ser para usted, mi médico, la enferma interesante, para convertirse en....

—¡Calle, doña Francisca! no continúe usted, exclamó Ferreti, impetuosamente, como vencido al fin y sin poderse contener. Coqueta usted? Jamás, jamás lo he creido. Lo que, á pesar de toda mi voluntad, de todos mis esfuerzos, han podido decirle mis ojos es que yo.... la quiero.

—Oh! Doctor!

—Debo decirlo, puesto que usted exije la verdad, que yo la amo, sí; no sé cómo ha venido ésto. Lentamente, ese sentimiento fué insinuándose en mi corazón: yo la estimaba, la compadecia, la admiraba, pero jamás pensé.... y aun ahora mismo.... He tratado de alejarme de usted, sí! Le he dado motivos de resentimiento; la he descuidado; intenté emprender un viaje. No lo he podido efectuar: las circunstancias me lo han impedido... Y usted ha llegado á comprender.... ha sos-

Digitized by Google

pechado lo que yo, tal vez, jamás le habria confesado. La culpa no es mia.... ya lo vé usted.... Disponga, decida! Estoy listo á acatar su voluntad. Si he faltado á sus ojos, usted resolverá. Yo me resigno á lo que usted quiera.... Usted puede hacer más.... no puedo....

Ferreti se habia levantado al hablar así, irguiendo su alta estatura ante Francisca, noble é imponente. Después de mirarla intensamente, con la cabeza baja esperaba la sentencia. Francisca habia palidecido hasta sentirse lívida. Experimentó tal conmoción, que la dejó inmutada. Luego creyó que una oleada de fuego le subia al rostro. Sin saber lo que decia, exclamó luego:

—No puedo creerlo, nó!

—Doña Francisca!

—No puede ser....

—Oh! Pensará usted que me atreveria á mentirle así?

Sacudiendo la cabeza, casi ahogada, Francisca respondió:

—¡No es posible, no es posible! Me resisto á admitirlo!... Qué hay en mí? ¿qué me ha

Digitized by Google

encontrado que le inspire tales sentimientos?

—Doña Francisca!....

—Sí, eso no puede ser serio....

—No me ofenda usted.

—No puede ser sincero!

—Oh! Señora....

—Francisca! Francisca! ¿No sabes lo que he descubierto en la cocina?

La tia Eudosia venia del patio, casi corriendo, sofocada. Apareció en el gabinete en medio de la penosa escena. De nada se apercibió. Vió á Francisca sentada y á Ferreti de pié. Dirijióse á la primera:

—Los has visto? Hay media docena y son de la gata amarilla. Se puso furiosa al acercarme yo. Quiero un gato de esos, Francisca.

—Está bien, tia; los que usted quiera, contestó ella haciendo un esfuerzo violento para componer su semblante, para recuperar aparentemente su serenidad.

—El blanco con manchas negras me parece mas fuerte que los otros, mandaré por él dentro de unos dias, no sea cosa que se me muera en casa, lejos de la madre, si antes me

Digitized by Google

lo llevo. Figúrate hija, que allá los ratones quieren devorarnos, todo se lo comen y un gatito así los ahuyenta.

—Doña Francisca, me retiro, dijo Ferreti.

—Porque yo entro, Pablito? Es decir, doctor. Siempre se va la lengua. Sabe usted, la costumbre... Antes de ser usted médico, le llamaba yo así.

—Señora, como usted guste. Y no crea que me retiro por usted, nó. Pudo usted notar que iba á despedirme.... Con que, adios, señora, pase usted buen dia. Tengo que ver muchos enfermos y ya es tarde. Vió su reloj.

El de Francisca marcaba las doce menos cuarto.

—Hasta mañana, si me es posible, doña Francisca. A los piés de ustedes.

Eudosia le acompañó hasta el salón, luego volvió donde Francisca, diciendo:

—Y es buen mozo este Pablo: tan blanco y alto y elegante. No parece médico. No sé por qué me hallo á los médicos casi siempre ridículos. Y éste es amable. ¿No lo encuentras tú así, Francisca?

Digitized by Google

Ella murmuró algo que Eudosia tomó por un asentimiento á sus palabras. La infeliz desfallecia. Toda su energia fué escasa para disimularlo á su tia.

—Te sientes mal, no es verdad? Estás muy distinta de ayer. Ayer tenias colores, hoy estás pálida. Qué tienes, Francisca? ¿Quiéres que te haga algún remedio?

—No, tia; gracias. Me duele la cabeza y me siento débil. ¡Pasé tan mal la noche! No se moleste y ocúpese de usted.

—Ya lo creo que debes estar débil, si no comes. Voy á traerte caldo. Cuando pasé por la cocina ví que estaba preparado.

—No, tia; no se moleste: ya estoy mejor.

Francisca se levantó y dió algunos pasos, para probar lo que decia. Deseaba distraer á su tia con algo, para pensar un rato á solas.

Eudosia se tranquilizó viéndola así, como alentada.

"Y yo de todos me río, y canto y bailo"

chilló la vecinita, dando un salto de su piano á la ventana.

La voz llegó á oidos de Francisca. La

Digitized by Google

chica cantaba y bailaba; y ella en su interior lloraba aunque en apariencia estaba serena por cruel necesidad! ¡Oh comedia humana! Suplicio terrible, atroz para las almas sinceras! ¡Cuántas víctimas traes!

Digitized by Google

IX

Francisca no se repuso. Doliente permaneció ese dia, y durante toda la noche sintióse como aturdida. La declaración de Ferreti la habia anonadado. Amarla él! Podia eso ser? Y, sobre todo, decírmelo! Entre todas las suposiciones que ella hiciera jamás habíasele ocurrido semejante pensamiento. Ni un instante abrigó el temor de que él se atreviera á declararla su amor. Ella creyó sencillamente, inspirada por la rectitud de su espíritu, que el resultado de la explicación pedida á Ferreti facilitaria á éste una excusa; y al provocarla, se proponia discernir lo que hubiera en él de sincero ó de calculado. Eso era todo. Las palabras del doctor la sumian en mayor perplejidad; establecian en su corazón un conflicto mas terrible. Qué hacer? Ferreti le pedia que fallara. La honradez de Francisca exijia también este fallo. No po-

Digitized by Google

dia ser él favorable al doctor quien se consideraria alentado para seguir manifestando sus sentimientos y tal vez para esperar que ella le correspondiera. Oh no! Asi debiera Francisca destrozar su corazón, desgarrar sus entrañas, jamás seria culpable! Eso no cabia, no podia caber en su mente ni la mitad de un segundo, ni siquiera cruzar por su imaginación. Pero condenar á Ferreti!.... Ella lo haria convenciéndose de tal necesidad si él en justicia lo mereciera; pero merecíalo él? Habia dicho verdad? ¿Pertenecia su afecto á esa clase de sentimientos que degradan tanto al que los confiesa como al que los inspira? En este caso sí; pero si era una pasión real, involuntariamente sentida, á lo que no diera él pábulo, y que nada exijiese en retribución, ¿cómo mostrarse inexorable para con él? ¿Acáso Francisca no se condenaba á sí misma? ¿No sufria ella al mismo tiempo que comprimia sus sentimientos que la condenaban á morir, que ni siquiera á sí propia se los revelaba? Porque ella amaba.... Un amor tardio habíase levantado en su alma, flor de otoño que el invierno debia helar prematura-

Digitized by Google

mente, aún cuando las circunstancias le permitiesen crecer y desarrollarse. La declaración de amor de Ferreti habia venido á trastornarla en sus ideas. Todo su sér hallábase conmovido hasta la más íntima fibra. Ella amaba á Ferreti á pesar suyo, contra toda su voluntad, condenando su afecto y resignada á sufrir por él el mas cruel martirio, antes que darle expansión. Lo que deseaba de él era su amistad y su estimación. Por conservar la una y la otra estaba dispuesta á todo. Léjos de alegrarse de que Ferreti la amara, resistióse á admitirlo. Trató de consolarse con la loca esperanza de obligarle á confesar que lo que él entendia como un deber de galanteria, habíale impulsado sólo á hacer una declaración falsa, á fingir una pasión. Ella se lo perdonaria con tal de no verse forzada á un rompimiento definitivo que en el estado de su alma, en el de su cuerpo, no podia menos que causarle la más desastrosa conmoción. El temor de ese rompimiento la habia hecho dar el primer paso errado en la via del sentimiento. Disponíase á dar otro mas errado, cuyas consecuencias iba á expiar tristemente.

Digitized by Google

X

Cuando Ferreti llegó al siguiente dia, Francisca dejó la cama para recibirle. Por un prodigioso esfuerzo de su voluntad, permaneció sentada durante la visita del doctor; tan pálida, tan desmejorada que dificilmente el que la viera podia creer que tres dias antes parecia bien de salud. A los ojos de Ferreti aparecia tanto más interesante cuanto más doliente. Y en efecto, con su frágil aspecto inspiraba no se sabe que pensamientos de idealidad llenos de encantos. El doctor la saludó y se sentó cerca de ella sin mirarla casi. Ella tampoco miraba hácia el lado de él. El principio de la entrevista fué penoso. Al fin rompió Ferreti el silencio, diciendo:

—Veo que está usted mal, doña Francisca, y lo siento.... Habrá influido....

Digitized by Google

—Oh! Doctor! lo que he pensado.

—Ha resuelto usted?

—No puedo decirle. Confiéseme que se ha engañado á sí mismo, exclamó Francisca con vehemencia y juntando las manos en actitud suplicante; que usted me juzgó mal, que creyó halagar mi amor propio de mujer, fingiendo ese sentimiento que.... Por ofensivo que eso sea para mi dignidad, yo se lo perdono si usted se arrepiente de ello. Y olvidaré, doctor.... demuéstreme su estimación y su amistad! Con ambas contaba: las necesito, y le prometo....

—Doña Francisca, cáusame pena oirla! ¡Cuánto diera porque lo que pasó ayer no hubiera tenido lugar! Pero nada puedo remediar. Lo que le dije es cierto, y en cuanto á cambiar....

—Sí, usted cambiará! ¿Qué puede alimentar en usted esa pasión? Qué espera usted? qué yo lo quiera?.... Usted vé que yo sufro....

—Y es lo que más me duele. Evitar á usted una pena, á usted que tantas tiene, es mi mayor deseo: el mal que le hago es invo-

Digitized by Google

luntario, pero no me es permitido engañarla. Cambiar? Muy dificil era antes de revelarle á usted mi afecto; hoy que usted lo conoce.... es imposible, imposible que yo cambie de manera de sentir respecto de usted.

Ferreti pronunció estas palabras con tal energia que Francisca no pudo conservar más ilusiones. Se echó hácia atrás en el asiento y reclinó la cabeza desfalleciente.

—¿Tanto mal le hago, doña Francisca? Mísero de mí! Yo callaré, ¡nada le pido! Cómo olvidar?.. Aléjeme usted. Disponga!..

—Olvide! Francisca murmuró esta palabra mirándole profundamente, con tan dolorosa emoción, que Ferreti quedó sorprendido.

—Sufre usted! ¿Por qué? ¡Padezca yo solo! balbuceó.

—Estoy mal, suspiró Francisca cerrando los ojos. ¡La debilidad! ¡Me hallo tan débil!

—¿Quiere usted que llame? preguntó Ferreti alarmado al ver su palidez casi cadavérica.

—No! no es nada.... algo como un síncope. No he dormido, no puedo comer. Estoy muy débil, repitió. Y lanzando un hondo

Digitized by Google

suspiro, entreabrió los ojos.

En la puerta de entrada sonó el timbre impetuosamente.

—¿No hay gente en esta casa? preguntó una voz chillona.

—Es Carmela? dijo Francisca haciendo un esfuerzo poderoso para reponerse.

—¿Por dónde está doña Francisca? Aquí le traigo una cosa!

—Por aquí, Carmela: entra si quieres! respondió Francisca con débil voz.

Ferreti que se habia levantado abrió la puerta del gabinete que estaba entornada, para dar paso á Carmela.

Esta entró como un torbellino con una rosa en la mano. Era la chica de enfrente, la inspirada artista, la genial compositora.

Muy pequeña de cuerpo, exuberante de formas, con un busto prominente, inverosímil para su edad, y que hacia más chocante el traje tan corto que apenas le llegaba á los tobillos, dejando ver sus grandes piés. Estaba muy á la moda, provocativa, con los negros y crespos cabellos levantados en forma de pirámide y coronados por una enorme pei-

Digitized by Google

neta de las llamadas entonces "mascota," por el nombre de la zarzuela en voga; con el cuello y la garganta desnudos, sus ojillos brillantes, su roma nariz, y sus mejillas y labios tan pintados como los de una actriz *sur le retour*.

"Mis mejillas de carmin, mis labios rojos" camo ella cantaba. Muy mona y desenvuelta delante de Ferreti, sin hacerle caso y dirigiéndose á Francisca, le presentó la rosa.

—Mire lo que le traigo. Como mamá vino el dia de su santo, yo me quedé en casa y hoy se me ha ocurrido obsequiarla.

—Gracias, Carmela.

—Es verdad que es porque estoy reñida con mi novio y no quiero que me vea en la ventana, como tampoco darle esa rosa que tenia destinada para él. Por eso he venido á traérsela.

—Te lo agradezco.

—Mire usted! Si ese Pepe!.... Le conoce usted? Pepe Tavares. Se comprometió conmigo hace cuatro meses, muchísimo tiempo como usted vé: mamá no le quiere, pero yo sí. Mi placer es cantar para que él me

Digitized by Google

oiga, sacarle versos de mi cabeza (improvisar queria ella decir) y ponerles acompañamiento. Dicen que lo hago muy bien. Pues usted ha de creer que cuando está enojado se burla de mí? Y me dice que sólo canto disparates y que no tengo gusto para tocar.

—Pepe está loco, hija.

—No, señora; es por maldad, por hacerme rabiar. Pero á mí se me da.... esto!

Carmela hizo un gesto con los dedos indicando que nada le importaba. Dió dos vueltas sobre los talones, sacudiendo su corta falda y se vió frente á Ferreti que, cortesmente, de pié parecia escucharla, en realidad meditando y con el espíritu muy lejos de ella.

—Ah! Doctor! y usted ahí! Es verdad qué loca soy! Perdone, y doña Maria? y las niñas? Ayer ví á Mario y á Paulina (los niñitos de Ferreti). Yo creo que mamá iba á mandar por usted, porque se siente mal. No sé. No estoy segura.

—Estoy á las órdenes de doña Asunción. Dª Francisca, dijo á ésta, tiene usted una visita agradable. En el salón dejaré una receta para usted. Eso la reanimará un poco y la

Digitized by Google

ayudará á pasar mejor el dia. Señorita, á los piés de usted.

—¡Si yo me voy también! Sólo vine á traer la rosa y á saludar á doña Francisca. ¿Y esos libros, doña Francisca? ¿Y esos cuadros?

Carmela como una mariposa se puso á revolotear en el gabinete, sin pensar en marcharse. Ferreti comprendió que ella no se iba y se determinó á retirarse.

Dió la mano á Francisca mirándola elocuentemente. Su mano ardia. La pobre enferma le tendió la suya helada, alzando apenas hasta él los ojos.

—Hasta mañana, señora.

—Está bien, doctor.

Ferreti salió con el corazón oprimido y la cabeza llena de pensamientos contradictorios. Francisca quedó mas abatida, mas desesperada que antes, empero mostrando á Carmela un semblante sereno á pesar de su angustia; estaba como sobre ascuas. La chica daba vueltas y vueltas curioseando en la pieza sin fijarse en nada ni en nadie.

—No te sientas, Carmela? le preguntó

Digitized by Google

Francisca fatigada de verla y ya desfalleciendo á fuerza de martirio.

—Ya me voy. Creo que mamá me llama desde casa. Doña Francisca, adios; me marcho. Yo volveré esta tarde ó mañana. Voy á estudiar una pieza muy bonita que usted oirá. ¿No le gusta la música, doña Francisca? Debe usted estar divertida conmigo, porque siempre estoy tocando. Deliro por el canto, el piano y el baile. Me gusta todo! Un beso, doña Francisca.

Carmela se acercó á Francisca, le dió un beso estrepitoso en la mejilla y salió precipitadamente como habia entrado. En seguida se la oyó al piano y principió á cantar:

"Morenilla soy"

«Loca, loca feliz! exclamó Francisca. Quisiera yo haberlo sido así á su edad!»

Levantándose penosamente se postró de rodillas. Sus fuerzas estaban agotadas. Una congoja atroz deprimia su alma. Pensaba en Ferreti.

«Dios mío! Dios mío! exclamó desesperada, humillando hasta el suelo su pura fren-

Digitized by Google

te, esta prueba más? Por qué? ¿No me bastaban todos mis tormentos, mi vida perdida, el martirio que sufro por Angel, mi enfermedad, para que añadieras más acibar al cáliz que apuro? Amarme él y sentirme yo arrastrada por ese afecto que ha de ser estéril, inútil, cuando la vejez se acerca, cuando sólo aspiro al descanso!.... Dios mio! separa de mí estos nuevos dolores, aleja esta desgracia, de lo contrario temo no poder decirte como siempre: ¡Hágase tu voluntad, Señor! No, Dios mio! me faltan las fuerzas y temo rebelarme al fin! No me castigues, Dios, no me castigues. Piedad!»

Digitized by Google

XI

—Kisia, no te muevas, quédate así por un momento, para contemplarte! Qué bella estás! Quisiera ser pintor para hacer tu retrato. Nadie diria que estás enferma; quédate así, para admirarte.

—Oh! Angel! Eres un niño; no sabes lo que dices.

—No, Kisia; estás muy linda, te lo aseguro! Te veo tan interesante sentada así sobre esos almohadones; tan blanca entre los encages de tu bata, tan poética con tus cabellos así destejidos; y con esos brazos tan delicados! Kisia, sabes que eres coqueta!... Mira esas mangas flotantes de donde salen tus brazos.... Sí, eres coqueta y yo te quiero, Kisia. ¿Por qué no me quieres tú? Me tienes por niño y no ves cuanto sufro.... ¿Cuándo

Digitized by Google

serás mas tierna conmígo ? Cuándo?

—Angel, por Dios! Me haces daño. No me comprimas así.... ves que estoy enferma.

—Perdóname, Kisia; pero es que te quiero....

Francisca estaba sumamente decaida, después de otra noche de insomnio; se hallaba en cama. No habiendo podido levantarse ni ese dia ni en el anterior. En efecto estaba interesantísima, y no sólo Angel sino todo el que la viera así acostada, lo habia dicho.

Su esposo á su lado la contemplaba. En un arrebato de cariño y de admiración se habia arrojado sobre ella y la estrechaba contra el pecho, al mismo tiempo que la cubria de besos.

—Angel, déjame; mira que otros vienen.

—Quién? tu tia? ¿Qué se me dá á mí de ella? y si es otra persona.... quiero darle envidia á todo el mundo.

—Angel, eres un loco.... me mortificas con eso.

—Te dejaré, Kisia, pero es porque estás enferma y no quiero hacerte mal.

Angel se deprendió de ella y volvió á

Digitized by Google

sentarse á su lado.

—Sé justa conmigo, Kisia. Me llamas loco, te parezco necio; pero dime, ¿hasta cuándo me haces sufrir? ¿Por qué no me quieres? ¿No encuentras que te amo mucho, que soy mejor de lo que era, que te complazco en todo lo que puedo...?

—Angel, no hablemos de eso esta noche. Tengo los nervios demasiado afectados y me hace mal.

—No quisiera hablarte de eso, Kisia, pero no puedo callarme. He venido tan temprano esta noche, no solamente para acompañarte sino porque deseo recordarte algo y hablarte sobre ello. ¿Tienes presente que mañana cumplimos diez años de casados? Oh! fué en el 83. La fecha no se me ha olvidado á pesar de ser yo tan olvidadizo, tan atolondrado, tan loco como dices tú. Menos que á tí, que posees una memoria privilegiada para otras cosas. ¡Diez años, Kisia, como si dijéramos diez dias! Diez años, y durante ese tiempo ni un sólo momento te he encontrado amante! Eres buena, eres dulce, eres abnegada en todo lo demás; te has consagrado á

Digitized by Google

atenderme, á hacerme la vida fácil y agradable, y sin embargo no sabes ser amorosa. Te muestras como una hermana para mí y olvidas que eres mi esposa. No te enojes, Kisia. Sé lo que vas á decirme: que no tienes la culpa de ello; que no he sabido hacerme querer como deseo; que estás enferma; y mil cosas, en fin, como excusas. Algunas veces me has acusado.... Es verdad que nuestro matrimonio ha sido desgraciado; que durante él has sufrido mucho; que hemos sido muy pobres; que has luchado mucho por la vida; sí, Kisia, lo sé; pero todo eso ha pasado: hoy podemos vivir mas tranquilos, tú sanarás, yo te querré mucho siempre y seremos felices. Kisia, ¿me prometes mejorar, y luego mostrarte menos fria conmigo, amarme más? Dame tus manos, Kisia, y prométemelo!

Angel volvió á inclinarse impetuosamente sobre Francisca. Ella lo habia escuchado inmóvil. En su rostro se reflejaban sucesivamente mil impresiones distintas, como si en su corazón se librara cruel combate. Mas de una vez quiso responder y calló. Angel sin-

Digitized by Google

tió sus manos cubiertas por un sudor frio.

—Kisia, estás yerta! exclamó, qué tienes? ¿Te has puesto más mala?

Francisca cerró los ojos y no contestó. Un temblor nervioso empezó á agitarla; su respiración se hizo fatigosa, luego anhelante: Angel se alarmó.

—¿Es la crisis que te vuelve? exclamó afligido. Oh! malditos nervios! Kisia, respóndeme, ¿estás muy mala? ¿Voy en busca del médico, dí? Kisia, respóndeme.

La pobre Francisca no podia contestar. Oia á Angel lamentarse y continuaba muda, temblando de frio é inundada de sudor.

—Voy á llamar al doctor Ferreti. Tal vez le halle en su casa ó en el Parque Central. Llamaré á tu tia para que te acompañe. Kisia, vuelvo enseguida.

Angel salió con precipitación, avisó á Eudosia que estaba en la casa y se lanzó á la calle. Mientras Francisca, temblando siempre convulsivamente, por momentos tendia los brazos desesperada á un ser imaginario, sin abrir los ojos, sin desplegar los labios, rígida en medio de todos aquellos movimientos, y

Digitized by Google

pidiendo á Dios auxilio en el fondo de su alma agonizante, para que la librase de aquella tortura, enviándole el descanso.

Digitized by Google

XII

¡Infeliz! Tortura insoportable; verdadera agonia era lo que las palabras de Angel la habian hecho sufrir. Hablar, decir, gritar lo que sentia, habria desahogado su pecho oprimido hasta la asfixia, dado expansión á su corazón que estallaba, curso á sus lágrimas calmando así sus exitados nervios. Pero debia, por ella y por Angel, sufrir en silencio. ¡Dejarse crucificar en silencio, en silencio! cuando el silencio la mataba!

Por poder revelar á su marido el verdadero estado de su alma desde el principio de su matrimonio, por justificarse, por defenderse de lo que parecia crueldad horrible, siendo en realidad un horrible cargo de conciencia que sobre ella pesaba ulcerando su alma delicada, torturando hasta oscurecerlo,

Digitized by Google

su antes tan luminoso cerebro y como terrible martillo de plomo, doblegando hasta el suelo sus débiles hombros, sin que un momento pudiera libertarse de él.....

¡Diez años de eso! Diez años! Angel se lo recordaba.... El, tan inconsecuente luego, tan poco consecuente en sus ideas, tan variable en sus impresiones...! Recordárselo á ella que tan viva tenia la memoria del corazón; que jamás olvidaba nada de lo que se referia á sus sentimientos, de lo que interesara su alma! Angel la acusaba! cuando podia más bien convertirse ella en acusadora, no sólo de la fatalidad sino de su propio esposo. Decir, gritar á éste: Insensato! ¿qué hiciste al obligarme á unir mi suerte á la tuya á pesar de mi repugnancia, á pesar de mis temores, á pesar de las razones que debian oponerse á ello? ¿Qué hiciste al aceptar las condiciones que yo, tan insensata entonces como tú, por ignorancia de las cosas de la vida y, sobre todo, por creer que iba á morir en breve, te impuse? Te negaste á ver la profundidad de mi tristeza, el desamor que te tenia, mi aversión al matrimonio y pretendiste, po-

Digitized by Google

bre presuntuoso, desvanecerlo todo, con sólo casarte conmigo y proclamar luego tus derechos! Loco, pobre loco que creyó que la consumación del acto brutal, horrible cuando no se ame ni con el corazón ni con los sentidos, bastaria á dominarme, produciria en mí una revolución moral que lo allanaria todo! Pobre Angel! ¿Cómo no te vino un instante á la mente para detenerte, habiéndome tratado tanto, debiendo conocerme ya, que la violencia de tu conducta, que la violación de todas tus promesas, no daria otro resultado que el de hacerme más odioso lo que antes de mi matrimonio me era repugnante por intuición? que la gravedad del mal que sufrias iba á serme revelada, y que esa revelación que hecha á tiempo habria sido una valla más para separar nuestros destinos, aumentaria el terror que ya como marido me inspirabas, y me induciria á dudar de tu buena fé? Loco, sí, mil veces loco! Loco y desgraciado! ¿Por qué esa enfermedad debia herirte? ¿Por qué debia ser ella incurable y hereditaria? ¿Por qué debia influir en tu caracter, hacerte casi irresponsable, excusar tus

Digitized by Google

caprichos, privarte muchas veces de conciencia? ¿Por qué mi propia conciencia debia rebelarse ante la idea de concebir un ser condenado al mismo mal? ¿Por qué, sobre todo, no se desvaneceria en mi espíritu lo que tú, pobre inocente, ignoras y que es lo más cruel, lo más horrible, mi sospecha nacida de la atroz insinuación de la vieja Ambrosina, de que serás tú mi hermano? Oh! ese pensamiento, Angel! ¿Cómo adivinarias que es el mayor obstáculo á la satisfacción de tus deseos? que sin él, cansada ya de la lucha que sostenemos, sufriendo mi cuerpo como mi alma, con la situación en que vivimos, mártir de ella, más que tú mismo, tal vez habria cedido, me habria abandonado á mi suerte y te habria hecho creer que te amaba. Pero no puede ser. El mismo afecto que siempre me has inspirado, afecto casto, puro, verdaderamente fratertal, convierte casi en certidumbre esa duda, que te ha cerrado siempre mis brazos! Oh! ironia atroz de mi destino! ¿Por qué siendo yo libre, no haber sabido con seguridad que eras mi hermano, para haberte querido como tal, con toda mi alma; para

Digitized by Google

prodigarte la ternura mezclada de lástima que desde el principio me inspiraste, eso que siente por un hermano menor, débil, y necesitando protección? Y no, sospecharlo hoy que soy tu esposa, que te debo otro afecto, ese amor que por tu felicidad y la mia, daria la vida por sentirlo! ¡Fatalidad que sólo á mí podia caberme! Espantoso destino al cual se añade hoy.... otro horror: mi amor á Ferreti!

Francisca pensaba así en medio de su terrible abatimiento; su cerebro trabajaba, trabajaba, su corazón estaba á punto de estallar! Contarle á Angel su verdadera historia con todos sus detalles, cuánto le habria aliviado! Pero, ¿cómo destruir la tranquilidad de que él gozaba, descubriéndole lo que ella sabia? Cómo confesarle.... Nó! Su generoso corazón no admitia que su esposo sufriera, porque ella se lo revelara, todos los tormentos que ella misma sufria! Guardarse para sí todo el dolor y dejarlo á él confiado, lleno de ilusiones, esperando siempre vencerla, unas veces muy apasionado, otras casi indiferente, ó distraido con otras ilusiones, viviendo su

Digitized by Google

vida de niño, caprichoso y voluble. Durante diez años fué esa la conducta que observó Francisca, pidiendo á Dios la muerte, si no habia de variar su situación. En raras ocasiones era que se producia en su naturaleza como un fermento de vida nueva que la hacia rebelarse contra su suerte y rogar al cielo, con el mismo ferviente ardor con que pedia el descanso eterno para su cuerpo, que hiciera un milagro en su favor y le concediera seis meses de felicidad, seis meses siquiera, en cambio de toda su vida tan llena de amarguras, y luego que le enviara la muerte, que ella aceptaria gustosa, reconciliada así con Dios y con los hombres.

En momentos, menos resignada que de costumbre á padecer, Francisca habia pensado en el suicidio. Mas, inmediatamente rechazaba con horror esa idea.... En su alma existia un fondo de religión indestructible. A pesar de todos los inconvenientes, habíase ella ilustrado, habia cultivado sola su privilegiada inteligencia hasta llamar la atención de los espíritus más sobresalientes de B* La mediania de su situación, su casi po-

Digitized by Google

breza, la oscuridad á que la redujo su matrimonio con Angel y las viscicitudes por que atravezó, después de casada, teniendo que trabajar para ayudar á su esposo y sostener su rango social, no obstaron para que fuese considerada y distinguida por todos los que la conocian. Como distracción, en sus momentos muy contados de ocio, habíase dedicado á la literatura. Sus amigos la obligaron á imprimir un librito de poesias escojidas que habia compuesto y algunos cuentos que escribiera. En materia religiosa, como en todo lo demás, habia ella adquirido luces suficientes para poderse guiar. No era fanática; muchos la creian atea porque no frecuentaba las iglesias ni observaba ciertas prácticas: pero en su corazón Dios tenia un altar siempre reservado: á él referia todas sus acciones; á él acudia en todos sus conflictos; con él se mantenia en constante comunión. Uno de sus mejores amigos, de los que más la estimaban, era el canónigo L*, hombre de alta ilustración y de muy elevado carácter. Con él, por medio de conversaciones filosóficas y espirituales, se confesaba ella á menudo en

Digitized by Google

pláticas confidenciales. Angel, medianamente inteligente, medianamente instruido, se complacia, sin embargo, en la atmósfera de intelectualidad que rodeaba á Francisca: aunque no participara de la facultad que la hacia para ella indispensable, gozaba con los elogios que tributaban á su esposa, y su amor por ésta más superficial que profundo, aumentaba en proporción de la simpatia y admiración que ella inspiraba. En aquellos momentos en que para la desventurada las dificultades de la vida moral se complicaban con un amor desgraciado, era que Francisca principiaba á gozar materialmente de un poco de bienestar después de mil reveses, de una lucha tenaz contra la fortuna y merced á su consagración al trabajo y á su estricta economia. En aquellos momentos poseia un pequeño capital cuya renta añadida al sueldo que ganaba Angel como administrador de una pequeña empresa de ferrocarril establecida en B* hacia algún tiempo, les permitia vivir con más holgura y rodeados de cierto lujo, más discreto que aparente, el apropiado y necesario á la delicadeza de Francisca y

Digitized by Google

correspondiendo á sus gustos tan distinguidos. Ese era el trabajo á que Angel se referia y que le tenia fuera de la casa, y dejaba á la pobre enferma alguna libertad para llorar su desgracia.

Digitized by Google

XIII

Ferreti no habia vuelto á verla desde el dia que siguió á la noche de crísis en que Angel fuera á llamarle para ella. Pretestando grandes ocupaciones, se excusaba de no visitarla como antes, y la última vez que lo hizo mostróse con la enferma, muy postrada, sumamente reservado. Francisca sufrió con esa frialdad, á la que tan poco acostumbrada, estaba, tanto como con la indiferencia que él mostró después. Su razón le decia que la conducta observada por Ferreti era la natural en todo hombre delicado que se hallase en una situación idéntica á la de él respecto de ella, pero su corazón amante se resistia á aceptarlo. ¿El alejamiento de Ferreti, el abandono que como médico hacia de ella tan enferma, eran hijos de la delicadeza ó de un cálcu-

Digitized by Google

lo indigno y ultrajante para la infeliz? Ella se lo preguntaba. ¿Me ama él con sinceridad, decíase, ó ha querido probarme? La duda roedora empezó á atormentarla de nuevo, mas cruelmente que antes de que Ferreti le hubiera hablado. Por sus propios sentimientos queria juzgar los de él y pensaba que de hallarse en lugar del amado hubiera obrado de un modo muy distinto al de éste. Si él la amaba, ¿cómo podia mostrarse tan poco interesado por su salud, sobre todo, sabiendo que el disgusto que él la causaba, contribuia en gran parte á enfermarla así? El médico más indiferente para con ella ¿no la asistiria con mayor cuidado, de lo que él lo hacia? Y que no pretextara, para excusarse el sentimiento del deber! El sentimiento del deber!... ¿Quién le conocia mejor que Francisca? ¿Quién más que ella le rendia entero culto? Siendo mujer, frágil de salud, amando á Ferreti, amándole con todas las fuerzas de su ser, como nunca amara, estaba sin embargo segura de sí misma, cierta de poder continuar, sin peligro para su conciencia, tratándole como amigo, afectuosamente, con to-

Digitized by Google

do interés, pero el más puro, el más abnegado, sin que jamás asomaran á sus labios, ni aún á sus ojos, nada que revelara que allá, en el fondo de su alma, existia otro sentimiento más personal, más exijente, más imperioso, ménos ideal!

¿Porqué debia ser él mas débil que ella? ¿Porqué no podia sentirse capaz de la misma enerjia? ¿Porqué habia de faltarle la misma fuerza de voluntad? Era sin duda porque él no la queria, y si la queria..... su afecto pertenecia á la categoria de los amores vulgares, que ofenden, que manchan, que envilecen, puesto que no podia elevarse hasta la abnegación.

Por ser la hermana reconocida de Angel, ¿qué no hubiera ella dado? Y libre y dueña de amar á Ferreti, de consagrarle su vida, recibiendo en cambio la consagración de la del que amaba; de realizar su unión con este su sueño, el sueño de toda su juventud, su sueño de ventura, de gozar con él esos seis meses de dicha que ella pedia al cielo y después morir, ¿qué no habria hecho? Pero todo era delirio vano de la imaginación, que

Digitized by Google

ella condenaba sin remedio, sin apelación alguna. Esperanza loca á la que jamás dió cabida, ilusión de un segundo que rechazó lejos de sí! Con estóica resignación habria sufrido esta nueva prueba de su virtud, si la indiferencia real ó aparente de Ferreti no la hubiera hecho para ella más cruel. Oh! lo que padeció la infeliz durante aquella semana que pasó en el lecho y después, cada vez que Eudosia, que iba todos los dias á verla, le decia con su acostumbrada locuacidad, con su habitual desparpajo, sin pensar que con ello le hacia mal:

—¡Cuánto te descuida tu médico, Francisca! No te atiende como antes. Y por ahí pasó con la doña Maria en el nuevo coche que tienen ahora. Sin embargo no viene á verte! Lleva ella un hijo! Y el Pablito, es decir, el doctor (siempre se me vá la lengua cuando le nombro) la acompaña tan ufano! Ella se muestra orgullosa, arrogante, ni hace caso de él. Y el muy necio, muy humilde, no sabe como complacerla!

Francisca sabia que Eudosia todo lo exajeraba cuando no inventaba, aun sin darse

Digitized by Google

cuenta de ello, merced á su fantástica imaginación, una gran parte de lo que decia; sin embargo sufria indeciblemente al oir á su tia que continuaba:

—Mas valia que tuviese vergüenza de presentarse así. Porque es su querida, no lo dudes, Francisca!

—Tia!....

—Sí, créelo, es su querida; si fuera su esposa no se mostraria él así con ella, que le desprecia y le maltrata. ¿No sabes lo que dicen? Me han contado que hasta le da de bofetadas por un quítame allá estas pajas y que él lo soporta!

—Tia, por Dios, no repita semejante cosa!

—Ya los hijos los tiene abandonados. Ni siquiera los vé. El aya es la que cuida de ellos. Dan lástima esos niños. El padre no puede atenderlos y la madre sólo piensa en lucir. La criada me lo dice todo.

—Tia, no haga caso de sirvientas....

—Por ellas se sabe muchas veces la verdad de lo que pasa en las casas. Tú, Francisca, no conoces el mundo, te lo repito siempre. Por eso no eres dichosa, aprende á vi-

Digitized by Google

vir. Esa mujer sí que goza de la vida! Sabe Dios quien es y lo que fué en su tierra y aquí viene á dárselas de gran dama y á despreciar á otras, siendo ella tan indigna! Sólo en B* toleraran cosas iguales! Y lo qué luce para los hombres! La encuentran tan bella con sus formas espul..... estul..... qué? No atino con la palabra que oigo decir cuando hablan del cuerpo de esa mujer. Creo que es cosa de estatua lo que significa. Acaba en *ales*.

—Entiendo, tia.

—Escul.... tulares! ya atiné. Sí; es tan rubia, tan derecha y muestra tanto las espaldas y el pecho! El marido está loco con ella, aunque ella mire á otros con más buenos ojos que á él.—No es verdad amiga ó vecina? preguntaba Eudosia á cualquiera que llegara de visita, si era de alguna confianza y dándole parte de lo que hablaba. ¿No es verdad que la doña Maria Ferreti le luce á todos con mayor placer que á su esposo?

—Estaba en el baile de la otra noche, muy hermosa, con mas brillantes y con un escote.... Traia á los hombres locos y el ma-

Digitized by Google

rido rendido á sus piés! Contestaba la amiga ó vecina de Eudosia. Ahora parece más enamorado que nunca.

Una parienta de Ferreti, á quien la mejicana trataba mal, dijo un dia á Francisca, al oir á Eudosia:

—Sí, señora. Ese hombre adora á esa mujer y ella no le hace el menor caso.

¡Cuánta envidia! ¡cuánta falsedad debia haber en todas estas habladas! Francisca lo suponia; sin embargo, al escucharlas su pobre corazón sufrió un martirio atroz. Conoció la espantosa mordedura de los celos y herido en todas sus fibras, manó sangre por cada desgarradura. Lo que se murmuraba respecto del amor de Ferreti por la mejicana era lo que más daño le hacia. Si ese hombre adoraba así á su mujer, qué le inspiraba ella? La infeliz Francisca sintió que su alma pura era embestida por todas las humanas pasiones. A punto de doblegarse estuvo ante el furioso embate, mas no se rindió. La desventurada en su horrible congoja, como siempre pidió auxilio al cielo.

«Dios, Dios bendito! exclamó en su mor-

Digitized by Google

tal angustia, conduélete de mí. Separa de mis labios este cáliz ó quítame la vida! Carezco de fuerzas para soportar por mas tiempo mi martirio. Dios piadoso, mándame la muerte!»

Francisca, en aquel terrible trance, guiada por la honradez y la rectitud de su naturaleza, habríase vuelto á Angel para pedirle amor, refujiándose en los brazos del esposo como en un puerto de salvación tal vez seguro. Empero, érale acaso dado hacerlo? Independientemente de su amor á Ferreti, ¿no subsistian siempre los obstáculos que la impidieron ser casada como las demás? Todavia podia ella olvidar sus escrúpulos acerca de la enfermedad de Angel, más lo otro? Su sospecha horrible! ¿Cómo desvanecerla? Esa sospecha tan arraigada en su espíritu, en él habia nacido del modo siguiente:

Hacia dos semanas que la jóven estaba casada. La ceremonia del matrimonio habia sido muy triste y silenciosa por voluntad de ella, á causa de su estado doliente de cuerpo y de alma.

Los recien casados permanecieron en casa

Digitized by Google

de la abuela por carecer de recursos para instalarse separadamente. Francisca continuó ocupando en la casa su habitación de soltera. Angel tenia una contigua. Entre él y ella habia sido convenido que sus relaciones íntimas después de la boda no pasarian de ser lo que eran ántes de efectuada ésta, mientras durara la existencia precaria y no tuvieran hogar propio. Francisca en su pureza de sentimientos creyó que la convención era cosa fácil y natural, que para Angel no implicaba sufrimientos. Para ella era la tranquilidad relativa de la cual no esperaba salir, por suponerse herida de muerte tanto por la enfermedad como por la tristeza que la consumia.

Angel juró formalmente respetar sus decisiones: ella confiaba en su juramento, cuando una noche, acaso bajo la influencia del mal que en él se desarrollaba, sorprendió á la esposa y en un momento olvidó lo pactado. La escena entre él y Francisca fué desgarradora. Sufrió ella un desencanto tal, que Angel abrió los ojos.

Comprendió que habia faltado; lloró y pidió perdón á Francisca, prometiéndole aguar-

Digitized by Google

dar resignado hasta que ella le amase. Pero las emociones sufridas le acarrearon una crísis bastante aguda de su enfermedad. Francisca tuvo la revelación del mal de su marido al mismo tiempo que se penetraba de lo que encierra el amor humano! Angel era epiléptico. Hasta entonces él mismo habia podido engañarse respecto del nombre de su mal, pero ya no era posible. Francisca lo reconoció en sus manifestaciones, por tener algunos conocimientos en materia de patologia y además porque la crísis de Angel le recordó lo que ella habia oido contar de lo que sufria su propio padre que era epiléptico.

Al dia siguiente alarmada y desesperada por su inmensa decepción, no quiso conservar dudas sobre la crísis de Angel y para ello consultó á su anciano médico: de éste obtuvo la confirmación de sus temores. Dos dias mas tarde guardaba cama agobiada por tan terribles impresiones, no deseando mas que soledad y reposo, el olvido de sí misma y de los demás, cuando recibió una carta que llegaba por correo con fecha atrazada y de letra desconocida. Abrióla Francisca y vió

Digitized by Google

que la firmaba una tia de su madre, la vieja Ambrosina, que vivia hacia mucho tiempo en una provincia lejana. El papel en que estaba escrita la carta era grosero, la indicación pésima, la falta de ortografia completa, el contenido el siguiente:

Sobrina Francisca:

Ayer, aquí en mi rincón metida, supe que te habias comprometido para casarte con tu primo Angel D* Tu familia se cuida tan poco de mí que todavia no me lo ha participado. He tenido esa noticia por casualidad. Ya se vé! Como no soy rica, ni le doy á nadie lo poco que tengo (esto era la cantilena de la vieja, mui avara aunque bastante rica) ¿quién ha de acordarse de la vieja Ambrosina, ni siquiera para escribirle lo que pasa á sus sobrinos? Y ya verás por lo que te voy á decir, que tal vez han hecho mal en no avisarme con tiempo. Tú, por supuesto, querrás á tu primo y él te querrá á tí, de manera que no te gustará mucho saber lo que yo sé. Pero hija, el mundo tiene cosas de esas; no todo en él son flores, ni vá á medida de los deseos; cuando hay conciencia es preciso hacerle caso y cumpliendo con ella es que escribo. Si te desagrada, dispénsamelo; lo hago por tí y por Dios, para evitarte mas tarde mucha pena y quién sabe qué más! Dicho esto voy al caso. ¿Estás tú bien segura de que tu novio Angel sea tu primo y no tu her-

Digitized by Google

mano, hijo de tu padre? Trata de averiguarlo con discreción antes de tu matrimonio, no sea cosa que después te penetres de eso cuando el mal esté hecho.

Su madre y tu padre fueron novios antes de casarse ambos cada uno por su lado, y luego tu padre enviudó y se dijo que volvia á quererse con la madre de él y que.... Mas tarde dizque se mató. Hubo quien pensara que lo mataron por celos.... No te digo más. Yo vivia cerca de ellos y supe algunas cosas. Nada te aseguro; antes de un crucifijo no podria jurar lo que es ó lo que no es. Averígualo tú, eso sí con mucho sigilo, porque considera lo triste que seria un escándalo para la familia y además para la memoria de los muertos. En el nombre de Dios perdónale á esta vieja que pronto ha de morir, lo que te aconseja y crée que guardará el secreto como hasta ahora lo ha guardado sobre lo que sospecha, hasta la tumba, tu tia

Ambrosina.

Francisca se sintió invadida por un frio mortal y quedó desmayada en el sillón en que recostada leia.

Cuando volvió en sí un caos se habia formado en su cabeza. Hizo pedazos la carta y sin fuerzas para pensar se arrojó en su cama. Este pensamiento la asedió tenaz, enloquece-

Digitized by Google

dor: Será verdad? Es Angel mi hermano?

Durante muchos dias permaneció en un estado vecino de la inconsciencia, sin poder coordinar sus ideas, sin atender á cosa alguna, ni pensar en resolverse á investigar lo que hubiese de fundado en las sospechas emitidas por la vieja. Cuando con mucha lentitud principió á tomar posesión de sí misma, á reaccionar contra el terrible golpe que la habia abatido, interrogó á Angel, pidiéndole detalles sobre su familia y disimulando el interés capital que la inducia á hacerla, bajo la máscara del interés afectuoso, tan natural, que debia inspirarle todo lo que á su esposo se refiriese. Este, que habia sufrido cruelmente al verla tan afectada de ánimo, tan olvidada de sí, atribuyéndolo todo á lo pasado entre ellos, se llenó de gozo al oirla hablar tan tranquilamente y mostrar un sentimiento de curiosidad; volver en fin á la vida común y gustoso se prestó á darle cuantos detalles le pidiera ella; prometiéndose dominarse, no reincidir en su arrebato, mientras Francisca no se manifestara amante de otro modo para con él y comprendiera que siendo su esposo,

Digitized by Google

debia ser más accesible á la razón.

Llevado, pues, así del deseo de complacer á su Kisia como del placer que se experimenta, en general, al recordar los sucesos de la propia infancia, contó él á Francisca su historia desde niño, extendiéndose en minuciosos detalles.

Díjole como habia sido su madre, una pobre mujer muy delicada, triste siempre; su padre don Melchor, un hombre terrible que dominaba completamente á su esposa y tratado á su hija con suma severidad.

La madre sufria por sí y por el niño á quien amaba con pasión, verdadero tormento, sin atreverse á protestar; empero, para compensarle de la casi dureza con que era tratado por don Melchor, mimábale extremadamente en secreto y se dejaba dominar también por él.

Semejante educación, demasiado indulgente por una parte, exesivamente rígida por otra, influyó de un modo fatal sobre el carácter de Angel. Francisca, al oirle hablar de ella comprendia entonces ciertas rarezas del carácter de su esposo que antes no se expli-

Digitized by Google

caba; porque el jóven que en ocasiones era violento y manifestaba cierto espíritu de dominación, otras veces era tímido y pusilánime exageradamente. Reconocíase que hasta llegar á hombre habia sido muy mimado al mismo tiempo que se le habia hecho temblar por todo, sin permitírsele la menor iniciativa en cosa alguna. Por eso Angel se habia quedado en el fondo siendo niño y necesitando protección constante como en las primeras épocas de su infancia. La vida de colegio no le habia hecho variar. En París continuó siendo entre sus profesores y condiscípulos el mismo que en su provincia. Dejábase siempre suplantar por otros menos intelijentes que él, pero que sabian mostrarse más audaces. Y luego que los veia adelantar mas que él, permanecia rezagado, guardábales rencor en su corazón por aquellos triunfos que él no se atrevia á conquistar. Y así fué siempre hasta que conoció á Francisca. A la muerte de su madre, volvió del colegio al lado de su padre que le hizo sufrir mucho. Dos años mas tarde murió el padre también, no dejándole casi nada. Angel al verse solo

Digitized by Google

en B*, sin profesión fija, heredero pobrísimo y sin ánimo para emprender solo la menor cosa, decidióse á irse de B* cerca del tio de Francisca, su pariente mas cercano y el que siempre le habia demostrado interés.

Esta pobre no pudo saber más. ¿Qué sacó en claro de los referidos pormenores que obtuviera de su esposo? Nada en suma. De que el padre fuera severo con el hijo y la madre pareciera siempre triste, ¿podia deducirse que esa severidad y esa tristeza tuviesen por origen un drama de familia y que fuera la prueba evidente de un adulterio? No! Por más que su imaginación la inclinara á admitirlo, su razón la rechazaba. Informándose con los que habian conocido los padres de su esposo, supo ella que don Melchor jamás fué risueño ni amable con nadie; que las excentricidades de su carácter bastaban á entristecer á los que se hallaban bajo su dependencia despótica. ¿Entonces qué quedaba? ¿Quién podia afirmar que el padre de ella murió asesinado? Siempre le habian dicho que un acceso terrible de epilepsia la habia dejado huérfana. Angel tenia la enfermedad de su

Digitized by Google

tio; ¿pero acáso necesitaba ser hijo de Juan Martinoff para que la fatal herencia le fuera trasmitida? Bastábale ser pariente cercano. Las murmuraciones de la gente de aquella época, que á decir de la tia Ambrosina, cuya veracidad no podia Francisca poner en duda, sin embargo, debian tener algún fundamento ¿serian motivados? ¿Qué es lo que no se censura en las provincias? Bastaba que el padre de Francisca, Juan Martinoff, hubiese tenido amores con su prima, la madre de Angel; que el padre de ésta la obligase á terminar las relaciones por la enfermedad conocida del jóven y por su pobreza; que la obligaran á casarse con don Melchor; que luego volviera Juan Martinoff á verla y á frecuentarla, para que de ahí naciesen injuriosas conjeturas. ¿Quién podia probar cosa alguna? ¿citar un hecho cierto? La misma Ambrosina no se atrevia á hacerlo aún clamándose la más informada de todos. Francisca se quedó con su duda que la torturó constantemente.

Angel, inocente de todo ésto, desperaba por obtener de ella pruebas de amor. La

Digitized by Google

pobre mártir, sintiendo cada dia más repugnancia para él, veia pasar año por año su juventud, la época del amor, la de las ilusiones del alma! Perdió completamente la esperanza de ser madre y se espantaba ante la perspectiva de la vejez solitaria! ¡Tener hijos! Hijos de su corazón, de sus entrañas y de su espíritu! Seres concebidos por ella, educados con amor inmenso, con ternura infinita, en quienes renaceria, á quienes se consagraria y que la devolvieran mas tarde al dejar ella de ser jóven, con cuidados y afecto lo que les hubiera ella dado de su propia vida. Eso hubiera sido la gloria, el paraiso en la tierra para Francisca que lo consideraba como la mayor ventura permitida á la humanidad. ¡Cuánto envidiaba los hijos ajenos! Por tener los suyos, ¡qué placer no habria encontrado en verlos crecer, llegar á la juventud, rejuvenecer con ellos, para volver á renacer en los hijos que tuviera! En lugar de luchar por conservar con loca, falacísima esperanza, la propia juventud que fenecia, su belleza ya casi artificial según ella, sólo debido al cuidado esmerado, al culto, podria decirse, que

Digitized by Google

daba á su persona, cuánto le pesaba la necesidad de parecer siempre jóven, de estar elegante siempre! La necesidad, sí, porque el afecto de Angel por ella, su paciencia y la sumisión con que esperaba él los fallos de Francisca, variaban según que él encontrara á ésta más ó menos seductora. Veíase ella obligada por lo tanto, para mantenerlo dócil y cariñoso, á conservar constantemente en el ánimo de él, tan exijente y refinado en materia de belleza femenil, la ilusión, la apariencia, si nó la realidad de esa belleza que él hallaba muy rara y por la que él la amaba. Por conseguirlo, estudiábase como la más coqueta y empleaba un arte delicadísimo en su tocador y en todo lo que se relacionaba con su persona, sabiendo que el secreto de su poder estaba ahí. Hablar siempre á la imaginación de Angel, impresionable y voluble como un niño, halagarle en su amor propio de marido, haciéndose admirar de otros, para luego rendirle el tributo de la admiración, tal era el deber que se habia impuesto, por amor de él y también por obtener, para sí misma, cierta tranquilidad muy relativa. Era por

Digitized by Google

ese medio, como por su consagración al trabajo para ayudarle, su abnegación para proporcionarle toda clase de bienestar material, como habia logrado durante diez años, sostener, si no la paz completa del matrimonio, al menos la apariencia más perfecta de armonia que pudiera darse. Esa apariencia que hiciera posible la vida para ambos á pesar del drama de corazón permanente entre ellos.

Digitized by Google

XIV

—Francisca, vengo á quedarme una semana contigo. He salido de casa reñida con todo el mundo!

Eudosia entraba en el gabinete de su sobrina diciendo ésto, en el momento en que el reloj daba las diez y media. Cada mañana hacia lo mismo, desde que Francisca guardaba cama, dejando á la madre y á sus hermanas, muy viejas ya y llenas de mania, con quienes habitaba siempre, para acompañar á aquella que estaba mala. Las tres ancianas no aspiraban más que á su tranquilidad y vivian completamente alejadas del mundo. Eudosia, que presumia aún de jóven, no obstante sus cuarenta y tres años cumplidos y sus cabellos grises que teñia cuidadosamente, se mortificaba infinito con aquella manera de vi-

Digitized by Google

vir y preferia estar con Francisca á cuyo lado gozaba de mayor libertad. Por el contrario de sus hermanas, siempre estaba dispuesta á todo: á pasear, á divertirse, vestir á la moda, y más aún..... aspiraba al matrimonio. Eso sí, allá, en sus adentros, porque lo que era aparentemente lo detestaba; no cesaba de insultar á los hombres y repitiendo á cada instante que si de algo se alegraba en la vida era de no haberse casado.

Eudosia era un tipo bastante singular en algunas cosas, en otras no ofrecia la menor diferencia con la mayoria de las señoras de B*: en lo intelectual y moral, sobre todo.

Era pequeña y gruesa, encendida de color hasta la rubicundez; de grandes ojos verdes, nariz roma y labios delgados; no desagradable de aspecto, pero á veces tan vulgar de maneras y lenguaje, que chocaba. La pobre Francisca aunque tolerante con ella y por el afecto que la mostraba (á su manera), mortificábase con ella, y en ciertas ocasiones llegaba á reñirla por su intemperancia de lengua que provenia mas de su ignorancia, de su falta de instrucción, que de malos instin-

Digitized by Google

tos. Su corazón no era malo ni incapaz de abnegación y de caridad; no de caridad tal como la entendia Francisca, sino de esa común, qne admite la envidia, la intolerancia, la murmuración del prójimo y otras cosillas por el estilo. Con dar á un pobre una limosna mezquina, lo sobrado, lo que para nada hiciera falta, cumplíase con Dios y con la humanidad. Saber lo que pasaba en casa del vecino, espiarle, dar un cortecillo de tijera á las amigas y conocidas, escudriñar en la vida ajena para estar al corriente de todo, no dejarse engañar por los falsos indijentes, desenmascarar al hipócrita, qué era? cualidades meritorias que acreditaban á quien las ponia en práctica. En ser perspicaz y conocedora del mundo, enérjica y enemiga de toda falsia; si inocentemente se ocupaba en sus propios asuntos, si oficiosamente no se ocupaba en el de los demás, ¿qué seria de la sociedad? Dejaria de existir; porque la vida social no era posible sin esas condiciones. ¿De qué se trataria en visitas si se ignoraba lo que haria tal ó cual? ¿Qué interés tendria la conversación si no se murmuraba un tanto de las acciones

Digitized by Google

agenas? Ninguno!

Tales eran las ideas y máximas de Eudosia en común con la generalidad de las damas de B* No podia comprender á Francisca; le era imposible á pesar del respecto que ésta le inspiraba por la nobleza de su carácter, que á ella como á todos imponia. No hubiera concebido jamás que el secreto de la influencia ejercida por Francisca aun sobre ella misma, residia precisamente en la diametral oposición que existia entre las ideas y costumbres de su sobrina y las comunes que ella profesaba. La superioridad de Francisca era incontestable hasta para sus detractores, y la misma Eudosia la rendia homenaje.

Digitized by Google

XV

—¿Todavia encerrada, Francisca? ¿No has salido de esta pieza? Criatura, cómo puedes vivir así? Sé que estás enferma y débil; pero sacúdete un poco; trata de asomarte á la ventana; de saber lo que pasa por la calle, ya que no puedes salir, y verás como te alivias. Para mí este es el mejor remedio del mundo!

Eudosia guardó la sombrilla que tenia en la mano con la cual gesticulaba y fué á plantarse con los brazos en jarras delante de su sobrina que extendida en la larga silla, como siempre envuelta en su traje blanco, ligero y vaporoso, pálida más que de costumbre, pero siempre espiritualmente hermosa, contestaba como inconsciente á sus palabras, mirándola dar vueltas, con sus tan límpidos y bellos ojos garzos, más lánguidos ese dia por el estado

Digitized by Google

de postración en que se hallaba su dueña. Cerca del casto lecho blanco, al lado del sillón de Francisca, estaba la mesita-velador con un libro abierto y con su acostumbrado ramo de flores brindando discretamente sus perfumes.

Una luz muy suave y un aire agradable penetraban por entre las corridas cortinas del balconcillo del gabinete rodeando á la ideal convaleciente.

—Cómo te sientes hoy? Cómo has pasado la noche? Estás mejor sin duda, porque ya veo que leias, y ¡siempre esos libros profundos que no pueden menos que atormentarte la cabeza! Criatura, (esta era la expresión favorita de Eudosia) ¿por qué no leas el "Diablo Cojuelo" y el "Correo de B*" para distraerte?

El "Diablo Cojuelo" y el "Diario de B*", lectura única de Eudosia, que hacia sus delicias para satisfacer todas sus necesidades en materia literaria. No podia ella concebir que alguien dejara de leerlos. Dejar de leerlos? Cuando llenaban los deseos de todos, instruyendo al público de cuanto ocurria en la ciu-

Digitized by Google

dad y en las familias y suministrando, por consiguiente, material para la conversación de cada dia; alimento preciso á los chismecitos de sociedad, tan sabrosos, tan indispensables y sin los cuales ninguna reunión seria grata. ¿Cómo cabia en cabeza humana?

Tal aberración de parte de Francisca sorprendia á la tia. Su sobrina era un enigma viviente, y á pesar del cariño y del respeto que ella le tenia, no podia menos que decírselo. Francisca estaba enferma por obstinarse en vivir de un modo distinto al de los demás. Médicos? ¿Qué médicos necesitaba su sobrina para curarse? ¿Acáso en todo el tiempo que hacia que los tales señores la asistian, habian alcanzado á destruir en ella la melancolia que era lo que verdaderamente la mataba?

—Desengáñate, Francisca, decia amenudo, los médicos, de acuerdo con los boticarios, no sirven sino para matar gente. Son los explotadores de la pobre humanidad. Aprende de mí. Yo no hago jamás uso de medicinas y siempre estoy bien, por qué? Porque no me enveneno con drogas que me lle-

Digitized by Google

ven á engordar á las curas.

Eudosia era volteriana sin haber oido siquiera mentar á Voltaire; únicamente por dársela de *esprit fort*, como lo veia practicar á algunos caballeros de su devoción, oráculos para ella, libres pensadores de provincia, filósofos de alta marca, escépticos de buen tono que, sin temor de contradecirse, corrian sin embargo al menor aprieto tras doctores, farmacéuticos y ministros del culto. Eudosia los admiraba plagiándolos sin empacho. Ah! Si hubiera conocido la obra de Gip *Les bons docteurs*, qué gusto se habria dado repitiendo las mordaces sátiras de la espiritual y célebre escritora contra los discípulos de Hipócrates, los modernos Esculapios! Pero Eudosia no era tan letrada. La colección de los diarios de B* constituian su biblioteca.

—Sí, añadió, sentándose frente á Francisca, aprende de mí. Si por casualidad tengo un quebranto ó me siento de mal humor como hoy, me asomo á la ventana á conversar con el vecino ó el amigo que pase y en seguida me distraigo y no pienso más en lo que me habia molestado. Esto es si no puedo sa-

Digitized by Google

lir á la calle, que entonces, como por encanto todo se disipa. Hoy me sucedió. Me incomodé con los de mi casa. ¡Qué rancias y qué majaderas son! Imagínate que se les antoja que he de vestir de serio como lo están ellas siempre, y porque me puse este traje color de rosa armaron un alboroto! Creí que iban á caerme encima según gesticulaban (Eudosia, exagerada en todo, se exedia en aquel momento como siempre.) Sí, me dijeron tales cosas que salí con las orejas mas encendidas que la cresta de un gallo de pelea; y mírame ya qué fresca estoy! ¿No sabes á quien me encontré en la calle y que me preguntó por tí? El doctor Linares, siempre tan afeitado, tan acicalado, tan.... Me ofreció para tí una visita. Hace tiempo que no viene; no es verdad? Ese hombre tenia un carácter raro, nunca he podido entenderlo, aunque quiere á veces parecer amable. Ese es otro! ¿Acáso te curó después de todo el tiempo que estuvo asistiéndote? Lo que hizo fué alejarse. Y ahora está Pablito Ferreti; el tal Pablito querrá hacer lo mismo. Mira como te descuida. ¿No ha venido hoy tampoco?

Digitized by Google

—No, tia, contestó Francisca sintiendo oprimido el pecho al solo nombre, así lanzado, del que ocupaba constantemente su pensamiento, al mismo tiempo que le afluyó al rostro una llamarada de calor que puso en sus mejillas pálidas un colorido fugitivo.—No ha venido aún.

—Ni vendrá, me atreveria á apostarlo. ¿Acáso á ninguno de esos señores médicos les importa la salud de sus enfermos? qué vá! Se les dá un bledo, á menos que sean ricos, porque entonces.... Oh! Para pasar largas cuentas se desviven; no salen de la casa de los infelices a quienes quieren esplotar sin perjuicio de enviarles al otro mundo. Tú no eres pobre, Francisca, tus médicos....

—Basta, tia, interrumpió Francisca moviéndose en su sillón con alguna impaciencia, visiblemente fatigada por la charla inconsciente de Eudosia á quien habia tratado de no oir, empleando para ello el talento especial que se le conocia, de hacerse sorda á todo ruido molesto que no interesara su corazón. Basta ya, tia, y le suplico que no repita eso, sobre todo, refiriéndose al doctor Ferreti, el

Digitized by Google

que siempre se ha mostrado delicado en eso conmigo y me ha visitado con esmero cada vez que le he creido necesario.

—Y ahora? No lo necesitas? Créeme, Francisca, eres demasiado indulgente con el prójimo: lo que más te perjudica es eso; yo antes queria ser así, como tú. ¿Recuerdas que le parecia tímida á todos por que no me atrevia á hablar, ni á quejarme y sufrir?.... Qué tonteria! Los años me han cambiado. Hoy sé lo bueno que es deshogarse, decir la verdad en lugar de callarla y padecer y mortificarse. ¿Te figuras que no te he oido suspirar algunas veces, en estos dias, cuando llegada la hora en que Ferreti suele venir, suena el timbre de la puerta, crées que es él que entra, y en lugar suyo aparece otra persona? ¿Te duele que te descuide tanto? Como á mí, pero no lo confiesas.

—Tia, usted se equivoca.

—Tú misma has mentido, Francisca: no vengas á disimular ahora.

—No es posible que usted me haya oido como dice; estoy segura.

—Anda! anda Francisca! Yo no sabré

Digitized by Google

tanto como tú, porque no he estudiado; los libros me han desagradado tanto siempre, que me aplicaba poco; pero, pero en cuanto á ser inteligente.... No eres tú la sola en la familia. A mí nadie me engaña!

Esta era otra de las pretensiones de Eudosia y con la que algunas veces divertia á Francisca. No pudo ésta replicar. Carmela principió á dejar oir su voz (por tercera vez esa mañana) haciendo variar el tema de las observaciones de la tia.

—Ya está cantando esa muchacha, exclamó con enfado, y fastidiando á uno con su piano. Cómo soportas eso, Francisca? ¿Cuándo te mudarás de aquí para no estar atormentada con semejantes ruidos?

—En otro vecindario tendria diferentes mortificaciones, tal vez, sin faltarme ésta. Por todas partes hay chicas que tocan piano y cantan sin saber hacerlo....

—Pero tendrán mejor voz y no serán madrugadoras.

—A toda hora que la oiga usted se queja, tia.

—Porque me rompe el tímpano con sus

Digitized by Google

chillidos. Escucha ahora. Hazme el favor! Dime si hay cristiano que tolere eso...?

Carmela dió la última nota de su canción favorita con tal entusiasmo, que la voz le faltó. El *trémulo* con que la acompañó al piano fué vigoroso y realmente ensordecedor. Eudosia se llevó las manos á los oidos, levantándose furiosa.

—Esa muchacha vá á obligarme á huir de tu casa, Francisca. ¡Y decir que la madre la crée un genio!

Francisca á pesar de su tristeza no pudo menos que sonreirse.

—Te ríes? No sé de qué tienes compuesta la sangre, Francisca, para que te pueda divertir lo que á otros molesta é incomoda.

—No es eso, tia; el furor de usted....

—Mi furor! El de todo el que tenga nervios en el cuerpo y sangre en las venas. Oyeme eso ahora. Eso sí que es bueno!

Arrancó esta exclamación más aguda á Eudosia, algo nuevo que cantaba Carmela, con un brio increible en quien acababa de hacer el esfuerzo anterior. Era una coplilla de la "Mascota," zarzuela muy en voga en B*

Digitized by Google

desde que, algunos meses atrás, la habia hecho conocer allí una compañia melodramática que iba, de paso, para la capital de la república. Carmela habia aprendido yendo al teatro con su madre, que en ello no veia la menor inconveniencia (cual podia haber?) y aprendió allí cosillas como ésta que cantaba la niña con tal desenfado, que daba gusto oirla:

"El que con toros sueña
Que no se case,
Porque a la media noche
cuernos le nacen,"

Ese "nacen" lo repitió ella llevándolo á las nubes y hasta hacer gritar á Eudosia que creyó ensordecer:

—Muchacha del diablo!

Carmela, ignorante del malefecto que producia, volvió á principiar la copla. Esta y otras de igual género tomadas de diversas zarzuelas, éranle preciosas, no sólo por que le servian para variar su repertorio casi exclusivamente compuesto de sus propias producciones, sino también por que á los aires más conocidos adaptaba ella sus brillantes improvisaciones, haciéndolo con un arte!.. Su genio poético-musical se revelaba en ello!

Digitized by Google

Mas de una vez, estando menos abatida, habíase divertido Francisca, considerando los ridículos y aberraciones de la familia de Carmela y los de la chica, tan comunes en B*, donde la generalidad pensaba y obraba como ellas. Todo el mundo llevaba los hijos grandes y chicos al teatro; los niños de tres y cuatro años, como los hermanitos de Carmela que apenas sabian hablar, habian oido y cantaban la "Mascota" y los más edificantes versos de "Boccaccio". ¿A quién podia chocar esto? No era natural? Los buenos padres deben enseñar desde temprano á sus hijos á conocer la vida que es buena y á gozar de ella lo más posible, por ser el placer fugitivo. ¿Porqué privar á las inocentes criaturas de las diversiones tan gratas á los adultos? Que lo vean todo, que todo lo oigan, que conozcan el mundo y nada ignoren de lo bueno y de lo malo, esto es lo lógico, lo justo, lo racional, lo que aconseja la verdadera filosofia! Lo demás son *pamplinas*, *tortas* y *pan pintado*, como decia Eudosia que profesaba las mismas doctrinas. Francisca que en su conciencia, siendo por naturaleza especial

Digitized by Google

profunda observadora, no podia pensar lo mismo, se preguntaba sin embargo algunas veces, con amarga tristeza, recordando su niñez sin alegrias, su juventud, sin oir cantos: «¿Acáso no tendrán razón? ¿No serian ellos los verdaderos filósofos y los sabios? Estoy por creerlo! Dichoso el que goza de la vida. Cuando la vejez se aproxima para el que ha sido feliz, debe ser menos penosa que para el que ha vivido de lágrimas!»

El timbre de la puerta de entrada sonó haciendo callar á Eudosia y extremecer á Francisca.

—Quién será? Alguno viene! exclamó Eudosia. Son las once y cuarto, añadió mirando el reloj cerca de Francisca. ¿A qué no es Pablo Ferreti? Lo apostaria!

Como para desmentirla se oyeron las pisadas, algo fuertes, en el salón y la voz tan agradable de Ferreti que decia al cabo de un segundo:

—Buen dia por esta casa! Está visible la señora?

—Es él, dijo Eudosia á media voz, mientras Francisca palidecia intensamente; mila-

Digitized by Google

gro que viene! Para no volver tal vez en quince dias. Aprovecha la ocasión y dile que se vaya á pasear con doña Maria, su mujer, que tú buscarás otro médico. Yo me voy: no quiero verlo. Me encontrarás en el jardin cuando él se vaya.

—Tia, tia!, exclamó Francisca haciendo un ademán para detenerla.

Pero Eudosia habia huido ya por la habitación contigua.

—Se podrá ver á doña Francisca? volvió á preguntar Ferreti á la criada que salió á su encuentro.

—Entre usted, doctor! contestó la pobre enferma, sintiendo su corazón palpitar violentamente y subirle al rostro una llamarada de calor Oh! aquel rubor de Francisca tan natural, tan puro como el de una niña de quince años, verdaderamente casta y que ama por primera vez, no pudo ella disimularlo por mucho que tratara de no parecer impresionada. Su serenidad, hija de su voluntad enérgica, no podia dominar la emoción de su pobre y amante naturaleza comprimida que al fin se revelaba. Ferreti lo vió así!

Digitized by Google

XVI

Oh! Pierre Loti, poeta y realista, soñador sempiterno y pintor mágico, si la hubieras visto también, tú que con unos rasgos de tu maravillosa pluma, evocas los fantasmas, creas la vida, conviertes en realidad los sueños, haces de los sueños realidad, si la hubieras contemplado como Ferreti, hubieras tal vez inmortalizado su nombre, describiendo con el misterioso talento, el raro poder que para ello tienes, su espiritual y poética figura!

Y tú, Paul Bourget, acaso conociéndola, hubieses acertado solo, entre todos los psicólogos modernos, á analizar el estado de su alma, empleando en su estudio lo más sutil de tu ciencia....

Digitized by Google

¡Pobre Francisca! ¿Sabia ella misma lo que le pasaba al entrar Ferreti? No se habian visto á solas él y ella, desde el dia de la última explicación. El la habia descuidado, la evitaba; parecia no pensar en ella y se mostraba con su mujer en todas partes muy distraido: ella habia padecido de un modo atroz, habia atravesado todas las faces de la pasión, sufrido la embestida de los celos, los resentimientos, la envidia de la felicidad ajena, los ímpetus de la naturaleza, los deseos imposibles, pasando por todas las alternativas de la creencia y de la duda, apurando la copa del dolor!

Al ver á Ferreti, siempre imponente delante de ella, al alzar los ojos y encontrar la mirada ardiente de él fija en su rostro, no habria podido decir lo que sintió. Fué un estremecimiento cruel, un desgarramiento tal que la hizo llevarse instintivamente las manos al corazón y estallar en sollozos. Sollozos convulsivos, impresionadores, lamentables espasmos que sacudian sus débiles hombros y agitaban su casto seno. No pudo articular una sola palabra para contestar al saludo de

Digitized by Google

Ferreti. Para ocultar las lágrimas que principiaban á brotar de sus ojos en tropel y abrasadoras, se cubrió el rostro con las manos y por entre éstas corrian ellas, mojando su vestido. Ferreti, que se dominaba visiblemente, no pudo contenerse al verla llorar. Abalánzase sobre ella y casi arrodillado ante su asiento quiso descubrirle los ojos.

—Doña Francisca, doña Francisca! exclamó con voz que le salia del alma, con acento indescriptible de pasión y ternura, ¿qué tiene usted? ¿por qué se aflije? diga, diga!

Trató de tomarle las manos: ella, cuyos sollozos se calmaban penosamente se resistió á dejarse ver. Con el rostro cubierto, las lágrimas corriendo, desfallecida, se recostó contra el sillón. Ferreti postrado ante ella la devoraba con los ojos. Qué pasaba en él? Un tumulto de ardientes sensaciones, de contrarios sentimientos le agitaban. La sospecha que germinaba en él desde el dia de su última conversación con Francisca, de que ésta le amaba, se convirtió casi en certidumbre al contemplar la emoción de la pobre enferma y en su corazón se combatian la alegria, el do-

Digitized by Google

lor, la esperanza, el temor de equivocarse, el amor más violento y el respeto que ella le inspiraba. Esta lucha se leia en su semblante. Por último, viéndola algo más calmada, la ternura predominó. Con voz temblorosa, baja, muy baja, casi apagada, como si temiera oirse á sí mismo, le preguntó:

—Francisca, me ama usted?

Una nueva explosión de lágrimas y de sollozos fué su respuesta. Ferreti no se atrevió á decir más nada; temblando por miedo de hacerla más daño, dejó las manos de ella y se sentó á su lado, sin perderla un segundo de vista, ansioso, casi trémulo, olvidado de todo lo que no fuera Francisca y aguardando que se calmara. Pasaron así algunos minutos. Francisca pareció reponerse un tanto, gracias al violento esfuerzo que para ello hizo; dejó caer sus brazos de cada lado del asiento y con los ojos cerrados, permaneció desfallecida, sin aliento, reclinada en el sillón.

Ferreti volvió á acercársele, tomó una de sus manos pendientes y la estrechó frenéticamente entre las de él. Ella, inconsciente, no la retiraba. El la llevó á sus labios, la

Digitized by Google

oprimió contra ellos, la besó. Entonces ella como que despertó. Entreabrió los ojos y la retiró.

—Francisca, doña Francisca! exclamó Ferreti, sin saber cómo llamarla, dígame: ¿qué tiene usted? ¿Por qué ha llorado? Me ama?

Las lágrimas de Francisca asomaron de nuevo.

—Doctor, murmuró la pobre, en medio de ellas, déjeme usted, no me diga nada. Yo no le pido amor: su amistad es lo que quiero.... Yo no puedo....

—Sí, usted puede... Usted me ama, Francisca: usted me ama como la amo yo, pero no quiere decirlo. Confiéselo y sufrirá menos. Nada pretendo, nada le pido; sólo le suplico que si me ama, no me lo oculte, por su propio bien. Usted sufre, usted se muere....

—Morir! ojalá!.... pudiera yo dormir, descanzar. Oh! morir!....

—Es que usted me ama, Francisca....

El ruido del timbre los hizo estremecer á ambos.

—Váyase usted, doctor! exclamó Francisca alarmada. No quiero que me vean así.

Digitized by Google

Diga que no quiero ver á nadie; quiero estar sola.

Ferreti estrechó con pasión vehemente la mano de Francisca y haciendo un violento esfuerzo para reponerse, salió del gabinete.

Eudosia conversaba de ventana á ventana con doña Asunción, la vecina de enfrente, ya olvidada de los insultos que á ella y á Carmela habia prodigado.

—Saludo á usted, doña Eudosia. Dejo á doña Francisca algo quebrantada de fuerzas. Necesita descanso. Si viene alguien le dice que yo la he ordenado reposo absoluto.

—Está bien, Pablito. ¿Y tu señora y los niños? El que llegó ahora fué un sirviente que traia un recado. Yo estoy aquí para no dejar pasar á nadie.

—Pues, á los piés de usted, doña Eudosia. La familia está bien, gracias. Me despido de usted.

Ferreti salió. Eudosia le miró alejarse con ojos airados. «Que Francisca está mal, que está débil, que no le hablen, que la dejen tranquila, eso es lo que saben decir, es

Digitized by Google

cuanto hace cuando viene, y mientras tanto no la alivia. Cuando yo digo que los médicos no sirven para nada, mis razones tengo; Francisca más que nadie me los ha hecho aborrecer!»

—¿Qué es de Carmela, doña Asunción? hace rato que no la oigo, continuó dirigiéndose á la vecina.

—Va de paseo y se está arreglando para salir.

—Qué me alegro! exclamó Eudosia. Descansaremos del piano y de los chillidos, murmuró entre dientes, y luego dijo á doña Asunción: Hace muy bien la chica, es muy bonita y debe ir á todas partes para que la admiren.

—Qué vá! doña Eudosia! Carmela no es bonita....

—Bien lo sé, gruñó de nuevo Eudosia; pero si tú no lo crées, qué el diablo me lleve! Cómo que lo es! dijo á doña Asunción, y muy graciosa también.

—Vaya con Dios! contestó la madre satisfecha. Es usted tan buena, doña Eudosia.

Ya se vé! Esta sabia vivir! Si Francis-

Digitized by Google

ca hubiera querido imitarla!.... Pero no; á pesar de tan buena maestra, se obstinaba en no aprender nada del mundo. Buen provecho le hacia!

Digitized by Google

XVII

—Kisia, ¿es cierto, bien cierto que irás mañana al campo? ¿No te arrepentirás de haberlo pensado?

—Espero que no, Angel; quiero ver si sacudo, por medio de ese esfuerzo violento, esta apatia que me domina; si venzo mi penosa postración.

—Ojalá lo consigas, Kisia! Si supieras cuánto deseo verte salir de ese estado, llevar una vida más conforme á la de los demás. Entonces, Kisia, tal vez tendrias otras ideas, serias otra....

—Angel, te lo ruego....

—Sí, ya lo sé. Me callo. Dime: ¿y te quedarás todo el dia en el campo? ¿Quién te acompaña?

Digitized by Google

—No; iré, mas volveré en la mañana. Estoy demasiado débil para pasar mucho rato fuera de aquí. Además, el doctor Linares me anunció una visita para mañana.

—El doctor Linares? Déjame darte una noticia, Kisia: dicen que conspira.

—El?

Sí. El gobierno lo sospecha, pero no se atreve á inquietarle por no tener pruebas de nada y ser Linares un hombre de prestigio, y tú sabes si Sandoval tiene espias! Pero tú conoces á Linares; es muy circunspecto, jamás se deja penetrar. Sus viajes á la capital dicen que no tienen por causa mas que esa conspiración; sin embargo, él prueba que va á E* llamado por enfermos y para consultas como abogado. Se le supone sumamente hábil. Un hombre así puede conspirar. ¿Tú crées, Kisia, que si él viene te hablará de política, te dirá algo? Antes, á pesar de su carácter tan serio, demostraba mucha confianza.

—Tal vez, contestó Francisca pensativa.

Angel no podia haberle dicho nada mejor que la distrajera un tanto de sus tristes pensamientos. Francisca amaba su pais. Co-

Digitized by Google

mo todos los corazones nobles, sufria con los males de la patria, y como el gobierno del general Sandoval habia sido funesto á la suya, ella le detestaba y deseaba verlo destruido. Sandoval se sostenia hacia ocho años, inicuamente, corrompiéndolo todo, cometiendo impunemente atropellos, defalcando el erario público y comprometiendo la República. Francisca le aborrecia sin conocerlo personalmente.

La noticia de una conspiración séria, que tuviera probabilidades de éxito, llegaba á punto en aquel momento crítico para ella, en el instante en que queriendo sacudirse, salir de sí misma, olvidar, hacia un esfuerzo heróico para conseguirlo. Hacia dos dias que casi estaba loca, que no podia coordinar sus ideas, ni sabia cómo obrar, qué resolver; dos dias que Ferreti habia leido en su corazón, penetrado el secreto de su amor por él, sorprendiéndola con sus apasionadas caricias; dos dias que vivia como en sueños, sin darse cuenta exacta de lo que le pasaba, silenciosa, absorta, respirando maquinalmente y poco atenta á lo que le decian; dos dias que no veia

Digitized by Google

á Ferreti, que no sabia de él y que no se atrevia ni anombrarle, ni á darle señales de vida, ni á pensar en él.

Ferreti ocupaba todo su pensamiento. Creia ella verle, oirle, sentir su presencia, tenerle á su espalda. Desde que él se marchara la antevíspera, habíase ella acostado, vencida por tantas emociones. Allí en su lecho, con los ojos cerrados, permaneció todo el dia inconsciente á todo lo exterior, perdida completamente en una contemplación íntima. Repasaba en su mente todo lo ocurrido; una vez que reprodujera en ella la escena de la mañana, volvia á revivirla sin cansarse. Sentia una especie de arrobamiento, de éxtasis raro que la hacia insensible á lo demás. Ferreti la amaba! Esto se lo repetia sin cesar: la amaba! ella no podia dudarlo. El acento de pasión con que él le habia hablado, su apasionado arrebato, no podian finjirse; y lo que producia la alegria secreta, dulcísima de Francisca, no era su complacencia en la idea de ese amor, sino en la seguridad de que Ferreti no merecia su desprecio, de que no era un infame que pretendiera seducirla por

Digitized by Google

pura maldad, olvidando todos sus deberes de médico y de hombre honrado, sino un ser sincero, que sufria por ella, que la adoraba y que sabia respetarla. Porque, en sus caricias, por apasionadas que fuesen, no habia sentido ella nada que la hiriese, que pudiera ofenderla en su pudor de mujer. Sus demostraciones eran la espresión de un sentimiento vehemente y noble, no otra cosa; y el pensarlo así, el creerlo con fé absoluta, le causaba un enagenamiento del cual no hubiera querido salir. No estimar á Ferreti, menospreciarle, era un suplicio superior á sus fuerzas. Pensar que él era digno de ella, aumentaba su amor, su amor ya inmenso por él y la hacia olvidarlo todo. En esta disposición de ánimo pasó el resto del dia. Por la noche llegó Angel, acudió á ella. Divisándola en la cama, se inquietó, acercóse, y la vió tan bella, en medio de su arrobamiento, que sin decirle nada, se bajó sobre su rostro y la besó en la boca.

Francisca abrió los ojos, despertó. Despertó de su feliz letargo, vió la realidad, la realidad desnuda, con toda su crudeza, la

Digitized by Google

triste verdad. Angel estaba ahí, era su esposo, la amaba y ella amaba á otro, que era de otro, que no se pertenecia! Y lo más horrible, lo más odioso del caso para ella, fué que al besarla Angel sintió un estremecimiento como si los labios de Ferreti se hubieran posado en los suyos. Por una extraña fantasmagoria vió al mismo tiempo en su esposo, la persona del que amaba!....

Francisca comprendió que en lo sucesivo, si venciendo los demás escrúpulos de su conciencia se determinaba á pertenecer á Angel, al mismo tiempo, en la imaginación, perteneceria á Ferreti. ¡Espantoso descubrimiento! ¡Cruel suplicio! No poder corresponder á las caricias de su esposo sin temor de cometer un adulterio moral. Estar resuelta á perder la vida antes que ceder al amor de Ferreti y sentirlo siempre á su lado en la persona de su esposo; tener que rechazar á éste por conservarse pura en su conciencia, por no prostituirse ante sus propios ojos, era para volverse loca!

Desde aquel momento no supo Francisca lo que pensaba, ni lo que hacia. Proyectó

Digitized by Google

viajes, imaginó mil locuras para huir de sí misma, se propuso castigarse no volviendo á ver á Ferreti. Obligarse á amar á Angel por sí mismo y no por otro, quiso distraerse, aturdirse, fatigar su cuerpo para dominar su espíritu. Y todo eso en su interior. En su exterior nada apareció que revelara los terribles combates que en su alma se libraban.

Francisca se mostró doliente, pero afable, serena, atenta con todo el mundo y á todo, como de costumbre; sólo en momentos parecia como ausente, distraida.... Lo único que pudo extrañar á Eudosia y á Angel fué su repentina decisión de dejar el lecho estando tan débil, de salir á la calle, hallándose así, enferma. Pero Angel lo deseaba mucho para fijarse en lo raro de aquellos caprichos, y, sin hacer la menor objeción, aplaudió su idea y se prestó á sus deseos.

Digitized by Google

XVIII

—Doña Francisca, puedo entrar?

—Entra, Carmela.

La chica empujó la puerta del gabinete y se presentó fresca y risueña, con sus mejillas pintadas, un traje corto, sus cabellos levantados y prendidos, y sobre el abultado seno un ramo de flores de color vistoso.

Francisca acababa de llegar de su paseo, que habia durado dos horas, débil y extenuada. Sin desembarazarse del ligerísimo chal de gaza azul de cielo que cubria graciosamente sus delicados hombros, luciendo de un modo maravilloso, con su traje de vaporosa muselina, siempre blanco; sin quitarse la gorrita igualmente de gaza entremezclada de blanco y azul, que cubria en parte sus oscuros y rizados cabellos, habíase dejado caer en su si-

Digitized by Google

llón sin proferir una palabra y respirando apenas. Eudosia le llavaba un vaso de leche cuando entró Carmela.

Esta se detuvo en la puerta del gabinete sin decir nada.

Francisca la miró.

—Doña Francisca, quédese así para verla. ¡Qué linda está usted!

—Carmela!....

—Es que al entrar me ha parecido ver en usted á la virgen del Carmelo, de la que tengo una imagen colocada á la cabecera de mi cama.

—Niña!....

—Sí, añadió Carmela, adelantándose y sentándose cerca de doña Francisca en un sillón donde principió á mecerse furiosamente. Estaba usted idéntica á esa imagen, con las manos cruzadas, sus ojos bajos, y ese chal como un manto y esa gorrita como una corona. Era la misma, y mejor y más bonita, porque aquella es pintada.

—Me lisonjeas demasiado.

—No, dijo Carmela con entusiasmo. Pregúntele á doña Eudosia. No la habia saluda-

Digitized by Google

do.... por mirar á doña Francisca.

—Eso no es nada.

—No habia reparado en usted.

—Gracias. Es mucho favor.

—Dispénseme, soy muy distraida.

—Ya se vé.

—Luego le dan á mamá las quejas.

—Yo no lo haré.

—Por supuesto! Si no hay de qué. Y usted, doña Francisca, está bien? se ha curado?

—Estoy algo mejor....

—Qué me alegro! Me dá pena el que esté usted siempre enferma.

—Lo pruebas atormentándola con tu piano y tus chillidos, gruñó entre dientes Eudosia, que le guardaba rencor por su falta de atención.

—Yo estoy siempre bien, dijo Carmela. Y dígame, ¿dónde fué usted? La ví al bajar usted del coche y no podia creerlo. No sale usted nunca....

—Fuí al campo un rato, de paseo.

—¿Y volverá usted, doña Francisca? Llévame alguna vez!

—Está bien, Carmela.

Digitized by Google

—Cuándo será? mañana?

—Puede ser.

—Dígaselo á mamá: ¡qué contenta voy á estar!

Carmela se levantó batiendo palmas y saltando....

—Me gusta tanto pasear, y en coche sobre todo! También me agradará por ir con usted.

—Gracias, Carmela.

—Verá usted cómo nos miran! Es lo que más me complace, dejarme ver. Y á usted no le agrada?

—No mucho, Carmela.

—A propósito, doña Francisca, he venido á contarle una cosa. Se me olvidaba ya! Como ví que usted habia salido, pensé que hoy me dejarian conversar con usted. Luego doña Eudosia no me lo permite.

—Porque el médico lo prohibe, replicó Eudosia con acritud mal disimulada; Francisca está muy débil.

—Lo sé, y ahora veo que doña Francisca no ha tomado su leche. Tómela usted, doña Francisca, en lo que yo voy á la ventana;

Digitized by Google

quiero ver á los que pasan.

—A tu nuevo novio, murmuró Eudosia, saliendo del gabinete, mientras Carmela en dos brincos llegó al balconcillo que daba á la calle y se asomaba en él, tarareando una de sus coplas favoritas.

Francisca aprovechó ese momento para respirar. Desembarazóse en un instante del chal y de la gorra. Apuró el vaso de leche en algunos sorbos y se extendió en su sillón. Allí se puso á pensar, siempre en lo mismo, en Ferreti, en su triste situación. Francisca no podia olvidar. Las noticias de la víspera habian tenido bastante influencia sobre ella para variar por unos instantes el curso de sus pensamientos, para extender sus ideas, sacudiéndola un poco de su ensimismamiento y de su única preocupación; no para desvanecer en lo mas mínimo la intensidad de sus tormentos. Tampoco el paseo había producido en su ánimo un resultado más favorable. Apenas la habia distraido, sin embargo de ser en las inmediaciones de B*, y, sobre todo, el camino que ella siguiera hasta llegar á la quinta del doctor Gutierrez, que era donde

Digitized by Google

se dirigia, sumamente pintoresco.

La pobre enferma de cuerpo y de espíritu, habia fijado solamente una mirada distraida sobre los bien cultivados jardines, que casi desde las puertas de la ciudad cubrian de un lado y de otro la via. Así como en la hermosa alameda, orgullo de B*, que se encontraba á su paso, Francisca lo habia mirado todo sin verlo, con ojos casi muertos, reclinada lánguidamente en los cogines del coche de alquiler que la llevaba, pensativa y silenciosa.

A tres cuartos de hora de la ciudad, situada en las faldas de una pequeña eminencia que dominaba á B* y constituia uno de los paseos más agradables de los habitantes de ésta, se hallaba la quinta del doctor Gutierrez, séria y graciosa habitación de recreo, así como otras tantas de personas acomodadas, que cerca de ella se divisaban.

Francisca habia sido recibida por el doctor, hombre sumamente amable y pariente lejano de Angel; así como por su esposa, muy bonita y afable también, del modo más halagüeño. Ambos se habian esforzado en com-

Digitized by Google

placerla, en obsequiarla, agradeciéndoselo ella en lo más íntimo del alma. Francisca tuvo una repentina inspiración, debida sin duda á sus propósitos de la víspera de alejar á Ferreti, de no verlo, de tratar de olvidarlo y que, no menos firme que antes, por el dolor que le causaban, flotaban, sin embargo, siempre en su espíritu; la de invitar al doctor Gutierrez á hacerle una visita para una consulta que deseaba. El doctor se lo prometió para dos dias después. Era Gutierrez un hombre muy estimado por su obsequiosidad, su franca alegria, su viveza y la habilidad que mostraba en el ejercicio de su profesión, especialmente como cirujano.

Podria tener de treinta y siete á treinta y ocho años; era moreno, de escasa talla, algo obeso y corto de piernas; á pesar de eso ágil y ligero, como quien en su primera juventud habia sido esbelto y elegante, cambiando con la edad. De cabeza grande, inteligente, hermosas facciones y simpático en estremo, con una simpatia que se impone, que parece sugestiva, Gutierrez era querido en general, or sus cualidades especiales: era caritativo y

Digitized by Google

generoso de alma. Amaba con pasión á su esposa, idolatraba á sus hijos (doña Antolina le obsequiaba con uno cada año) y tenia seis niños, habiendo otros muertos, en diez años de matrimonio.

Sólo se le conocia una mania, que doña Antolina consideraba severamente: era el juego de naipes. Mania inocente que á nadie perjudicaba, puesto que el doctor jugaba con algunos amigos, y sin que promediase en las partidas el menor interés de dinero, únicamente para distraerse. Pero á doña Antolina no le acomodaba ésto, porque el doctor pasaba dos y tres horas jugando todas las noches, precisamente en las en que ella hacia sus visitas; y acostumbrada á que él la acompañara en todo, á que no le rehusara jamás lo más mínimo, no se resignaba á verse olvidada luego en casa ajena por su señor esposo que se hallaba jugando. Disputaba ésto y se enfadaba sériamente algunas veces y lloraba diciendo á sus amigos: «Por Dios! aconséjenle á Miguel que deje el juego, porque me hace sufrir: soy tan desgraciada!»

Y ellos reian, encontrando cómico aque-

Digitized by Google

lla aflicción tan desproporcionada con el motivo que la causaba. Doña Antolina era tan feliz con su esposo! Este prometia á su amada mujercita al volver del juego todas las noches, no seguir, y á la siguiente reincidia. Doña Antolina trataba de consolarse de tamaña desgracia, dándose todos los gustos imaginables y pasando la vida del modo más grato posible. Francisca la envidiaba. El espectáculo de la felicidad conyugal de los Gutierrez la hizo volver á su casa mas apesarada de lo que habia salido de ella.

—Voy á contarle lo que le ofrecí, doña Francisca. dijo Carmela dejando el balcón y volviendo al sillón cerca de Francisca.—Es cosa muy triste. Y para probarlo principió á mecerse, con el busto echado hácia atrás en el asiento y levantado los piés como si se hallara en el aire sobre un columpio.—Figúrese usted que he roto con Pepe. Ayer le devolví todas sus cartas. ¿No lo sabia usted?

—Ignoraba ese detalle, Carmela.

Por Eudosia que habia sorprendido desde la ventana de Francisca los manejos de la chica con otro mozuelo que le hacia la corte, co-

Digitized by Google

nocia aquella los nuevos amores de Carmela.

—Pues sí, le devolví sus cartas y le obligué á entregarme las mias. ¿Puede usted creer que supe que Pepe iba á mostrarlas á todas partes, burlándose de ellas y llamándome coqueta y tonta? ¡Era de no soportar!

—Tienes razón, Carmela.

—No es verdad? Burlarse de mí, él que tanto parecia quererme, que me hallaba tan bonita y se extasiaba con las canciones que yo componia para manifestarle mi cariño! Ahora dice que soy horrible, una ignorante, que sólo sé chillar y estropear el piano, qué sé yo cuantas cosas! Y todo porque está enamorado de una mentecata que escribe en los periódicos unos articulazos y unos versos que ya.... Si no se podian leer. ¿Conoce usted á ésa que se firma Horacina?

—No recuerdo, Carmela: tal vez.

—Es una muchacha flaca, flaca y larga. Dicen que es alta y elegante, pero es mentira, créamelo, doña Francisca! Es feísima, tiene unos ojos grandísimos, pero sin expresión, como torcidos, y una boca.... Eso es lo que me consuela. Todo el mundo ha de

Digitized by Google

ver que soy mejor que ella, más bonita.

Carmela dejó el asiento y fué á mirarse al espejo de gran tamaño que adornaba el gabinete. Después de considerarse en él un momento, volvió á mecerse en su sillón.

—Ya lo creo, soy más bonita. Pero eso me importa poco que Pepe no me quiera. Otros me adoran. Enrique Manzano está loco por mí. ¿Tampoco le conoce usted, doña Francisca?

—No le he visto, Carmela.

—Pasa por aquí á cada rato. Es un muchacho muy buen mozo y trabajador, activo, no es como Pepe que no quiere hacer nada, dándoselas de gran literato, de político y de sabio; tan mentecato como su Horacina, Horacina! ¿Qué le parece á usted ese nombre, doña Francisca? qué ridículo!

—Es un pseudónimo.

—Pseudónimo? ¡Cómo si todo el mundo no supiera que ella se llama Josefa Rincón! ¡Qué se firme con su nombre que es tan bonito como ella y tan poético como los versos que escribe!

Francisca tuvo que sonreir por mucho que

Digitized by Google

Carmela la molestara; tenia luego la chica salidas imprevistas que la forzaban á la risa. Eudosia no podia comprender que la muchacha divirtiera á Francisca. Era ella tan bulliciosa, tan loca, tan malcriada!.... Sobre todo, tenia un defecto capital: con cualquiera persona, para la tia, se lo hablaba ella sola y no dejaba hablar á nadie. Eso de no saber escuchar á los demás, era en Carmela detestable; lo cual no impedia que la quincuagenaria Eudosia, cuando estaba de buen humor se cogiera á la chica del brazo como si fuera de su edad y se marchara con ella á paseo. Pero es sabido que Eudosia conocia el arte de vivir. «Ese es el mundo!» repetia sin cesar á cada una de sus inconsecuencias.

—Veo que estás celosa, interrumpió Francisca por decir algo á Carmela.

—Yo estarlo? No lo crea, doña Francisca. Si quiero yo á Enrique más de lo que quise á Pepe! Y éste tal vez se case conmigo, porque á mamá le agrada y puede hacer que papá lo consienta en casa. Ya usted verá que nada he perdido. Lo que tengo es coraje por saber que ese tunante se ha burlado

Digitized by Google

de mí con la otra; que los dos juntos se han divertido con mis cartas riéndose de mi ortografía, de mi estilo y diciendo que estaban llenas de disparates. Si cada vez que lo pienso, no sé de qué me dan ganas! Doña Francisca, ¿no es verdad que vale más ser natural, como lo soy yo, aunque ignorante, como ellos dicen, que no engreida y pretenciosa con su saber como lo son esas muchachas que ahora aprenden tanta ciencia en los colegios? Diga!

—Puede ser, hija....

—Son tan ridículas! y tan orgullosas! Desprecian á las que no estudian como ellas. Yo no aprendí sus cosas, porque mamá no quiso. Le dijo á papá que no lo deseaba, que para casarse y tener hijos y llevar una casa bien, la mujer no necesitaba saber geometria, ni matemáticas, ni.... qué sé yo que más! retórica y geografia.... no me acuerdo de todo lo otro. Yo pienso lo mismo que mamá. Y usted?

—Puede que sí, volvió á contestar Francisca sonriendo de la ingenuidad de Carmela y de la profunda seriedad con que hablaba en aquel momento. Luego suspirando inte-

Digitized by Google

riormente dijo para sí: «Puede que tengas razón, niña inocente, á pesar de todo! ¿Qué he ganado yo con saber más que tú? Mi desgracia! ¿Qué ganarán para su felicidad las otras? Nada probablemente. Pierden con seguridad, desde temprano, esa ingenuidad del espíritu, encanto el más precioso de la juventud.»

—Se burlan de mí y de las que son como yo, prosiguió Carmela, porque dizque saben mucho y.... ¿quiere usted que le confiese una cosa, doña Francisca? Para mí no saben nada! Lo creen porque escriben versos.... Si esos versos no se entienden!

—Por qué?

—Son confusos, son.... En fin, á mí no me agradan, y, aunque ignorante, yo tengo mucho gusto.

—Sí?

—Sí, mucho, y lo comprendo todo. Como yo entiendo los versos de usted? He leido ya tres veces su tomo de poesias. ¡Esos sí qué son buenos versos!

—Me confundes, Carmela!

—Se lo digo yo, doña Francisca, y usted

Digitized by Google

no es vana, no es orgullosa, no me desprecia....

—Yo no desprecio sino á los necios y á los malos.

—Porque usted sabe de veras, no como ellas.

—Yo no sé nada, Carmela. Te suplico que no repitas lo que estás diciendo, si no quieres disgustarme. Escribo algo por don natural. No tengo por qué engreirme. Los tontos son los que con ello se envanecen.

—Vé usted que yo tenia razón? Lo que esas muchachas y Pepe y otros como ellos saben es porque lo han aprendido, no porque Dios se lo dá como á usted. Yo me entiendo y sé bien lo que digo.

La lógica de Carmela era terrible. Francisca tuvo que callar.

—Carmela! Carmela! gritó doña Asunción desde su casa.

—Sí, doña Francisca, yo siempre tengo razón, así como usted me vé.

—Hija mia, creo que te llaman.

—Verdad. Es mamá la que da voces. Me voy. No olvide que me ofreció llevarme

Digitized by Google

al campo, si vuelve mañana. Le diré á mamá que usted me invitó.

—Como quieras.

—Hasta luego; voy á ver lo que quiere mamá y de ahí á cantar con el piano. Ahora canto como antes para hacer rabiar á Pepe.

—Carmela! volvió á gritar doña Asunción.

—Ya voy, mamá! contestó la chica, y en algunos saltos llegó á la puerta de la calle; el timbre sonó sacudido por ella estrepitosamente. Eudosia refunfuñando acudió al ruido.

Al salir Carmela entraba el doctor Linares.

La tia de Francisca le hizo sentar en el salón y pasó á avisar á su sobrina. La pobre enferma estaba todavia más estenuada que un rato antes, pero el interés que tenia en ver á su antiguo médico, la hizo reaccionar. Dijo á Eudosia que atendiera á la visita por un instante y que luego hiciera pasar el doctor.

Así lo ejecutó la tia.

Digitized by Google

XIX

Tenia Linares cuarenta y cinco años y era de mediana estatura, delgado, muy derecho, blanco de cutis y castaño de cabellos y de bigote, de facciones severas, vasta frente que denotaba su capacidad, un tipo sumamente distinguido en B * donde su absoluta corrección en el traje y en las maneras, en el hablar, en el andar, en todo, habia llegado á ser proverbial. Decíase allí de todo hombre demasiado atento á las exterioridades de su persona: «Es un doctor Linares.» Con esto se entendia todo.

Sin embargo, no era ridículo ni pecaba por amanerado presuntuoso. Linares imponia á todo el mundo por la seriedad natural de su carácter, sus altas facultades y su verdadera ciencia. Era versado en todos los ra-

Digitized by Google

mos del saber humano; habia viajado mucho por Europa y América y hablaba de sus viajes como hombre que sabe observarlo todo. Su conversación era muy amena, y en otro tiempo agradaba mucho á Francisca que pasaba horas con él disertando sobre las materias que ella conocia mejor, y escuchándolo discurrir sobre otras mas agenas á sus estudios, pero que ella, con su clarísima inteligencia, sabia comprender.

Linares vivia alejado de su esposa, con quien únicamente sostenia aparentes relaciones, por incompatibilidad de carácter, por estar ella muy distante de llegar á la altura moral é intelectual de él. No tenia hijos y sufria. En verdad que se habia sentido arrastrado hácia Francisca, cautivado por la espiritualidad que en ella encontraba, por el talento y las cualidades de su enferma, más que por su belleza física; pero, comprendiendo que iba á hacerla sufrir si se lo demostraba y que él mismo se exponia á crueles tormentos, viéndola desconfiada y retraida; puso toda su voluntad en dominarse, en vencer toda aquella atracción tan poderosa, alejándose volun-

Digitized by Google

tariamente de ella y convirtiendo sus pensamientos á otro ideal. La política lo habia absorvido. Francisca no tenia ya nada que temer de él. Se presentó, pues, cordial y afectuoso como en los primeros tiempos en que la asistia y lleno de solicitud como si todavia fuera su médico.

Francisca notó el cambio y se felicitó por ello: le trató con la mayor afabilidad, mostrósele expansiva, al punto de que, conversando con él, se imaginara que su amarga melancolia se disipaba un tanto.

Linares venia á despedirse de ella, porque al dia siguiente salia para la capital donde pensaba permanecer algunos meses. Sintiólo Francisca y lo manifestó así al doctor. «No lamente mi ausencia, amiga mia, le dijo éste: si me ausento es por una causa que á usted interesa como á mí y á todos los que sentimos vibrar en el corazón la sagrada fibra del patriotismo; á usted lo confienso: trabajo por la redención de la patria. Confie usted en ella. No le digo más.» Y estrechando afectuosamente la mano de su antigua enferma, se despidió, dejándola algo reanimada por esa

Digitized by Google

parte con la patriótica esperanza que abrigaba, aunque abatida en extremo por la obsesión de sus demás preocupaciones.

Digitized by Google

XX

Los dias pasaron. La pobre Francisca firme, á pesar de sus sufrimientos, en su propósito de distraerse de su amor, de olvidarlo, si posible era, ó por lo menos de aturdirse con el movimiento, continuó saliendo, ora para ir al campo como el primer dia, ora para hacer algunas visitas á las personas amigas ó allegadas que deseaban recibirla. Con complacencia iba á sus casas, ya acompañada de Carmela, ya de Eudosia, ó bien con Angel y algunas veces sola. Cada mañana volvia del paseo más fatigada y más triste. El único resultado favorable que obtenia de su nuevo sistema de vida, era que con el exceso de su fatiga lograba dominar en ocasiones, los tormentos de su espíritu, impidiéndola pensar. Estando completamente postrada, pasaba las

Digitized by Google

horas en el lecho, sin moverse, sin hablar, con la respiración jadeante y el pensamiento ausente.

Nada la distraia: ni los libros ni las flores que antes la entusiasmaban, atraian ya su atención. Rodeábase de unos y de otros por costumbre, por no parecer cambiada; pero sin ocuparse de ellos. Las visitas que recibia, en su mayor parte le eran enojosas, viendo solamente con algún placer al doctor Gutierrez que la visitaba como médico junto con Ferreti; al ilustrado canónigo y dos ó tres más de sus amigos íntimos que siempre la frecuentaban.

Los paseos cesaron por fuerza. Un dia, que muy poco abrigada habia salido con un sol espléndido, fué sorprendida en la calle por un fuerte aguacero y se resfrió al bajar del coche en la puerta de su casa. Hubo de guardar cama durante algunas semanas. Eso la hizo concebir un momento la esperanza de morir. ¿Acáso su mal no seria mortal? Pero nó. Pasó pronto dejándole sólo una neurastenia más profunda, una tristeza mayor. «Morir, decía, descansar!» La vida era im-

Digitized by Google

posible para ella, Francisca lo sentia, al comprender que su amor á Ferreti, más que nada, la mataba, y no pudiendo, (fenómeno inexplicable, pero frecuentemente observado en los que aman, por todos los que se ocupan de psicologia) y no queriendo dejar de amar á Ferreti. Ella tenia que confesarlo, contra toda su razón, contra su misma conciencia, contra todo lo que se opusiera á su afecto; queria amarle y ser amada por él.

Pocas veces le habia visto desde hacia más de un mes y jamás á solas. Ferreti sin objeción alguna habia aceptado para asistirla el concurso del doctor Gutierrez y volviendo á su reserva anterior, la trataba como enferma sin buscar la menor ocasión de manifestarle otros sentimientos. Ella le recibia como á su otro médico sin que ninguno de los que presenciaban sus entrevistas pudiera concebir un solo instante la sospecha de que entre ellos existiera algo más de lo que aparecia en sus relaciones. Ambos sufrian horriblemente al verse así, y Francisca en más de una ocasión pensó que el alejamiento completo era preferible y seria menos doloroso que

Digitized by Google

aquella situación. Lo pensó estando Ferreti presente; cuando se ausentaba nada anhelaba tanto como volverle á ver de cualquier manera, á solas ó con testigos.

¡Pobre Francisca!

Cuando estuvo menos débil, ensayó otro remedio para distraerse. Púsose á escribir. Algunos cuentecillos ligeros salieron de su pluma y fueron impresos. Sus amigos en particular y el público en general, acogieron favorablemente sus graciosas producciones y por ellas la felicitaron. Todos creyeron que volvia á la vida; que resucitaba para las letras. ¿Quién hubiera podido suponer á lo que se debia aquel esfuerzo?.... Nadie, ni aún los mismos que la rodeaban. Francisca era muda y en su exterior nada se revelaba de lo que atormentaba su alma, de la gran borrasca en que se perdia. A los ojos de todos aparecia serena como siempre, como siempre afable; triste sí, pero su tristeza era atribuida á su estado; jamás turbada ni violenta. ¿Quién, viéndola así, invariable en sus maneras, hubiera podido adivinar su inmensa pena, lo infinito de su desesperación?

Digitized by Google

Pronto se cansó de sus trabajos literarios. La literatura como los paseos eran un paliativo demasiado insignificante para su mal. La abandonó como habia abandonado aquellos. Se supuso que este abandono tenia por causa también, la falta de fuerzas físicas; en realidad era debido á la absoluta imposibilidad en que se hallaba el espíritu de la pobre enferma para violentarse. Las fuerzas físicas estaban agotadas. La voz de la conciencia se habia oscurecido en ella, esa brújula necesaria á todos en el derrotero de la vida, indispensable á Francisca á quien siempre habia servido para guiarse, con admirable seguridad en medio de la tempestuosa oleada de las humanas pasiones. Sin la esplendorosa luz que antes la iluminaba, su alma pura, á pesar de todo, se perdia, naufragaba en el borrascoso piélago de los dolores. Y para aumentar sus angustias, el remordimiento la atormentaba. Acusóse terriblemente de ser culpable de la agravación del mal de Angel. Este sufria durante ese tiempo, crísis ligeras, pero frecuentes de su enfermedad. Atacábanle siempre convulsiones nerviosas, vérti-

Digitized by Google

gos, fenómenos que no se producian antes sino á intervalos muy largos. Ella se alarmaba y se entristecia profundamente cada vez que esas crísis se presentaban, porque sabia la relación íntima que existia entre éstas y el estado de alma de su esposo.

Sufríalas Angel siempre que apasionado y tierno, sintiendo las exigencias de su naturaleza, se acercaba á ella con los brazos abiertos, esperando ser amado y la encontraba fria, insensible, creia él. Entonces caia en un abatimiento completo y los fenómenos se producian. Después de ellos el amor de Angel parecia disminuir, era muy tibio, rayaba casi en indiferencia; y Francisca que desde que amaba comprendia mejor los sufrimientos de su esposo, sufria por él como nunca, no ocultándosele ya la causa de esas intermitencias que anteriormente ella desconocia. ¡Pobre Angel! ¡cuánto le compadecia y cómo se acusaba de hacerlo padecer! Llegó á tal extremo de exasperación su dolor que un dia se determinó á buscar un confidente para sus penas, confiar á álguien que supiera comprenderla, sus horribles cuitas, sus insoportables

Digitized by Google

tormentos! A eso aspiraba; era una necesidad imperiosa para ella. Y ¿á quién mejor que á su respetable amigo, al canónigo, podia abrir su alma y su conciencia? ¿A quién mejor que á él revelarse? Habria preferido morir antes que decir lo que la torturaba; pero la muerte natural huia de ella, y el suicidio, en el cual, desesperada, tantas veces pensó, repugnábale como incompatible con sus ideas religiosas. Se resolvió á hablar al canónigo: humilló su alma y le abrió el corazón. Todo lo reveló. El prolongado martirio de su matrimonio, sus terribles sospechas, su temor de la enfermedad de Angel, los escrúpulos de su conciencia y, por último, su amor á Ferreti y las consecuencias que ese amor habia tenido para ella. El respetable canónigo que conocia la vida y todos sus incidentes, sus crueles peripecias, por haber vivido en el mundo y haber sufrido en él, quedó no obstante asombrado con las revelaciones de Francisca. ¡Cuán lejos estaba él de sospechar en aquella existencia que parecia tan tranquila, en aquella alma que se mostraba tan serena, drama igual, semejantes borrascas!... Pobre Fran-

Digitized by Google

cisca! Admirábala él y la compadecia. Compadecíala desde el fondo de su alma sin atreverse á aconsejarla. El caso que se le ofrecia á su conciencia era exepcional: no debia resolver sin madura reflexión. El respetable canónigo era demasiado ilustrado para pensar de otro modo. Alentó á Francisca prometiéndole volver muy pronto, y afectuosamente se despidió de ella.

Francisca le aguardó dos dias; al cabo de ellos apareció él. La pobre enferma de espíritu le salió al encuentro ansiosa. Habia vivido en la angustia, sobrexitada, en la espera del fallo de su confidente.

Este le tomó las manos, la hizo sentar á su lado y con el mayor cariño la dijo: «Hija mia, hija mia del alma! cuánto he pensado en usted desde que no me vé! Su caso me ha hecho meditar mucho. Para resolverlo favorablemente para usted, he pedido á Dios con fervor que me ilumine, temiendo que mis escasas luces fueran insuficientes para ello, y creo que El me ha escuchado, Francisca, que me ha inspirado la única solución plausible para usted y para Angel. Usted sabe cuán-

Digitized by Google

to la estimo: hace mucho tiempo que en mi corazón, privado de afectos, tiene usted un lugar que nadie ha ocupado. Mi edad y mi estado me permiten decírselo. Yo la quiero á usted como á la hija que no he tenido; la considero como á un modelo de virtudes y la respeto con admiración. Hoy me inspira usted, además, profundísima lástima. Por todo esto le suplico por su bien, por su tranquilidad, objeto de mis deseos, por verla feliz un dia, que atienda al consejo que le voy á dar; que no cierre sus oidos á las reflexiones que voy á hacerle. Trate usted de olvidar sus escrúpulos, sus caprichos, sus sospechas que tan poco fundamento tienen; sus temores muy exajerados y, sobre todo, ese amor que la domina, que la posée hasta martirizarla. Amor funesto al que no puede usted entregarse sin delito, que no puede hacerla á usted feliz; porque el alma de usted, Francisca, es muy pura para encontrar la felicidad en un sentimiento de esa naturaleza, cuando le está vedado por las leyes sociales y su propia conciencia. Angel es su esposo, la ama, de él no tiene usted la menor queja que merezca

Digitized by Google

ser considerada; no puede usted abandonarle sin crueldad é injusticia y continuar viviendo cerca de él como lo ha hecho hasta hoy, es condenarlo á la locura ó á la muerte. Abra usted los ojos, Francisca, abra el espíritu á la luz. Vea usted clara su situación y reflexione. ¿Qué recurso le queda á usted para evitarse remordimientos y hacer posible la vida para su esposo y para usted? ¿No crée usted que es ceder á los deseos de Angel tan legítimos, tan naturales? El infeliz ha sufrido bastante; no prolongue usted su martirio hasta el fin. Trate de amarle, siquiera como una esposa cristiana debe amar á su marido, resignada á todo por complacerle, por verle feliz. Sé que es duro para usted por el presente; pero crea que mas tarde será usted premiada por ello. La tranquilidad de su conciencia nacerá de ahí; todos los fantasmas de su imaginación se desvanecerán como por encanto y la vida será para usted mas grata. Los escrúpulos que usted me ha manifestado son hijos de su nerviosidad, frutos malditos de una aberración mental, sugestiones insidiosas del demonio de la carne para alejarla á

Digitized by Google

usted de su esposo y hacerla caer en tentación. Deséchalas usted, Francisca, y sea para Angel lo que debe ser. Se lo aconseja, se lo ruega su mejor amigo, su padre, si usted me lo permite, el sacerdote, su confesor.»

La infeliz Francisca bajó la cabeza, confundida, casi llorando. No esperaba ella que se le hablara así. Sin embargo, no protestó: nada dijo, muda ante aquella sentencia.

El venerable amigo comprendió que por el momento no habia que esperar que ella la aceptase, pero confiando en que sus palabras producirian sus frutos mas tarde, no insistió más y se despidió de Francisca. Con el mayor afecto la estrechó la mano y la dejó.

Esta quedó abismada y sumida largo rato en una esprcie de estupor. Cuando el dolor traspasa los límites de las humanas fuerzas, sucede siempre así, como un favor del cielo. La sensibilidad momentáneamente se embota: el desgraciado deja de sufrir.

Al cabo de ese rato Francisca sintió de nuevo el aguijón de sus penas; en un acceso de desesperación se arrojó contra el suelo, se golpeó en él la frente, la cabeza, las manos,

Digitized by Google

retorció sus brazos, regó con sus lágrimas el tapiz del piso, pidiendo á Dios la muerte en medio de sollozos entrecortados, delirante, casi loca.... El timbre de la puerta sonó ligeramente en el instante en que ella como que perdia la razón. La pobre desesperada volvió en sí: temblorosa prestó atención al ruido aquel. ¿Quién entraria?... ¿Seria Eudosia que llegaba de vuelta de paseo ó alguna visita que se presentaba? Catalina (la sirvienta) habia sido alejada así como Eudosia, por Francisca, quien queriendo proporcionarse completa tranquilidad, mientras durara la visita del canónigo, habia también cerrado su puerta para no recibir á nadie mas que á él. Francisca oyó entrar á álguien con pesados pasos, era la criada que volvia de la calle á preparar la comida para Angel. Miró el reloj que marcaba las seis de la tarde; era la hora indicada por ella misma á Catalina. La pobre desesperada se levantó del suelo con azoramiento. Tan tarde ya! Como habia pasado el tiempo.... Antes de la siete llegaria de su trabajo Angel y la encontraria de aquel modo. No! Francisca queria á todo trance evi-

Digitized by Google

tarle esa pena; haciendo, para comprimir en su corazón la violencia de sus sentimientos, un esfuerzo mas que humano, se dirigió á su lavabo, se lavó el rostro y las manos, pasó á su tocador y se cubrió las mejillas ligeramente de polvos de arroz para refrescar la piel y borrar las huellas de sus lágrimas.. Arregló su descompuesto traje y varió algunos de sus adornos; luego se sentó, como habitualmante, en su sillón con las manos cruzadas y los ojos cerrados, á meditar. Cuando Angel llegó la encontró serena. Cualquiera que sin penetrar el fondo de su alma la hubiera visto llorar con desesperación una hora antes y mas tarde serenarse así, habria podido comparar sus lágrimas á la lluvia de estio que se presenta violenta, abundante, borrascosa; cesa de repente y no deja mas rastro que un cielo claro, un aire puro, un tiempo más hermoso que antes de su paso.

Nadie entre los que vieron á Francisca esa noche, sospechó que siquiera habia llorado.

Digitized by Google

XXI

Las once de la mañana! Por las calles de la ciudad de B* oíanse estos gritos alarmantes que se cruzaban en todas direcciones:

—Un motin! Revolución! A armarse la gente! Cierren las puertas!

Los hombres corrian, las mujeres se precipitaban tras ellos; los chicos seguian á las mujeres. Todo era confusión y voces.

—Juan! Perico! qué ha sido?

—Sabes lo que ocurre?

—No sé. Se han oido tiros.

—Dicen que han muerto á un hombre.

—A dos! A tres!

—Los soldados corren armados.

—A armarse pues!

La alarma cundia. Oíase el cerrar de puertas, abrirse las ventanas de las casas, por las

Digitized by Google

cuales asomaban la cabeza las mujeres, asustadas y curiosas, á pesar del susto. Todas querian ver y saber lo que pasaba. Los chicos lloraban por instantes y todos ignoraban lo que habia. Las voces continuaban preguntando y respondiendo al azar.

—Es verdad que hay heridos?

—Por la calle del "Estudio".

—En la plaza del gobierno.

Una mujer clamaba:

—Han visto á Manuel? No ha vuelto á casa. Salió á ver lo que era.

Otra se lamentaba:

—¡Y mis hijos que están en el colegio! ¡Y á la hora de salida!

—Corramos á buscarlos!

—Y si tiran por las calles?

—No tirarán.

—Sí, tirarán como otras veces.

—Julián, has sabido algo?

—Nada cierto; voy á ver.

Angel, apresurado, entró de la calle. Encontró á Francisca de pié en la puerta de su gabinete, muy pálida, prestando el oido, ansiosa, á los ruidos y á las voces, queriendo

Digitized by Google

saber también. Angel la abrazó.

—Kisia, vida mia, la dijo con cariño, ¿te has asustado? No te alarmes; reponte. No ha sido nada. Una alarma falsa: acabo de averiguarlo. Por eso tardé. El gobernador supo hoy que para mañana se preparaba la ciudad á una manifestación revolucionaria y quiso prevenirla, haciendo armar inmediatamente todos los soldados para salir por las calles con aparatos de fuerza. En la confusión del armamento se escapó un tiro á un soldado que mató á otro. Eso es todo. La gente que vió el movimiento y oyó el tiro, creyó que algo habia estallado. Muchos se han armado. Pero por hoy no hay que temer nada, añadió Angel muy bajo. De mañana á pasado mañana sí hay que estar preparado. La cosa es séria. No te lo decia yo? Todo está muy bien, muy bien combinado. Tus amigos lo saben todo. Casi todos están en el movimiento que se prepara. Estallará simultáneamente en todas las ciudades, principiando en la capital; por eso se ha ido el doctor Linares. El es uno de las personages más influyente de la revolución. No habrá

Digitized by Google

efusión de sangre, ni se espera. Los jefes de todas las tropas de la república están ganados: todos se han adherido á la revolución. Los soldados tendrán que obedecerlos como de costumbre. Habrá fusión completa. A Sandoval no le quedará mas recurso que huir si no quiere ser cogido, lo cual desean algunos para juzgarle y condenarle por traidor, como un ejemplo para los venideros. Otros opinan que lo mejor es evitar represalias. Esta opinión, que es por conveniencia de la mayoria, prevalecerá probablemente. Kisia, estás contenta? Tú que tanto has deseado ver caer al tirano, al déspota cruel que nos degrada!

—Oh! Angel. Si todo fuera cierto! Si sale bien!... ¿Por quién lo sabes?

—Ah! Ah! Ahí está la cosa! Adivina quién me lo ha confiado para que te lo trasmita, no pudiendo venir personalmente á decírtelo, á prevenirte.

—No sé, dijo Francisca; dime tú.

—Nada menos que nuestro respetable amigo el señor canónigo, que también es de los comprometidos en el movimiento revolucio-

Digitized by Google

nario, al cual presta su apoyo espiritual tan eficaz, como sabes. Anoche recibió un parte del doctor Linares, quien por clave especial le puso al corriente de todo y en él ha encontrado las noticias que te doy. Me envió á buscar á mi despacho para confiármelas, suplicándome te las trasmita. El doctor Linares se lo pide así. Nuestro amigo se ha apresurado á llenar sus deseos, pensando que el conocimiento del cambio de situación que se prepara puede influir en el estado de tu ánimo.

Francisca palideció más al oir estas palabras; pero no interrumpió á Angel. Este continuó:

—Que influirá en el estado de tu ánimo y aún hará su efecto en tí físicamente. El espera verte mejorar, parecer otra de lo que eres. Me he alentado mucho. Kisia, es verdad que mejorarás? ¿No estarás contenta cuando tengamos otro gobierno, presidido por tus amigos, cuando el pais marche de otro modo, cuando.... Eres tan patriota, Kisia! Mi vida! Amor mio! Dame un abrazo por estas noticias que he corrido á traer-

Digitized by Google

te. Mira como me corre el sudor por la frente (Angel se lo enjugó). Todo por llegar un minuto antes donde tí para tranquilizarte y alentarte. Kisia, te quiero! ¿Me querrás tú un dia? ¿Me amarás como yo te amo?

—Oh Angel! bien sabes....

—Sí, yo sé. Me quieres mucho, te consagras á mí; todo lo que quieras.... Sí, está bien. Pero yo me entiendo y tú también comprendes lo que quiero decir. Kisia, tú no me amas y lo que yo quiero es... tu amor.

Francisca no contestó. Angel la estrechó violentamente con él. Ella con suavidad quiso alejarle: él lo sintió.

—Kisia, me rechazas? ¡Oh Kisia! Me habia propuesto en dias pasados no volverte á hablar como lo hago hoy, no decirte nada, mostrarme indiferente....

—Angel!...

—Sí, no ocuparme más en complacerte, no pensar que eres mi esposa....

—Angel!... repitió Francisca.

—Y no lo he cumplido. Pero lo ensayaré de nuevo. Me alejaré de tí....

—Angel, por Dios!

Digitized by Google

—Por Dios? No, Kisia, no me pidas nada por Dios, porque no te lo concederé. Dios te manda que me ames, que seas mi mujer....

—Algún dia.... tal vez, murmuró Francisca, tan débilmente, que apenas si se le entendió. Pero Angel la oyó. Transportado de gozo la preguntó:

—¿Qué dices, Kisia? Algún dia?... Puedo esperar?

—Espera, volvió á murmurar ella, enrojeciendo hasta la raiz de los cabellos, para palidecer en seguida con la misma intensidad. Angel la sintió desfallecer en sus brazos; la vió demudada.

—Kisia, te pones mala? Es verdad. El susto de hace un rato, la emoción de las noticias que te he dado y luego.... Amor mio, te dejaré tranquila! Tú dispondrás. Déjame abrazarte otra vez y ven á recostarte. Descansa, Kisia; yo te cuidaré y no permitiré que te molesten.

Angel casi levantó á Francisca en brazos y la llevó á su lecho, obligándola á reposar; ella no deseaba otra cosa. Lo necesitaba tanto!....

Digitized by Google

Eudosia, que se hallaba en la calle, entró dando voces, contando la alarma sufrida.

La ciudad todavia estaba en movimiento. Mas, viendo que nada habia ocurrido de serio, volvian las gentes á sus casas, refiriendo cada cual una historia de su cosecha: explicando las cosas á su manera.

Angel y Eudosia velaron por la tranquilidad de Francisca.

Digitized by Google

XXII

—Viva la Revolución!

—Viva el general Padilla!

—Viva el general Bolívar Mendez!

—Viva el doctor Linares!

—Viva la Libertad!

—Abajo la tirania!

—Viva la república de C*....! gritaban algunos, y la muchedumbre en estruendoso coro respondia:

—Viva la Revolución!

—Viva Padilla!

—Viva Bolívar Mendez!

—Viva Linares!

—Abajo la tirania!

—Viva la Libertad!

Estos gritos se repetian en todos los ámbitos de la república algunos dias después,

Digitized by Google

lanzado doquier con igual entusiasmo, con la misma frenética alegria. Al oirlos hubiera podido creerse que un pueblo viril despertaba, consciente de sus derechos, digno, soberbio, sediento de su libertad! Las almas verdaderamente patrióticas se regocijaban con ellos, confiando en el porvenir, esperando la redención del país. Si ese espíritu de independencia se sostenia, ¿cómo podrian imponerse otros tiranos? ¿cómo podria resucitarse el pasado?

La revolución habia triunfado tan rápida, tan completamente, que aun los mismos que habian preparado ese triunfo, estaban asombrados. Los que habian tenido participación en él, los simples espectadores lo creian un sueño. El general Padilla á la cabeza de las tropas que se le habian rendido sin combate, habia entrado en la capital, aclamado como un Dios, proclamado el libertador de su país. Bolívar Mendez y Linares, los dos jefes de la revolución, habíanle recibido con fraternal y patriótica alegria, sin mostrar celos por la preponderancia que sobre ellos le concedia el pueblo; contando con su lealtad,

Digitized by Google

con su rectitud, antes conocida siempre.

El general Sandoval habia huido con algunos de sus deudos y mas odiosos secuaces, llevándose consigo lo poco que quedaba de dinero en las cajas del tesoro nacional. Otros de sus antiguos partidarios, los menos comprometidos en los desacatos y violencias que él cometiera, se habian quedado y permanecian agazapados en sus casas. La mayor parte se habia adherido al movimiento revolucionario: estaban á cubierto y mas bien favorecidos que humillados. Eso habia evitado las represalias que en los primeros momentos, á pesar de la energia y de la buena voluntad de los gefes de la Revolución, hubiera podido producirse. La revolución habia triunfado sin un tiro en casi todas las ciudades de la república; sobre todo en las dos capitales. En la primera donde se habia establecido el Gobierno provisorio todo era alborozo. En B* el entusiasmo parecia universal. Durante un mes no cesaron los festejos públicos, los bailes oficiales, los banquetes, los *meetings* populares, *soirees* particulares, la música por las calles, los gritos, los vivas, á imitación de C*

Digitized by Google

la verdadera capital. Allí llegaban al delirio las demostraciones de contento; la popularidad del Gobierno aumentaba de dia en dia. Sólo una nube apareció en el cielo de la felicidad de la patria para los que sabian observar y que otros, la mayor parte, no la veian, era el gran prestigio que sobre el espíritu del pueblo iba ejerciendo Padilla; rico, espléndido y de atractivos personales por su elocuencia fácil y arrebatadora, su imponente figura, y la indiscutible amenidad de sus maneras. El pueblo admiraba á Padilla, rendíale culto, principiaba á adorarle. El aura popular ¿no desvaneceria el antes tan liberal, tan abnegado caudillo? Eso era lo que se preguntaban los que veian aquella popularidad levantándose y crecer. Bolívar Mendez y Linares y los demás liberales no dejaban de sentirse inquietos.

La ciudad de B* estaba transformada. La animación llegaba á su colmo. Aguardaban de un momento á otro al doctor Linares: él iba á pasar algunos dias en la ciudad y las familias y el pueblo se preparaban á recibirlo calurosamente. Los edificios públicos, los

Digitized by Google

balcones y las ventanas de las casas estaban todos cubiertos de banderas; el himno nacional se oia por todas partes. Carmela lo tocaba, haciéndolo alternar con sus canciones favoritas. Habia carreras de caballos; coches que iban y venian, gentes engalanadas; mucho movimiento, una vida desconocida en la ciudad.

Francisca desde su gabinete oia todo ese ruido; trataba de aturdirse con él. La caida de Sandoval habia alegrado, en lo posible, su enfermo espíritu. El nuevo gobierno la tranquilizaba por su pais. Ella confiaba en sus amigos, los que de él formaban parte; tenia fe, sobre todo, en Linares, cuya gran inteligencia y extremada rectitud reconocia. Con dulce satisfacción esperaba verlo.

¿Cuál habia sido su vida durante los dos meses pasados? Ella misma no podia decirlo. Francisca habia vejetado, como en sueños, casi inconsciente, mas que vivido; Angel entusiasmado con los sucesos políticos y confiado en la esperanza que ella le diera, se mostraba lleno de complacencia, dejándola tranquila por otro lado. No habia insistido so-

Digitized by Google

bre lo ya, para él, resuelto por Francisca y, contrito, entraba y salia, tomando parte en las fiestas, distraido fuera, con frecuencia, sin olvidarse por eso jamás de su esposa.

Esta continuaba doliente de cuerpo á pesar de la alegria general. El doctor Gutierrez la visitaba á menudo; Ferreti algunas veces, siempre como médicos, delante de testigos. Francisca recibia muchas otras visitas, todos sus amigos la felicitaban por el triunfo de la revolución, conociendo su liberalismo. Eudosia la acompañaba mucho, hablando más que de costumbre y mirando desde la ventana todo la que pasaba. Carmela seguia divirtiéndola con sus canciones y su piano. La vida para Francisca habia continuado lo mismo que antes, sólo que su dolor permanecia latente en su corazón, donde habia tomado una forma menos aguda. En breve iba á despertar con fuerza más grande, á hacerse más crudo.

Un dia fué el señor canónigo á visitarla y por casualidad la encontró sola. Nada le dijo para recordarla lo pasado dos meses antes;

Digitized by Google

pero por discreto que fuera su mirada habló por él. La angustia que sintió Francisca fué indecible, oprimió su espíritu y la torturó. Esa noche volvió Angel de la calle muy exaltado. Acababa de asistir á un *meeting* donde se habia hablado claramente contra el nuevo Gobierno; temíase que el general Padilla se alzara solo con el mando, y que, si no de nombre, de hecho, se hiciera dictador. Eso entristeció más á Francisca que previó los peligros que con ella podian resultar. «Kissia, dijo Angel, cuanto tiempo hace que espero sin que parezcas recordarlo. En nada has cambiado para mí. Kissia, no me olvides. Dime, ¿cuándo me abrirás los brazos con ternura? ¿cuándo no te alejarás de mí cuando los míos se abran para estrecharte?»

Angel volvió á desesperar á Francisca. Dos dias después tuvo una crísis de su mal, bastante aguda. La pobre enferma descendió á su infierno de dolores, de donde apenas habia salido algunas semanas. Y esta vez sin esperanza de consuelo por ningún lado. El canónigo habia fallado; era preciso resolver y la solución única estaba indicada!

Digitized by Google

XXIII

¡Oh no! Jamás sin haber antes hablado á solas con Ferreti, sin tentar cerca de él, el último esfuerzo por conservarle amigo, y sufrir menos así que Ferreti le prometiera olvidar que la amaba, no pensar en que era amado y le guardara un afecto puro, como el que ella le ofrecia: era cuanto deseaba la infeliz para sentir el valor de alejarle definitivamente, á fin de consumar el sacrificio que se le exijia. Porque de ambas cosas se trataba para ella. De pertenecer á Angel como verdadera esposa, tenia que condenarse á no ver más al que amaba; porque, ¿cómo podria ella mirarle á la cara sin morir de rubor? No! Ella no le veria más; empero no queria dejar de verle, sin saber que él no le guardaria rencor, que la estimaria y la querria como en

Digitized by Google

los primeros tiempos de su amistad. Unicamente así podria ella decir adiós á su sueño de amor, acariciado un solo dia, en el éxtasis de la felicidad. El dia aquel que creyó en Ferreti; aquel en que sintió que su corazón se deshacia en ternura por él! Ese sueño, ¿qué no hubiera ella dado por realizarlo? Todos los años de su vida, siendo feliz, por uno sólo pasado al lado de Ferreti, rodearlo de amor y de cuidado; compensándole de los sufrimientos que por ella hubiera tenido; sirviendo de madre amorosa á Marino y á Paulina, esos niños tan hermosos que tanto habia ella envidiado á doña María, la mujer altiva, tan poco maternal, tan poco amante! vivir de la vida de Ferreti, hacerle feliz minuto por minuto; hubiera sido un sueño delicioso, del cual sólo la muerte debia ser el despertar!

La idea de ver á Ferreti se apoderó de ella. ¿Cómo hacer para hablarle sin ser interrumpida? ¿Cómo obligarle á venir á su casa en el momento que ella le indicara? El le huia..... ella lo comprendia perfectamente.

Digitized by Google

Pensó en escribir al amado: su pluma vaciló en sus manos que temblaban. En otro tiempo ella le escribia cortos billetes afectuosos y sencillos al enviarle un libro ó pedirle un consejo como enferma. Después eso cesó.

Francisca rompió dos ó tres pliegos de papel que emborronó sin resultado; por fin se decidió á escribirle lo siguiente:

"Amigo Mio: Tenga la bondad de venir "á verme esta tarde á las cuatro. Estoy mal, "necesito consultarle. ¿Podré contar con Ud?

"Soy siempre su affma

Francisca".

Envió el billete y aguardó la respuesta. Ferreti ofreció que vendria.

Cuando llegó la tarde, Francisca alejó á todo el mundo. Con emoción indescriptible esperó. Las cuatro dieron en su reloj. Carmela despues de tocar el himno nacional empezó á cantar:

"Lucerito de mi alma" etc.

Francisca no la oyó. Su alma toda estaba en la puerta de entrada.

El timbre sonó: Ferreti llegaba.

Digitized by Google

Al desear ver al que amaba, de aquel modo daba Francisca el tercer paso errado desde que sospechó que era amada; pero su corazón la impelia, ese corazón rebelde y timorato al mismo tiempo, que exijia la felicidad y no sabia encontrarla; corazón de sensitiva que todo lastimaba, que por una imperiosa ley de la naturaleza, se lanzaba buscando la luz y la vida, y que al menor contacto se encogia se replegaba; pobre corazón que habia hecho tan desgraciada á su dueña, en pugna siempre con la razón de ella y siempre vencida; y luchando siempre, luchando hasta en la agonia, luchando hasta la muerte! Esa era la que en aquel instante esperaba á Francisca.

Digitized by Google

XXIV

—¿Ha querido usted verme, doña Francisca?

—Sí, doctor.

—Me dice usted que está mal....

—Sí....

—Dígame usted lo que tiene: estoy á sus órdenes.

Francisca no contestó.

Ferreti estaba pálido pero muy dueño de sí. Parecía no haber notado que Francisca estaba sola y que le hablaba como en los últimos tiempos y como si fuera oida por otros. Francisca no se aguardaba á esto. La actitud de Ferreti la desconcertaba. ¿Qué habia en él que le cambiara así? No la amaria ya? Entónces ¿qué tenia ella que decirle? Para qué hablarle? Ella que le habia recibido con

Digitized by Google

el corazón trémulo sintiendo una conmoción que apenas podia dominar; que no habia podido levantar hasta él los ojos por el temor de ser demasiado comprendida, de alentarle en su vehemente pasión! Callada permaneció, sentada cerca de Ferreti; la hermosa cabeza echada hácia atrás, la mirada vaga, errante, las nerviosas manos ocupadas en torcer y destrozar un finísimo pañuelo de batista que en ellas tenia, estrujándolo de tal modo que parecia quererlo romper, y ésto como distraida, ausente, lejos, muy lejos de Ferreti....

El la miró con ardientes ojos un instante y luego volvió á separar de ella sus miradas.

Ella no le vió y creyó que él ni siquiera la miraba.

Ferreti tomó delicadamente una flor muy-bella que habia en un pequeño jarro inmediato á él sobre la mesita al lado de Francisca y se puso á contemplarla un momento y como dándole á ella tiempo para hablar; luego con el mismo cuidado que habia cogido la flor, volvió á colocarla en el jarro y miró á Francisca. Esta le habia observado furtivamente y viéndole ocupado en aquella futileza le su-

Digitized by Google

puso muy ageno á la situación por que atravesaba antes y muy ageno de ella.

Entonces su corazón se oprimió más, pero su orgullo no la hizo demostrar nada. Si Ferreti estaba tan olvidado de todo, á ¿qué mostrarse afligida? Tanto mejor si él era indiferente á lo que Francisca le ocurriera, así no abrigaria la infeliz el temor de hacerle daño, de verle sufrir por causa suya. La pobre Francisca siguió callando.

El silencio se hacia insostenible. Pablo Ferreti volvió á mirar á Francisca: ésta fijaba su mirada en él. Las dos miradas se cruzaron. Entonces él creyó vislumbrar allá, en el fondo de los ojos de Francisca un dolor tan extremado!... Ella en los de Ferreti, tal intensidad de sufrimiento de amor que el corazón del uno palpitó hasta querer romperle el pecho; el de la otra desfalleció.... En ese momento hubiera querido Ferreti lanzarse á los piés de Francisca, besar la orla del vestido de la que amaba, adorarla, suplicándola una palabra de ternura, una frase de amor! Ella habria deseado.... qué? En el tumulto tan confuso de sus sentimientos, de sus sensa-

Digitized by Google

ciones ella misma no podia definirlo, nada sabia de fijo. Su corazón amante decia á Ferreti: Te amo! Si pudiera ser tuya! Qué sueño delicioso! Qué felicidad! Empero, ni ella ni él se movieron. Ninguno de los dos dijo nada.

Oh! si en aquel momento siguiendo sus instintos naturales, se hubieran hablado con franqueza, con sinceridad, de seguro se habrian entendido. Tal vez á los ojos del mundo habrian llegado á ser culpables, á los ojos de Dios que habia puesto en ellos aquella fuerza de pasión, dignos de misericordia! Habian sufrido tanto! Eran tan desgraciados! Porque Francisca agonizaba de dolor; Pablo Ferreti era mártir de sus sentimientos. Amaba á Francisca con todo su sér; ese amor le habia invadido lentamente, se habia insinuado dulcemente en su espíritu y cuando ya le tenia atado sin recurso, se habia dejado sentir con violencia, sin permitirle esperanza alguna de curación. Ferreti no pretendia ser correspondido. Su corazón le decia que Francisca sufriria demasiado amándole; pero su corazón no se resignaba, y creyendo ver en la

Digitized by Google

que adoraba un sentimiento igual por él, se mostraba exigente. Mas eso habia durado sólo algunos dias. Después de aquel en que pensara ser amado por Francisca, habia vuelto á ver á ésta y la habia encontrado tan distinta, tan alejada de él, que toda ilusión se habia desvanecido en su alma! Ferreti creia haberse equivocado, haberse mostrado presuntuoso y ridículo, y su amor y su orgullo habian sufrido terriblemente con esto. Su vigorosa naturaleza, su extremada energia habíanle permitido no demostrarlo; que de ello nada transparentase en su exterior. Su cuerpo habia resistido, en su ánimo no parecia haber alteración y él seguia visitando sus enfermos luchando con las dificultades de su profesión, con las de su situación respecto de doña Maria, sufriendo también en su hogar por causa de la imperiosa mujer, hasta el punto de dar margen á tantas necias habladas; infeliz por sus hijos mal educados por la madre y siempre sereno en apariencia. Pero su alma estaba desgarrada, manaba sangre y necesitaba compasión. Si Francisca hubiera podido vérsela, penetrar en ella! Oh! Jamás hubiera

Digitized by Google

tenido fuerzas para rechazarle, para alejarle de sí! Pero Ferreti, lo mismo que ella, cubria su rostro con un velo impenetrable. Cada uno se quejaba de la frialdad del otro, sin reconocer la suya propia. Y ambos se guardaban resentimientos. Para Ferreti, Francisca era culpable de haberle hecho suponer que era amado para luego mostrarse reservada é indiferente. Acusábala de orgullo y de crueldad. Francisca debia comprender lo que en él pasaba y no le decia una palabra de consuelo. Ella, sin permitirle alejarse, habia llamado al doctor Gutierrez; y forzándole así á aceptarle por compañero para asistirla. Ella.... pero ¿podian enumerarse todos los cargos que el corazón apasionado y por lo tanto injusto de Ferreti, hacia á la que amaba? Su razón la defendia; pero cuando el corazón habla demasiado alto, la voz de la razón es demasiado débil para hacerse oir.

Francisca y Ferreti se hallaban en el mismo caso. Amábanse con fuerza extremada y, sin embargo, no sabian sino hacerse daño mútuamente. Si desde el principio hubiera habido alejamiento, esos terribles conflictos

Digitized by Google

se hubieran evitado. Después, toda tentativa de solución contraria á los sentimientos que los dominaba, sólo podia acarrear desgarramiento, tortura atroz. Para el mas debil: la muerte!

Ferreti fué el primero en romper el silencio, diciendo con voz mal segura después de violentarse mucho:

—Doña Francisca, la escucho á usted.

—Doctor.... principió á decir ella y volvió á callar.

—Algo tiene usted que decirme, de lo contrario no me hubiera hecho venir.

—Sí, yo pensé... Francisca calló de nuesin mirar á Ferreti.

El la devoraba con los ojos; hubiera querido arrancarle las palabras, adivinar lo que pensaba... Su mirada atrajo la de ella. Francisca vió sus ojos. Oh! esos ojos que desde el principio la habian cautivado, que llegaban hasta su alma, la penetraban, la embriagaban, en los cuales hubiera querido ella mirarse siempre; esos ojos que, de no contenerse, la hubieran hecho gritarle: «Te idolatro: no pienso mas que en tí! Por poderte amar da-

Digitized by Google

ria cuanto poseo. Para mí, sin tí no hay felicidad. Contigo le pido á Dios un año de dicha: qué digo? un dia! un solo dia y morir yo luego! Moriria bendiciéndole y amándote!» Eso hubiera querido decir, pero no lo dijo.

Ferreti creyó ver de nuevo amor en los ojos de Francisca, tan contenido, sin embargo, que ni se atrevió á manifestárselo; con el corazón extremecido, fluctuando entre el temor y la esperanza, quiso que ella hablara.

—No me parece usted más mal físicamente. Supongo, pues, que deseaba usted decirme otra cosa que no fuera....

—Sí, dijo ella bajando los ojos, ansiosa por explicarse y sin saber como hacerlo. Desde hace algunos dias.... desde aquella mañana que.... yo queria suplicarle.... si me estimaba usted.

Ferreti hizo un gesto como de impaciencia.

—Ah! Doctor, es que usted ignora.... Yo he sufrido.... Deseaba decirle lo mismo que aquel dia.

—Doña Francisca, no continúe usted. Si lo que quiere decirme es lo de aquel dia....

Digitized by Google

no se moleste usted.... deje de violentarse: yo le contesté entónces lo que le repetiré hoy.

—Doctor, oh! si supiera el daño que me hace. Yo le quiero á usted....

—Y yo la amo....

—Como á un amigo.

—Y yo á usted con pasión.

—Es imposible!

—Doña Francisca, Francisca....

—No puede ser, doctor; yo sufro, yo sufro....

—Es que yo no lo comprendo! ¿Qué espera usted sino hacerme padecer? Si me quiere usted como dice, ¿es esto lógico? No espero nada, doña Francisca, mi amor me basta. Lo único que quiero hacer comprender á usted es que todos sus sofismas no valen nada para mí. Usted no logrará hacerme cambiar nunca! Siento que esto que usted me inspira durará lo que mi facultad de amar; mientras yo tenga conciencia de mi ser la amaré á usted. Puede usted castigarme por ello, alejarme, menospreciarme, todo lo que quiera; siempre le repetiré lo mismo. En el fondo de mi corazón la amaré como le

Digitized by Google

digo: en apariencias seré el que he sido últimamente.

—Es que esa situación no puede continuar, dijo Francisca retorciéndose las manos y mirando á Ferreti con desesperación.

—Lo que quiere decir que tendré que alejarme de una vez, que usted me rechaza....

—Oh! Doctor!

El grito de dolor de Francisca conmovió hasta las entrañas á Ferreti. Levantóse y estuvo por abalanzarse sobre ella, pero se contuvo. Francisca se levantó también, creyendo que él se iba.

—Doctor, no me abandone así, nó; prométame....

—Qué!

Ferreti creyó que Francisca iba á añadir: volver.

La infeliz se pasó la mano por los ojos y estuvo á punto de caer. Ferreti la vió tambalear, se abalanzó hácia ella y volvió á detenerse. ¿Tocarle no era en aquel momento exponerse á perder completamente su razón vacilante? Algo dentro de él se lo dijo, y lo contuvo....

Digitized by Google

—Prométame no.... guardarme rencor.... si yo le alejo.

—Si me aleja?.... interrogó Ferreti súbitamente helado.

—Que me conservará su afecto.... su afecto de hermano.... es lo que le pido.

—Imposible, contestó Ferreti finalmente, y viendo que ella no decia nada tomó su sombrero y la miró.

Francisca se sintió desmayar. Angel! Angel! Si no hubiera sido por Angel! hubiera ella caido á los piés de Ferreti, pidiéndole que la amara! Por un espacio de tiempo tan mínimo que no hubiera podido medirse, se vió siendo la hermana reconocida de Angel y á éste contemplándola sin celos, apoyada en el brazo de Ferreti. Doña Maria no existia. Ferreti la miraba con pasión y ella le correspondia con otra mirada igual. Oh! visión encantadora, visión tan falaz como seductora! ¡Qué pronto huyó! La realidad estaba ahí! Ella debia pertenecer á Angel que era su esposo y que la amaba, que estaba enfermo, que por ella moriria! Ferreti debia alejarse, ser olvidado: no queria concederle su amistad.

Digitized by Google

Francisca en medio de la pieza, bella y desolada, mas trágica en su dolor que la tragedia misma, no contestó.

—No tiene usted otra cosa que pedirme, doña Francisca? dijo Ferreti con fria ironia.

Francisca sintió que esa ironia le heria el alma.

—Sí, respondió con una amargura tal que hizo estremecer hasta la médula de los huesos á Ferreti y le obligó á arrepentirse de su frialdad. Sí, voy á pedirle otra cosa.

Ferreti que estaba cerca de la puerta del gabinete, para salir, retrocedió un paso y aguardó.

—Prometa usted venir á verme si yo le llamo alguna vez... tal vez el dia de mi muerte...., dijo ella con voz tan apagada que apenas la oyó él.

—Doña Francisca!

—Prométamelo usted.... y después puede retirarse.

—Oh! esa palabra!

—Dígame que me lo promete, insistió Francisca con más fuerza.

—Doy á usted mi palabra, señora, dijo

Digitized by Google

Ferreti inclinándose.

—Gracias!

Aguardó él un momento esperando que ella le detuviera de nuevo; pero ésta no añadió nada más. Ferreti lentamente, sin mirarla, salió del gabinete, esperando siempre ser llamado. En el salón ya, por la entreabierta puerta del gabinete miró á Francisca. Vióla pálida como la muerte, pero con los ojos fijos en el suelo, muda, fria al parecer.

Ferreti dió algunos pasos más, aguardando siempre un llamamiento. Entonces, desesperado y furioso interiormente, acabó de atravesar el salón, la pieza de entrada y se lanzó á la calle.

Fancisca, después de oirle salir, permaneció todavia de pié un instante, inmóvil, sin voz, perdida, en una contemplación idiótica mirando un tapiz de mesa en el cual sus ojos se fijaban obstinadamente, sin pensamiento, insensible á la vida.

Luego sacudiendo la cabeza, se arrojó contra el suelo. En esa postura pasó una hora, jadeante, sin fuerzas para levantarse, sintiendo alivio así: su alma agonizó.

Digitized by Google

La desgraciada creyó que de esa su pobre alma mortalmente herida, habia salido el último estertor y que en lo adelante podria obrar como quisieran, por ser ella insensible ya al dolor moral; que su cuerpo sólo sobrevivia pero que su espíritu no existia desde ese instante....

Pobre Francisca! Lo que en ella habia muerto era la esperanza, esa flor de vida del alma tan maravillosa en sus efectos que bien pudiera llamarse flor de resurrección.

....
....
.....

Por la noche, una noche de Noviembre, llovia á cántaros. El tiempo estaba tempestuoso; temíase un huracán. Angel no salió á la calle. Sentado cerca del sillón donde Francisca descansaba, leia para ella. Estaban solos en la casa. Un trueno formidable, precedido de un relámpago vivísimo, hizo retumbar la pieza. Angel dejó el libro. Francisca se levantó para cerrar la puerta del balcon-

Digitized by Google

cillo. Angel la contempló andando y le dijo con enamorada voz:

—Kisia, no sé por qué me pareces más alta: ¿será porque andas tan derecha? ¿Has tenido miedo, Kisia mia?

—No, contestó ella, casi entre dientes.

—Ven acá, Kisia, añadió Angel levantándose también y abriéndole los brazos.

Ella pareció no oirle. Automáticamente volvia á su asiento. Angel le impidió el paso y tiernamente la abrazó.

—Kisia, Kisia, en esta noche de tormenta, qué bueno fuera amarse! ¿Cuándo me querrás, Kisia? ¿Cuándo dejarás de ser cruel conmigo? ¿Cuándo me abrirás los brazos, como yo te abro los mios? ¿Cuándo?

—Angel, dijo Francisca tan bajo que apenas se le oia, haz de mí lo que quieras, soy tuya, no me pidas más....

—Kisia! Kisia! gritó Angel fuera de sí, transportado. ¿Eso es verdad? ¿No me engañas?

—No, respondió ella desfalleciendo.

—Oh! me amas al fin, Kisia! Me amas: casi lo dudo!

Digitized by Google

Francisca no contestó; su cabeza cayó sobre el pecho de Angel. Angel la creyó conmovida por su amor y frenético la abrazó. El ciego esposo sin atender mas que á su pasión, nada advirtió y delirante la cubrió de besos.

¡Pobre Angel! Lejos estaba de suponer que lo que entre sus brazos estrechaba no era el cuerpo amante de Francisca, sino casi un cadáver: el cadáver del alma de su esposa!

. . . . . .

Digitized by Google

XXV

El sacrificio estaba consumado.... Angel no tenia ya nada que desear de Francisca. Durante un mes vivió en tal embriaguez de gozo, tan distraido de todo lo que no fuera su pasión, tan loco, que Eudosia, completamente extraña á los sucesos que á su vista pasaban, decia á Francisca:

—Por Dios santísimo! Si no supiera que Angel no es muy aficionado al vino creeria que siempre está borracho. No sabe ni lo que dice, ni lo que hace: sólo tiene algún tino cuando se trata de tí. A nadie le hace caso.

Esto lo decia agraviada porque Angel apenas le atendia, pendiente de los menores gestos y palabras de su Kisia. Hubiera él

Digitized by Google

querido que ésta se mostrara caprichosa, que tuviera antojos, que exigiera algo difícil, todo por complacerla.

Francisca nada le pedia; se dejaba acariciar, envolver, si decirse puede, por la pasión de Angel, sumisa y dócil á todos sus deseos, sin alterarse, sin protestar, inerte y fria como quien carecia de alma.

Saliendo al fin Angel de su egoista ceguedad, abrió los ojos. Vió á Francisca desmayada, débil, postrada, vióla indiferente á todo, aún al cuidado de sí misma, sin sonrisa en sus pálidos labios, sin brillo en la mirada, envejecida, menos afectuosa con él, en realidad, que antes, sin energia para resistirle, sin fuerzas para rechazarle, sometida, no amante. Oh! el dolor que sintió ¿quién podria decirlo? ¿Cómo era que antes no lo habia visto, que habia podido engañarse y consentir en el martirio de Francisca? Porque si ésta no le amaba, se sacrificaba por él: era una mártir! Quiso hablarla y la dijo:

—Kisia, me has estado engañando. Me has hecho creer que me amabas y es mentira!

Digitized by Google

Francisca le miró con tristes ojos sin replicar.

—Sí, Kisia: lo que yo deseaba de tí no era.... lo que puedo encontrar en cualquiera otra mujer que no me sea desagradable, no! Era el afecto del alma, la pasión, la ternura, un sentimiento, que al hacerme feliz, te hiciera á tí igualmente dichosa. Veo por el contrario que, lejos de tener eso de tí, hoy me quieres menos que antes.

—Angel, estoy enferma...., dijo Francisca, é hizo un gesto tan triste de cansancio, encogiendo al mismo tiempo los hombros como quien tiene frio, que Angel se estremeció de pena y sintió que las lágrimas le salian á los ojos.

—Kisia, ¿estás mala? ¿qué tienes? exclamó loco de pesar, como antes lo habia estado de alegria.

—No sé, no te alarmes, murmuró Francisca muy débil y cerrando los ojos.

—Corro en busca de un médico. Eudosia! Antolina! todos con Francisca: está mala y yo salgo.

Angel agitó furiosamente la campanilla

Digitized by Google

que Francisca tenia siempre cerca de ella para llamar cuando estaba enferma.

Eudosia acudió; la sirvienta vino en seguida. Ambas rodearon á Francisca. Angel corrió en busca del doctor Gutierrez. Ferreti estaba ausente. Además, Francisca habia encontrado un pretexto para impedir que le llamaran. Todavia ella no debia verle: el momento no habia llegado.

El doctor Gutierrez vino, la auscultó, la hizo mil preguntas, tomó su pulso, examinó sus ojos, le tocó el vientre y declaró que creia en un principio de embarazo. Angel pensó volverse loco de contento. Olvidaba ya sus penas de dos horas antes y no veia ya en su imaginación sino al hijo que iba á nacer.

—Doctor, ¿no se equivocará usted? preguntó por oirse contestar lo contrario.

—Tal vez, Angel. Debe ser cosa tan reciente... Pero los síntomas me lo hacen presumir. Y el estado de Francisca.... su debilidad.... Dentro de algunas semanas podré asegurarlo mejor.

Desde ese momento Angel no molestó más á Francisca con sus transportes apasionados.

Digitized by Google

Rodeóla de cuidados ternísimos, la veneró, la adoró, pero dejóla descansar en absoluto reposo. Gutierrez se lo habia recomendado, haciéndole comprender con todo miramiento que él encontraba á Francisca muy delicada y que ninguna precaución para evitarla un accidente de cualquier género, seria exagerada.

La pobre enferma, así, se vió tranquila. Tan triste y resignada, recibia las demostraciones de Angel; escuchaba las quejas y las patochadas de Eudosia; las canciones de Carmela, como si nada la molestara ya. El hilo de la vida se habia roto en ella y era preciso ser ciego ó egoista para no comprenderlo.

Una tarde el respetable canónigo, á quien Angel habia hablado de su estado, fué á verla. Francisca le recibió recostada entre cojines en su silla larga. El canónigo quedó sorprendido al verla tan cambiada. Disimuló, sin embargo, y la habló de cosas gratas para distraerla; pero notando fatiga en Francisca, la preguntó:

—Sufre usted, hija mia?

—He obedecido, he merecido la absolución, le contestó ella en voz muy baja. Aho-

Digitized by Google

ra no sé si sufro. Nada espero, nada quiero, nada deseo.... Sí! el descanso! Estoy tan cansada!

Oh! el gesto de inmensa fatiga que acompañó estas desconsoladoras palabras no dejó duda al respetable canónigo sobre la clase de descanso á que se referia Francisca: era el descanso del sepulcro. En su corazón sintió un presentimiento de muerte; ante sus ojos pasó una fúnebre visión. El digno sacerdote vió á Francisca cadáver, pálida y yerta, rodeada de sus flores tan amadas! Y una lágrima que de su alma venia, nubló sus ojos, y con voz tierna balbuceó sin saber lo que decia.

—Hija, pobre hija mia, sé bendita! y sobre la cabeza de Francisca, tristemente inclinada, extendió sus manos.

No era una bendición la que él hubiera querido darle! Francisca le parecia digna de compasión como una mártir, digna de admiración como una santa.

Con el corazón oprimido se despidió: cierto escozor de su conciencia, algo así como un ligero, ¡oh! ligerísimo remordimiento, acom-

Digitized by Google

pañó su pena. ¿No habria él contribuido, en parte, con sus consejos, á sacrificar á Francisca? preguntóse un instante. No! La religión y la moral habian hablado por su boca. El no tenia la culpa de que la humana naturaleza fuera tan exigente; de que tuviera necesidades tan imperiosas....

Si Francisca se moria, era víctima de la sensibilidad extremada de su corazón, no por otra causa. ¿En qué podia él ser culpable? ¿Por qué debia alarmarse su conciencia?

Con esto se tranquilizó. Y tenia razón, ¿qué es una vida humana, dos, tres, mil qué son, cuando se trata del cumplimiento de las leyes convencionales que la sociedad ha establecido? Cosa muy leve. Hay que saberlo comprender así y aceptarlo sin murmurar. ¡En nombre de Dios lo mandan los hombres!

Digitized by Google

XXVI

—¡Viva el Gobierno liberal! ¡Viva Padilla! ¡Viva Linares! clamaban todavia algunas voces por las calles de B* y en los periódicos, los mas fervientes partidarios, no de la libertad, ni de Padilla, ni de Linares, sino de la vocingleria, del ruido vacio, del desórden y de la vagancia. Victorear al nuevo Gobierno era un pretexto para no trabajar y daba derecho á la recompensa de los llamados liberales que, en su mayor parte, principiaban á mostrarse tan tiranos como los retrógados sandovalistas.

Francisca no hacia ya caso de ese ruido, de esas voces que en los primeros dias habian tenido el poder de sacudirla, de reaccionarla, de despertar en ella las embotadas fibras del entusiasmo patriótico. No sólo la dejaban in-

Digitized by Google

sensible sino que ya la molestaban por el menosprecio con que las tenia.

Su pura fé en el porvenir de la patria habia desaparecido. Yacia en el pasado para no resucitar. ¿Qué esperanza quedaba para lo futuro, cuando los corazones estaban corrompidos, cuando cada cual obraba inícuamente en razón de su propio interés, cuando en casi ninguno de los hombres políticos se encontraba abnegación, cuando el pueblo ignorante y acostumbrado al servil yugo, en los cambios de gobierno sólo veia ocasión de licencia, cuando lo que verdaderamente se llamaba *patriotismo* no existia, debiendo ser borrada del diccionario corriente la palabra que la significaba como la tal virtud lo habia sido en las almas?

El doctor Linares y algunos pocos que de buena fé se lanzaron en el movimiento revolucionario que echó por tierra al gobierno pasado, se desligaban poco á poco del actual desencantados y descorazonados. Su nombre sin mancilla aún se comprometia al lado de otros hombres menos puros. Su honrada firma no debia autorizar actos arbitrarios y

Digitized by Google

reprensibles. Ellos no querian ser responsables de hechos que su conciencia reprobaba como desleales y antipatrióticos, y se alejaban del poder, vencidos y completamente dominados por la mayoria reaccionaria. ¿Qué podian hacer contra el gran número de los que profesaban distintas doctrinas que ellos? Lanzarse á una nueva revolución? ¿No era hacerle con seguridad mayor daño al pais, comprometiéndolo en la anarquia, puesto que el general Padilla con su nombre de liberalista habia engañado, haciéndose contra ellos mismos un partido poderoso á fuerza de lisonjear y protejer bastardas pasiones, y que el general Sandoval principiaba á levantar otra vez la cabeza? Antes que perjudicar de ese modo á la patria, preferian los verdaderos patriotas retirarse, volver á la oscuridad, ser expectadores pasivos de los sucesos venideros y aguardar.... sabe Dios qué! Que surgiera algo imprevisto que realmente pusiera la república tan amada en via de regeneración y de progreso.

La retirada de sus amigos habia acabado de desvanecer las últimas ilusiones políticas

Digitized by Google

de Francisca. Para ella nada halagüeño existia ya; nada que la alentase, que levantara su espíritu. Sueños literarios, sueños patrióticos, sueños de amor legítimo y puro ó cuando menos de verdadera tranquilidad, todo, todo habia desaparecido en algunos meses. Las negras sombras de la absoluta desesperanza, del completo desencanto, habíanse añadido á su alma. Como Francisca no podia vivir sino en medio de la luz, el drama de su vida debia estar ya próximo al desenlace. El fin no debia tardar.

La triste enferma se arrastraba hacia dias del lecho al sillón y del sillón al lecho. Su decadencia era notable en todo. Aunque siempre se viera interesante y bella, no parecia tener sólo veinte y cinco años como antes, sino que se le reconocian algunos más. En su delicado rostro las huellas del dolor eran visibles. En su traje, en sus maneras, en todo lo que era ella se comprendia que su alma esteba ausente. De lo que habia sido la espiritual Francisca, la criatura ideal, sólo quedaba la apariencia.

Todos los cambios operados en ella atri-

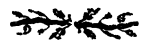
Digitized by Google

buíanse á su reciente embarazo: definitivamente reconocido por el doctor Gutierrez lo habia declarado, quien todos los dias la visitaba, interesándose por ella y asistiéndola con la misma exactitud, con la misma afabilidad con que atendia á otros enfermos. Francisca era para él una mujer simpática, buena é inteligente que necesitaba sus cuidados médicos y nada más. Ella lo veia con disgusto por haberle sido antes muy agradable, escuchándole según sus prescripciones, y no pensaba más en él hasta que no volvia á verla. A Ferreti, cuánto lo recordaba! cuánto sufria por él! Verle? No se atrevia ni á desearlo. El rubor que le causaba su actual estado no se lo permitia, y además.... No! Ella no podia, no queria ver á Ferreti sino en el caso de estar moribunda. Morir asistida por él, morir contemplándole era su única ambición, la sola esperanza que alimentaba en su pecho!

Ser madre? Tener un hijo, ese ser nacido de ella por quien tanto habia suspirado? No era cosa que pudiera halagarla. El tiempo de esa felicidad habia pasado. Sin embargo, no podia tener un término natural. Fran-

Digitized by Google

cisca habia concebido una criatura, pero no podia darla á luz; de ello estaba convencida, completamente segura de que iba á morir.



Digitized by Google

XXVII

Eran las dos de la tarde. El gabinete estaba silencioso. Francisca se encontraba sola en la casa con la criada Catalina, la india, que trabajaba en el patio; Angel, después de almorzar habíase ido á su despacho donde tenia mucho que hacer, poco inquieto, suponiendo á Francisca mejor por haberla visto mas tranquila esa mañana. Eudosia, cuya madre estaba enferma, no habia ido ese dia á acompañar á su sobrina. El doctor Gutierrez en su visita acostumbrada, al amanecer, no encontró novedad en la enferma. Esta recostada en su sillón, después de un momento se sintió muy fatigada y débil: quiso ir á su cama; al levantarse sintió adormecido uno de sus piés que se torció y la hizo tropezar con un taburete que tenia delante del sillón y ca-

Digitized by Google

yó de rodillas, y si no se sostiene apoyándose contra el suelo, cae en él con todo el peso de su cuerpo, peso aumentado por la debilidad.

Francisca, con esta caida que pareció sencilla, experimentó una gran conmoción. En seguida sintió un dolor agudísimo en las entrañas y casi inmediatamente después una pérdida de sangre. Sin querer llamar, se arrastró hasta una consola sobre la cual tenia una poción indicada por el doctor Gutierrez en previsión del caso, y creyendo coger la botellita que la contenia y que debia ser empleada inmediatamente, como sobre el mueble se encontraban otras drogas para diversos usos, internos y externos, Francisca, engañada por el tamaño y color de otra de las botellas, la destapó y se tomó una cucharada de su contenido. El efecto de lo que tomara, láudano ú otra sustancia análoga, no se hizo esperar. Los vómitos se presentaron, sucediéndose sin interrupción, y la pérdida de sangre, aunque lenta, continuaba sin cesar. Francisca se sintió morir. No queriendo, sin embargo, llamar todavia, aguardó un momento.... Pero demasiado desfallecida, temiendo no poder

Digitized by Google

mas tarde hacerlo, se decidió á sacudir la campanilla que tenia á su alcance. Catalina oyó en seguida: queria á Francisca, y como estaba prevenida para cuidar de su ama, tenia el oido atento á los ruidos que le llegaran del gabinete de la enferma. Acudió corriendo. Vió á la pobre Francisca y se alarmó sobremanera. Poco le faltó para gritar. Francisca, llevándose un dedo á los labios, la hizo callar; luego, con otro gesto, la indicó que recogiera todo lo sucio y desordenado que habia á su alrededor. El susto prestaba á Catalina una inteligencia mayor de la que tenia y una destreza sorprendente. Cumplió con todo lo que Francisca le ordenaba y vistió á su amada doña Francisca con una de aquellas elegantes batas blancas llenas de encages que tan bien sentaban á la enferma, armonizando con su delicadísima hermosura, haciéndola resaltar más.

Francisca entonces, empleando las fuerzas que para el caso habia reservado, dijo á Catalina con voz entrecortada:

—Ahora corre.... á casa del.... doctor Ferreti.... dile que me muero.... que venga.

Digitized by Google

Cuando le traigas... irás á buscar á Angel... no lo alarmes, Catalina.... El también.... está enfermo.

La buena criada no se lo hizo repetir. No corrió sino que voló á la casa de Ferreti que no se hallaba á larga distancia de la de Francisca. Allí encontró al doctor. Dióle el recado.... Pablo Ferreti palideció como si de repente toda su sangre se le hubiera escapado de su cuerpo. Sin detenerse un instante, con el traje descuidado que tenia y poniéndose el sombrero se lanzó á la calle detrás de Catalina.

Francisca le aguardaba. Los vómitos habian cesado completamente; la hemorragia también. Después de un síncope prolongado, volvió en sí, tan aliviada, como si su mal hubiera sido un sueño. Lejos de sufrir, sentia más bien un gran bienestar físico. En su frágil cuerpo, que la muerte próxima hacia, sin embargo, ya pesado, no experimentaba ella en aquel momento dolor alguno; y esa sensación de bienestar se reflejaba divinamente en su suave rostro que volvió á aparecer tan idealmente bello como en los tiempos anterio-

Digitized by Google

res, de súbito rejuvenecido. En su espíritu habia ya cierta vaguedad. Francisca creia no pertenecer mas al mundo, sintiendo una lacitud que rayaba en éxtasis. Ella no pensaba sino en que iba á ver á Ferreti, á morir cerca de él, contemplándole, demostrándole su amor! Realizaba su última esperanza, su sueño tan hermoso, alcanzaba la felicidad. Esa felicidad que la muerte piadosa y clemente aseguraba, impidiendo para ella el despertar! Aguardaba, pues, sin impaciencia, en dulce quietud, insensible ya á todo lo que no fuera su ilusión de ventura.

El timbre de la puerta de entrada resonó, y ella lo oyó sin alterarse. Unos pasos precipitados se acercaron. Francisca no se movió ni abrió los ojos. Catalina habló; Ferreti empujó la puerta del gabinete. Francisca no se estremeció; una sonrisa plácida, celestial erraba por sus labios. Entre los pliegues de su blanco traje se veia hermosa, juvenil, ya inmaterial! Ferreti entró. Antes que verle, Francisca adivinó su presencia. Entonces, como si la galvanizaran, por un esfuerzo más que humano, se incorporó en el

Digitized by Google

lecho y tendió los brazos al amado.....

—Pablo, acércate; ven, le dijo.

Ferreti se precipitó sobre ella. Desde la primera mirada comprendió que Francisca decia verdad, que se moria.... Con la muerte en el alma, tan pálido como ella, exclamó en un grito de dolor terrible:

—Francisca!

Ella le enlazó con sus brazos; contemplóle con inmensa pasión y acercando su rostro al de él le besó.... Besóle en la frente, en las mejillas, en los ojos, tocó ligeramente sus labios. No habia el menor sensualismo en sus besos. Tenian ellos algo de augusto como todo lo que nace verdaderamente del alma ennoblecida. Penetraban de un modo sagrado el corazón desesperadamente amante de Ferreti, quien sin poder respirar alcanzaba sólo á decir:

—Francisca! ¡oh Francisca!....

Francisca seguia aferrada de su cuello y exclamaba con delirante enajenamiento, dejando ver en su delicadísimo rostro la expresión más pura de la pasión del alma:

—Pablo, mi Pablo, amado mio! Te vuel-

Digitized by Google

vo á ver! Soy feliz! Tú no sabes, oh! siempre te amé; rechazarte ha sido morir! Pero no me quejo. ¡Gozo tanto en este instante!... Pablo, mi adorado, no me llores. Bendice á Dios que me ha concedido lo que yo deseaba, morir diciéndote que te idolatro, mirándome en tus ojos, estrechándote en mis brazos, amándote con mi alma! Pablo, mi Pablo! yo dudé de tí, tú dudaste de mí; el deber nos separaba. Yo no podia vivir! Muero dichosa, Pablo. Dale gracias á Dios por que me ha concedido la ventura infinita de verte y de hablarte. Yo le pediré que te consuele, que te aliente, Pablo, mi adorado! que me permita velar por tí! No te desesperes, Pablo mío! Sé siempre bueno! Yo estaré cerca de tí! Pablo, mi Pablo!

Las palabras salian al principio distintas y rápidas de los labios de Francisca; luego fueron más lentas, entrecortadas. Por último, Francisca jadeaba.

Ferreti intentó desasirse de sus brazos sin poder. El también estaba jadeante. Al fin los brazos de su amada dejaron de enlazarle; inertes se desprendieron de su cuello y

Digitized by Google

cayeron al lado del pesado cuerpo que se desplomó sobre el lecho. Los ojos de Francisca se cerraron. Ferreti gritó arrojándose sobre ella:

—Francisca! Francisca!

Y la sacudió. Francisca por un movimiento que le era habitual cruzó las manos sobre el pecho. Sus labios se movieron. Su cuerpo se agitó; abrió de nuevo los ojos y con voz clara, dijo:

—Angel! Angel! Pablo, ámale, cuida de él. No le abandones. Y murmuró muy bajo: Infeliz! En seguida volvió á cerrar los ojos, y en leve suspiro, dijo: Dios mio! se á.....

Ferreti recogió con sus labios ese suspiro. Francisca quedó muda, inmóvil. En aquel momento el reloj del gabinete daba las cuatro, la hora misma en que tres meses antes Ferreti viera á Francisca por la última vez y le dejara loca, desesperada, meditando su suicidio moral.

Carmela empezó á cantar acompañándose de su piano, agena por completo á lo que pasaba en el vecindario.

Digitized by Google

Francisca no oyó nada. Por fin dormia! Dormia tranquila y sonriente, con la cabeza reclinada sobre sus oscuros y rizados cabellos, que una hora antes Catalina habia atado con una cinta azul y que como la cinta desprendida, caian sobre las almohadas, de cada lado de su rostro pálido, idealizado más aún por aquel sueño sin despertar. Dormia como tanto lo deseó. Ya descansaba sin que jamás pudieran volver á molestarla las luchas de la vida. Ferreti fuera de sí, insensible á fuerza de dolor, gritaba, besándola á su vez en la frente, en los cabellos, sobre los párpados, en las mejillas. Respetó sus labios temiendo profanarlos.

—Francisca, Francisca, yo te adoro! Despierta, amada mia! Te idolatro, Francisca!

Los pasos precipitados de Angel se oyeron. El infeliz, jadeante, se presentaba en la puerta del gabinete. Habia venido casi corriendo á la noticia de la gravedad de Francisca.

Ferreti se irguió. Separóse del lecho para hacer lugar á Angel. Para ello necesitó un valor heróico, muy superior á las comu-

Digitized by Google

nes humanas fuerzas. El desgraciado sufrió un martirio sin igual.

Angel lo vió, lívido como un cadáver. Vió á Francisca inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, comprendió; quiso lanzarse sobre el lecho, gritar: «Kisia! estás muerta? Me has dejado?» Pero sólo salió de su garganta un prolongado ahullido. Sus ojos se movian entre las órbitas, sus facciones se contrajeron, tambaleó un segundo y cayó al suelo atacado de convulsiones epilépticas. Ferreti, olvidando su dolor atroz, se lanzó á socorrerle. Principiaba á cumplir la recomendación de Francisca. Para él, Angel seria su protegido. ¿No era obedecer á Francisca, á la adorada, después de muerta? ¿no era hacerse aún la ilusión de que ella vivia?

El alma mártir de Francisca, al fin premiada, pedia á Dios el consuelo de los que sufrian: para Angel, impresionable y enfermo, adulto, siempre niño, la salud y el pronto olvido; para Ferreti, que tan profundamente sabia amar, la resignación al dolor y la paz del alma. Implorando también de la suprema

Digitized by Google

Bondad la facultad de velar sobre Pablo Ferreti, la de inspirarle así valor constante en las terribles dificultades de su vida, y en todos los instantes de ésta, el deseo del bien, el culto de la ciencia, el amor de la humanidad.

La aspiración de esa alma altruista era que, el alma más humana de Ferreti conociera por ella el verdadero altruismo. Y en esa aspiración estaba sintetizado su amor por él.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DE LA MISMA AUTORA:

MADRE CULPABLE *agotada; segunda edición en prensa.*

EN PREPARACION:

CIERZO EN PRIMAVERA.

RECUERDOS É IMPRESIONES.

Es propiedad.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3 2044 050 497 197

Digitized by Google

Digitized by Google